

**Universidad Andina Simón Bolívar**

**Sede Ecuador**

**Área de Letras y Estudios Culturales**

Maestría de investigación en Literatura

Mención en Escritura Creativa

## **Y me niegas la lluvia**

**Novela**

Rommel Paúl Manosalvas Duque

Tutor: Leonardo Pedro Valencia Assogna

Quito, 2022





## Cláusula de cesión de derecho de publicación

Yo, Rommel Paúl Manosalvas Duque, autor de la tesis intitulada *Y me niegas la lluvia*, mediante el presente documento dejo constancia de que la obra es de mi exclusiva autoría y producción, que la he elaborado para cumplir con uno de los requisitos previos para la obtención del título de Máster en investigación en Literatura, con mención en Escritura Creativa en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

1. Cedo a la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, durante 36 meses a partir de mi graduación, pudiendo por lo tanto la Universidad, utilizar y usar esta obra por cualquier medio conocido o por conocer, siempre y cuando no se lo haga para obtener beneficio económico. Esta autorización incluye la reproducción total o parcial en los formatos virtual, electrónico, digital, óptico, como usos en red local y en internet.
2. Declaro que en caso de presentarse cualquier reclamación de parte de terceros respecto de los derechos de autor/a de la obra antes referida, yo asumiré toda responsabilidad frente a terceros y a la Universidad.
3. En esta fecha entrego a la Secretaría General, el ejemplar respectivo y sus anexos en formato impreso y digital o electrónico.

25 de septiembre de 2022

Firma: \_\_\_\_\_





## Resumen

Este proyecto tuvo por objetivo la escritura de una novela que incorporase la figura del chagra andino como eje principal de la narración, pensándolo en consonancia con personajes representativos de las literaturas nacionales de la región, no solo latinoamericana, sino también continental. En esa línea, lo que se busca es posicionarlo de una manera similar, si se quiere, a cómo lo han hecho otras literaturas con figuras como la del *cowboy* del sur de los Estados Unidos, especialmente en la tradición del gótico sureño y el *western*, pero también con el charro mexicano o el gaucho argentino, muy representativas de sus respectivas geografías. En ese sentido, *Y me niegas la lluvia* se ha escrito pensando en la creación de una suerte de *western andino*, en el que temas como el fracaso familiar, las relaciones padres e hijos, la enfermedad y la homosexualidad, esta última más cercana a lo marica que a lo gay, se ven envueltas en un contexto que tiene como base la cultura chagra. Por otro lado, se trabaja desde un planteamiento del espacio (elemento importante dentro de la novela) en relación con los procesos degenerativos propios del Alzheimer, siguiendo una poética de cuerpo-casa, que también, dentro de estos escenarios, implica la observación e interacción con el paisaje. Asimismo, este proyecto intenta dar cuenta de un proceso creativo a nivel formal, que tiene como objetivo principal, más allá de contar una historia, el de buscar y proponer a través del lenguaje, una experiencia poético-narrativa.

Palabras clave: Andes, literatura latinoamericana, literatura andina, western andino, Alzheimer, chagras, narrativa, escrituras híbridas.



Para mi familia,  
hecha de montaña, niebla y maíz.





## Contenido

Prólogo .....	11
Y me niegas la lluvia .....	21
Obras citadas.....	153



## Prólogo

La escritura de “Y me niegas la lluvia” partió de un deseo personal por entremezclar los lenguajes herramientas que atañen a mis dos profesiones: por un lado, el lenguaje gráfico propio de la arquitectura y el diseño, que apelaba también al código al ser creado a través de softwares computacionales (un guiño a las literaturas expandidas), y, por otro, el lenguaje escrito, que posibilita la ficción. Sin embargo, a medida que la novela se fue desplegando en su complejidad, una nueva arista tomó el foco principal de lo que se iba construyendo: el chagra andino y su relación o paralelismo, si se quiere, con la figura popular del “cowboy”, vista y releída incontables veces en la literatura norteamericana, especialmente en aquel subgénero denominado gótico sureño, y del que hacen parte autores como William Faulkner, Flannery O’Connor, Truman Capote y Cormac McCarthy, entre otros. A partir de esta revelación (porque la escritura es esencialmente un espacio de revelaciones) el proyecto tomó un rumbo diferente, potenciado por varias interrogantes que surgieron a propósito de dicho paralelismo (¿es posible escribir un western ambientado en los Andes?, ¿se puede utilizar la figura del chagra igual que la de un cowboy norteamericano?), aunque sin abandonar del todo la idea previa, que de igual manera hace parte fundamental de la poética de esta novela, así como también de *Anatomía transparente*, mi primer libro, publicado a mediados del 2022.

Fue así como me encontré de frente con el germen verdadero de “Y me niegas la lluvia”: la idea de crear un “western andino”, tomando como referencia directa obras no solo de la tradición norteamericana, sino también con la mirada posicionada hacia el sur global; hacia trabajos que despliegan mundos narrativos que quizá por la cercanía en el lenguaje sitúan de manera mucho más próxima lo coloquial como una manera de narrar; una manera que además enriquece la diégesis a nivel de fondo, pero sobre todo de forma. Novelas como las de Gabriela Cabezón Cámara, Camila Sosa Villada, Mariana Enríquez, y otras más hermanadas con “Y me niegas la lluvia”, como podrían serlo “Como si existiese el perdón” y “Quebrada”, de la argentina Mariana Travacio, no solo ponen de relieve el potencial de lo popular y lo coloquial como un elemento fundamental que dota de identidad a los espacios y geografías, algo necesario si se escribe desde un territorio tan grande como Latinoamérica, sin intención de homogenizarlo (en este punto me refiero específicamente a lo andino), sino que también abren la puerta a la posibilidad de la

creación de “westerns”, un género eminentemente norteamericano, aplicados a geografías distantes de su lugar de origen, de la misma manera en que Travacio lo hace para crear sus universos ficcionales, fácilmente identificables con lo argentino a través de las voces, los acentos y los modismos de los personajes.

Para empezar a hablar de lo popular y lo coloquial, quisiera mencionar que existe un interés consciente por explorar todas las posibilidades de la palabra con el objetivo de alcanzar una experiencia poética dentro de la prosa propia de la novela. Es decir, recurrir a lo coloquial y a lo popular no implica de ninguna manera que se vaya a renunciar a alcanzar dicha experiencia poética dentro del texto, sino todo lo contrario. Pienso entonces, en libros como *Temporada de huracanes* de la mexicana Fernanda Melchor, en el cual los modismos propios de la ruralidad mexicana se imbrican en una narrativa desbocada, y es precisamente a través de este recurso que se logra una experiencia poética que no solamente tiene que ver con las imágenes propuestas por Melchor, sino también con el ritmo de la prosa, con el aspecto sonoro de lo que se cuenta. Otro tanto sucede con novelas como *La virgen cabeza*, de Gabriela Cabezón Cámara que, de igual manera, recurre a la jerga utilizada en las villas miserias bonaerenses para darle una identidad geográfica al texto y al mismo tiempo construir, formalmente, una estructura narrativa que tenga en consideración el ritmo y el sonido, algo muy propio de la poesía. Más aun, en ambos libros, la inclusión de letras de canciones populares, como la cumbia villera en el caso de *La virgen cabeza* o la balada ranchera en el libro de Melchor, termina por reforzar la identidad geográfica y social, permitiendo ampliar y volver más detallado su respectivo universo narrativo. En ese sentido, que la novela que atañe a este prólogo lleve por título el fragmento de la letra de un vallenato no es casualidad. La música es importante dentro de la diégesis: para dotar a la narración de temporalidad, para ubicarla en una época determinada, pero también, como mencioné antes, para otorgarle más rasgos identitarios a la historia que se construye y a los personajes que se mueven dentro de esta.

«No me arrepiento de este amor...». Me despertó la voz de Cleo y su aura matutina, el olor a tostadas. Era la mañana después de nuestra primera noche de amor. Entre los rayos de sol que entraban por mis ventanas apareció disfrazada de Gilda, con una peluca negra y un vestidito rojo parecido al que la santa lleva en las estampitas. Bailaba y se reía. Terminó con «amar es un milagro y yo te amé», apoyó la bandeja en la cama y empezó a cebar el mate. (Cabezón Cámara 2009, 114)

Claro que esto no responde a un objetivo chovinista: el vallenato es un género musical propio del Valle del Cauca, en Colombia, pero, así como Cabezón Cámara deja

de lado el rock en la villa miseria donde ocurre la historia de *La virgen cabeza*, una decisión que además está sujeta al intertexto con el que trabaja el libro, según sus propias palabras, acá en cambio lo que se intenta es no delinear un universo cerrado, sino, al contrario, la idea es hacer evidente que, a pesar de tener una identidad marcada, la cultura chagra (que es diversa tan solo a lo largo de la sierra ecuatoriana) está permeada a su vez por productos culturales que llegan de otros lados a través de la radio, las redes sociales y la televisión. Algo parecido ocurre en *Temporada de huracanes*, donde se cita la letra de la canción “Gasolina”, del reggaetonero puertorriqueño Daddy Yankee.

*A ella le gusta la gasolina, con una mano en la cintura y otra sujetando su corona, dale más gasolina, y aquella mirada vacía, casi espantada, cómo le encanta la gasolina, por las obscenidades que los ebrios a sus pies le gritaban con algo más parecido al hambre que a la lujuria, dale más gasolina, dispuestos tal vez a devorarla, a clavar sus dientes en aquella carne suave, pegada al hueso casi, si acaso los policías permitían que la reina quedara a su alcance. (Melchor 2017, 170)*

Volviendo a lo coloquial, quisiera proponer también su uso potencial para remarcar la cuestión de la enfermedad. En “Y me niegas la lluvia”, el personaje de Ana se ve envuelto por la trágica dislocación de su mundo privado, como consecuencia del Alzheimer. En los continuos episodios que sufre la protagonista con relación a su deterioro cognitivo y mnemónico, el recurso de la repetición dentro de lo que se está narrando es importante en el sentido de que marca una y otra vez la volatilidad de lo que se dice y la capacidad retentiva de una mente aquejada por el desvanecimiento típico de esta condición. La repetición entonces es clave porque demuestra la incapacidad del personaje por recordar incluso lo más cercano y mínimo, y esta repetición se ve potenciada aún más por el uso de la jerga y de las palabras propias de la serranía. En ese sentido, lo coloquial también sirve como un elemento que potencia el recurso de repetición en ciertas partes de la novela.

Al mismo tiempo, la superposición de voces es otra estrategia narrativa que, de igual forma, se encuentra presente a lo largo del texto; recurrir siempre al estilo indirecto libre vuelve a la narración más dinámica y demanda mayor atención del lector debido a que las voces propias de los personajes siempre van a estar interviniendo en el momento menos pensado y cortando la voz narrativa. Este recurso no solamente tiene por objetivo complejizar al texto y agregar una arista más a los efectos de la enfermedad en el cuerpo de la protagonista (a su estado de confusión permanente, si se quiere) y por ende también

en el cuerpo textual, sino que hace alusión a otro de los elementos importantes en la diégesis de la novela: los caballos.

La historia de “Y me niegas la lluvia” toma lugar en el páramo andino del Ecuador, paisaje rural donde los caballos son parte importante de la vida de las comunidades y pueblos. La presencia de los chagras responde asimismo a la locación donde se desarrollan los eventos relatados en la novela. En parte es por ese motivo que el lenguaje que se utiliza en la narración es coloquial, marcado por el uso recurrente del estilo indirecto libre y las repeticiones, que responden a la imagen de caballos al galope: la intención de contar de esta forma tiene que ver con el ritmo y el sonido de la cabalgata, actividad que aparece de forma recurrente durante la novela, pero también con lo sonoro del texto como tal, cuyo fin último es acercar la prosa a lo poético. No se trata únicamente de que este tono ayude a volver más palpables los efectos del Alzheimer en el personaje de Ana, pero, al mantenerse como una constante a lo largo de la historia, permite unificar lo que se cuenta, relativo a cada uno de los personajes, puesto que todos forman parte del mismo universo: el páramo andino.

Así, también la configuración del texto, escrito sin puntos aparte, en un solo bloque, responde a una cuestión estética, que tiene que ver con el ritmo, con la cabalgata desbocada; con oraciones extensas que se suceden sin puntos, pero eventualmente, al igual que ocurre con un galope, se detienen en frases más cortas, permitiendo que exista respiración, que no se vuelva demasiado densa y complicada, y que adquiera de cierta manera una organicidad que tiene que ver, por un lado, con el trote natural del caballo: con sus aceleraciones y descansos, y al mismo tiempo con las reacciones del cuerpo y la mente bajo el efecto de los picos y depresiones de la enfermedad. Sin embargo, el objetivo primordial de que la novela esté configurada de esta manera es la parte rítmica-sonora, en aras de lograr lo que en varias ocasiones he llamado experiencia poética.

Algunos libros que me ayudaron en el proceso de definir el tono de la narración y las decisiones en cuanto a la forma fueron, como mencioné previamente, *Temporada de huracanes*, de la escritora mexicana Fernanda Melchor, *Corrección* de Thomas Bernhard, *Absalón, Absalón*, de William Faulkner y *La trilogía de la frontera* de Cormac McCarthy. Fue a propósito de la lectura de esta última que comencé a explorar la posibilidad de darle un papel más central a la figura del chagra, tomando como referencia la cantidad considerable de narrativas norteamericanas en las cuales se coloca al “cowboy” en el centro, como sucede precisamente en la obra de McCarthy o en la de Thomas Savage. Siendo una figura importante derivada de la colonización española en las Américas, es

notoria la presencia del jinete en las literaturas del continente: desde el ya citado “cowboy” de las regiones sureñas de Estados Unidos, pasando por el charro mexicano o el gaucho propio de la pampa argentina. Sin embargo, el chagra andino no ha sido narrado con suficiente frecuencia (cuando hablamos de chagras, pienso en libros como *Polvo y ceniza*, de Eliécer Cárdenas o *Huasipungo*, de Jorge Icaza), sin lograr posicionarse, al menos en la literatura nacional y menos aún en el extranjero, como un personaje importante y característico de nuestra literatura.

La tradición y cultura chagra relativa a la ganadería y agricultura me permitieron darle un nuevo enfoque a la novela, desarrollar las historias del resto de personajes y encontrar conexiones entre estas últimas para determinar un desenlace adecuado para el libro. Asimismo, el universo del chagra andino me llamó a introducir un componente más: el de las relaciones homosexuales, desde una mirada marica, en lineamiento con el pensamiento y la aproximación al término por parte del autor ecuatoriano Diego Falconí Trávez, en su libro *“Inflexión marica: escrituras del descabro gay en América Latina”*, pensando en que lo gay no es un tema nuevo dentro del subgénero “western”; podemos encontrar referentes en la literatura como “Brokeback Mountain” de la norteamericana Annie Proulx, quizá el más representativo de todos, pero también en la obra *El poder del perro* de Thomas Savage e incluso en el mismo *Absalón, Absalón* de William Faulkner.

Se agarraron por los hombros y se abrazaron con todas sus fuerzas, cortándose mutuamente la respiración mientras decían «hijo de puta, hijo de puta», y luego, con la misma facilidad con que la llave adecuada hace girar la guarda de una cerradura, sus bocas se juntaron, y cómo, los dentarrones de Jack hicieron brotar sangre, su sombrero cayó al suelo, se raspaban con sus incipientes barbas, la saliva se acumulaba. (Proulx 2005, 13)

Como resultado de la colonización española, la cultura chagra también está marcada profundamente por la religión traída por los conquistadores. Las comunidades, por consiguiente, son absolutamente cerradas en cuanto al tema de la diversidad sexual, sobre todo porque lo chagra está asociado directamente con la masculinidad dominante y lo viril. En un contexto como ese, el componente homosexual “marica” podía resultar interesante no solo como elemento para generar tensión dramática, sino al mismo tiempo como posibilidad para colocar el tema de la diversidad sexual dentro de un ambiente claramente hostil respecto a ella. También porque es algo que no se ha tratado con anterioridad en la literatura ecuatoriana en relación directa con el mundo andino. Sin embargo, es importante pensar en esto desde la óptica que propone Diego Falconí, más específicamente en el ensayo “Desaprender a ser gay. De-colón-izaciones maricas para

América Latina”, en el cual insta a ser críticos con el término gay, gestado en el norte global y usado en la contemporaneidad de manera universal para homogeneizar la experiencia homosexual, sin tomar en cuenta que esa experiencia dista de ser igual en países pobres o en vías de desarrollo como los de la región sudamericana, dejando por fuera otras subjetividades como las del Felipe y el Irqui Medina, los personajes maricas de la novela. Para poder pensar en lo marica y las relaciones maricas dentro del contexto latinoamericano, es importante tener en cuenta lo que Falconí denomina como neocolonialismo duro, algo que excluye otras formas y experiencias de la homosexualidad (experiencias que se circunscriben a una pertenencia étnica, cultural, nacional, de clase, etc.) que son lejanas a las que atañen a lo gay, que como decía Pedro Lemebel, tiene que ver más que nada, con lo blanco.

Esto hace que el orgullo sexo-diverso/disidente, como sentimiento de reivindicación, no solo se reparta de modo desigual, sino muchas veces como antagónico. En este sentido, el orgullo gay del Norte no sólo se construye por la memorable épica de Stonewall que lucha por ciertos derechos, sino también por “civilizar” sexo-genéricamente a los sujetos del Sur a los que además, como “bárbarxs”, hay que temer(/desear) ya que podrían intentar contra las formas de ciudadanía sexual que caracterizan al capitalismo postindustrial que genera lo gay. (Falconí Trávez 2019, 229)

En ese sentido, si el capitalismo es lo que genera lo gay, de acuerdo a autores como John D’Emilio, la vuelta de lo gay al centro de la familia nuclear, que era la principal fuerza laboral en el modo de producción previo, es también una vuelta a la imposibilidad de lo gay, sobre todo teniendo en cuenta el contexto rural y la importancia de la familia dentro de la historia de la novela. Sin embargo, lo importante aquí es la aproximación a las subjetividades maricas sudamericanas desde una perspectiva que busque reorganizar el discurso tradicional gay.

Por último, el espacio es un componente importante dentro de las narrativas, especialmente en la novela, donde los universos ficcionales pueden llegar a ser vastos y complejos. El desarrollo de los personajes muchas veces está supeditado a la configuración del espacio, llegando incluso a marcar el devenir psicológico y físico de los mismos. Existen varios ejemplos de ello: un departamento estrecho que acentúa la sensación de encierro y al mismo tiempo contrasta con la agorafobia de la protagonista de *La azotea*, de la escritora uruguaya Fernanda Trías; o una casa con forma de cono en la mitad de un bosque, una obra tan excéntrica y extraña como el personaje principal de la novela *Corrección*, de Thomas Bernhard. Las posibilidades que ofrecen el espacio y el paisaje como catalizadores de los procesos psíquicos de los personajes dejan en claro su



importancia como parte inherente de la construcción de sus características, en tanto que se constituye como parte fundamental del desarrollo y la vida de todo ser humano. La complejidad de los personajes y de su mundo interior también se nutre de los primeros lugares habitados. En ese sentido, podríamos hacernos eco de lo que dice Gaston Bachelard en *La poética del espacio*:

En ese teatro del pasado que es nuestra memoria, el decorado mantiene a los personajes en su papel dominante. Creemos a veces que nos conocemos en el tiempo, cuando en realidad sólo se conocen una serie de fijaciones en espacios de la estabilidad del ser, de un ser que no quiere transcurrir, que en el mismo pasado va en busca del tiempo perdido, que quiere "suspender" el vuelo del tiempo. En sus mil alvéolos, el espacio conserva tiempo comprimido. El espacio sirve para eso. (Bachelard 2000, 31)

Existe entonces un vínculo irrompible que se genera entre el espacio y el sujeto, entre el yo y la materia de la casa. El origen de la arquitectura como tal es la idea primitiva de abrigo, la búsqueda de resguardo. En otras palabras, la arquitectura nace con la casa, pues es desde ese lugar del que parte el cuerpo y la memoria. En palabras de Bachelard, la casa es el primer universo que habitamos, un lugar de protección y calidez, y es en su materia en la que se depositan fragmentos de nuestra memoria. La casa forma parte de lo experiencial, y en ese sentido se consolida como un elemento importante en la conformación de nuestra historia de vida. Volvemos siempre a los lugares que hemos habitado.

La escritura de esta novela parte desde todas estas aristas relativas a la casa como un espacio de abrigo y seguridad en el que el ser se desarrolla, impregnando todo con las imágenes que de su recorrido vital se desprenden. Esto en consonancia con las formas organicistas de la arquitectura visceral desarrolladas por arquitectos del siglo XX, como Frederick Kiesler y Hermann Finsterlin; arquitecturas que deconstruían el espacio típico ortogonal conformado por piso-pared-techo, y que más bien aludían/acudían a las estructuras internas del cuerpo humano: los órganos. En la "Endless House" de Kiesler, quizá más que en ninguna otra obra de esta naturaleza, la casa tomaba la forma de algo parecido a un estómago; el espacio entonces se tornaba indiferenciado, lejos de las categorías antes mencionadas; categorías que se ajustan mucho más a lo funcional y que se manejan hasta la fecha. En la "Endless House", por otra parte, no existía distinción entre planos porque no había planos. El espacio era un continuum que hacía sentir al espectador algo muy cercano a como Kiesler pensaba que era transitar por el interior de un cuerpo vivo. Esa es precisamente la filosofía de este arquitecto. En su "Manifiesto del

correalismo”, citado por Juan Antonio Ramírez en su ensayo “Edificios-cuerpo”, Kiesler dice:

La casa no es una máquina, ni la máquina una obra de arte. La casa es un organismo vivo y no sólo un arreglo (*agencement*) de materiales muertos. Ella es un ente vivo, en el conjunto y en sus detalles. La casa es una epidermis del cuerpo humano. (Ramírez 2003, 73)

Ramírez también hace alusión en su ensayo a las formas de los templos cristianos. La famosa planta en cruz latina de las iglesias se corresponde precisamente con la iconografía religiosa: el cuerpo de Cristo inmolado, o, para ser más exacto, la crucifixión. En Mateo 27:40, un Jesús agonizante es desafiado a mostrar su naturaleza divina. Ese desafío está circunscrito a la afirmación que hace sobre destruir y levantar de nuevo el templo. “Tú que derribas el templo, y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo...”. Es evidente que cuando Jesús habla sobre derribar el templo y restaurarlo en tres días se está refiriendo a su propio cuerpo sujeto a las fases de la pasión, muerte y resurrección. A partir de entonces esta asociación determinó la forma sobre la cual se han construido las iglesias. El cruce entre la nave central de una iglesia, intersecada con el transepto en la zona del crucero, para más adelante ser rematada en el ábside, el lugar donde se ubica el altar y desde el cual se celebra la misa por parte de la cabeza de la iglesia: el sacerdote. En este recorrido la forma de la cruz está presente, y, con ella, las características antropométricas del cuerpo de Cristo. Los templos religiosos, entonces, están diseñados a partir de la silueta de un cuerpo agonizante.

Pero no solamente en los edificios religiosos podemos encontrar esta relación. Pienso, por ejemplo, en la arquitectura que se despliega ante los ojos de Don Quijote en Campo de Criptana. En el capítulo VIII de la novela de Cervantes, los molinos de viento son, frente a él, gigantes contra los cuales debe enfrentarse. Esta deformación del objeto construido responde, a su vez, a una alteración en la psique del protagonista. Y también tiene que ver con lo antropomórfico, con la relación inevitable entre la arquitectura y el ser humano. Ver molinos de viento como gigantes es establecer un nexo con lo que de cuerpo tienen los objetos diseñados por el hombre. Vitruvio ya estableció esta relación en su tratado de arquitectura, según el cual la buena disposición o el buen ordenamiento de los templos debe siempre estar sujeto a la configuración del cuerpo humano. Acá ya estamos hablando de edificios paganos, que nada tienen que ver con la forma en que se concebían los templos de culto religioso. Todo esto llegará a su culmen cuando, a

mediados del siglo XX, Le Corbusier escriba *El Modulor*, y desarrolle su concepto sobre la casa como “máquina de habitar”.

Tomando como base las aproximaciones que se dan entre el cuerpo y el espacio, tanto en Bachelard como en arquitectos como el mismo Frederick Kiesler, me pareció pertinente la utilización de estas dos miradas para abordar la relación casa-cuerpo desde una perspectiva integral, que no solamente se ocupara de las dinámicas presentes en el cuerpo físico de los personajes y la relación de movimiento y habitabilidad que estos desarrollan con el espacio, sino también que ayudaran a construir y potenciar la psicología y el devenir de la misma ligada a la diégesis de la novela, tal como sucede con Don Quijote y los molinos de viento. Es por ello que, en muchas instancias de la historia, no solamente de la novela que compete a este prólogo, sino a la de mi primer libro publicado, *Anatomía transparente* (Manosalvas 2022), las descripciones de los espacios hacen referencia a la anatomía humana y, en ese sentido, existe una intencionalidad marcada de metaforizar el cuerpo con la arquitectura.

Una casa puede contener un cuerpo. Una casa puede ser un cuerpo lleno de uñas. Una casa puede ser carne, huesos, sangre. Memoria incendiada. Una casa puede ser un cuerpo que se consume. (Manosalvas 2022, 136)

En las dinámicas de la enfermedad, que es otro aspecto importante dentro de la poética compartida entre estos textos, la casa funciona como una suerte de espejo; todo el proceso de deterioro que sufre el protagonista de *Anatomía transparente*, un hombre homosexual que se está muriendo con SIDA, se ve reflejado en la disposición del espacio, en el juego de la luz y los volúmenes, ese juego magnífico del que hablaba Le Corbusier en sus artículos y que se puede apreciar claramente en su obra. Otro tanto ocurre en “Y me niegas la lluvia”, donde la idea del espacio como laberinto, como estómago o cerebro, da cuenta de lo que ocurre internamente en el personaje de Ana en su tránsito a través de las etapas del Alzheimer: la deconstrucción y multiplicación de las estancias, la desorientación, el desdoblamiento, la amplificación de las dimensiones de la casa en la que vive y en la que están almacenadas sus memorias, estas también difusas y deterioradas por el paso del tiempo. En suma, la arquitectura en esta novela no solo se encarga de dotar de un escenario en el que se pueda desarrollar la acción; también está pensada para testificar y replicar los estragos de la enfermedad en el cuerpo del personaje.



## **Y me niegas la lluvia**

Rommel Manosalvas

## Nota

Se han eliminado algunos capítulos de la primera y segunda parte de la novela con el fin de no sobrepasar el número de páginas determinado para una tesis de maestría. A continuación, se desglosan los capítulos removidos con un resumen breve de cada uno. La tercera parte se presenta en su totalidad.

### Primera parte

- **Capítulo III:** El Suco Vargas llega al pueblo.
- **Capítulo V:** Se narra un episodio de desorientación sufrido por Ana.
- **Capítulo VI:** El Suco Vargas vive en el pueblo abandonado. Se cuenta un primer encuentro con tres personajes (el Loco, el Cuajinai y el Trompudo) que llegan al pueblo de manera furtiva para emborracharse. El Suco los escucha, escondido en la sacristía. También es en este capítulo que ve a Ana por primera vez.
- **Capítulo VII:** Se narra un nuevo episodio de desorientación sufrido por Ana. También, echando mano de la analepsis, se cuenta cómo fue el día de la erupción del volcán, el 15 de septiembre de 1999, y cómo de cierta manera, aquel evento determinó lo que ocurriría en el futuro de la familia.
- **Capítulo VIII:** El Suco Vargas vuelve a Yanahurco, la hacienda en el páramo mientras busca a Ana. Se queda durante un tiempo allí, recordando su vida en el pueblo.
- **Capítulo IX:** Se narra un episodio de desorientación sufrido por Ana, en el cual se menciona a Jorque Poaquiza por primera vez.
- **Capítulo XI:** El Suco Vargas, luego de una temporada en Yanahurco, decide volver al pueblo. En el camino de regreso descubre la casa de Ana.

### Segunda parte

- **Capítulo XIII:** Felipe ha regresado a vivir con su madre. En el capítulo se narra su convivencia. Ella le cuenta sobre las carabinas que su abuelo, el padre de Ana, solía usar para ir de cacería. Felipe las encuentra al final del capítulo.

- **Capítulo XV:** Felipe sale de cacería con las carabinas del abuelo. En el pueblo, al caer la noche, descubre desde lejos a un hombre extraño que orina sobre una pared. Se desencadena una tormenta.
- **Capítulo XVII:** Felipe regresa a la casa y descubre a su madre en medio de la tormenta. Como resultado, Ana enferma. Durante el capítulo, Felipe se dedica a cuidarla en su convalecencia.
- **Capítulo XVIII:** Ana se recupera. Felipe decide de nuevo salir de cacería y en los caminos de la montaña se topa con los mismos tres hombres del capítulo VI (el Loco, el Cuajinai y el Trompudo). Decide matarlos y al final se revela que no se trata de Felipe sino del mismo Suco Vargas.
- **Capítulo XIX:** El capítulo XIX narra cuando el Suco Vargas descubre que Ana es la madre del Chagrita, a través de las fotografías que guarda ella en su dormitorio.
- **Capítulo XX:** En este capítulo aparece un gato en la casa. El Suco Vargas decide que no puede quedarse y aprovecha la fragilidad de la memoria de Ana para deshacerse de él. Aparece un helicóptero sobrevolando el pueblo.
- **Capítulo XXI:** El Suco Vargas ve aquel helicóptero aparecer de manera recurrente y al pueblo también llega gente, quizá buscando a los hombres asesinados. El Suco Vargas decide dismantelar la casa de Ana y encerrarse ahí con ella. En ese proceso descubre un viejo diario de Felipe y unas cartas del Irqui Medina, que abren la tercera parte de la novela.

*La vida es memoria  
y luego nada.*  
**Cormac McCarthy**

*Solíamos soñar con caballos  
sin haber conocido alguno.*  
**Andrés Cadena**

*Así los caballos espléndidos del verano  
corren entre la hierba de la colina  
por surcos que solo ellos reconocen.*  
**Roy Sigüenza**

*Durante décadas le bastó una amiga  
y los recuerdos de su pueblo mínimo.  
Sólo insistía en recordar el nombre  
en italiano del durazno.  
Como el sabor, se le olvidaba.*  
**Ida Vitale**



**Primera parte**

**I**

Estaba escondido como un perro en una boca de desagüe. Olía a perro y quizá de lejos, si alguien pudiera verlo, aunque tal como estaba nadie podría, pero en el caso de que alguien pudiera verlo, quizá ese alguien pensaría que era un perro o algo parecido a un perro, con el cabello negro cayéndole sobre la cara morena, sucia, maloliente. Por la mañana escuchó los pasos de los chapas bien cerquita de donde se ocultaba, acurrucado contra la pared pútrida de la tubería que botaba sin pena su mierda en el arroyo también podrido, al fondo de la pequeña quebrada. El hedor que surgía del agua se le había pegado ya en la piel, en el pelo, en los pliegues de los dedos que le temblaban por el frío, me voy a morir de frío, qué huevada, lograr salir nomás para morirme aquí, en este hueco apestoso, entre la mierda de los presos y la mierda de los chapas y los administrativos, y entre la mierda de la gente que vive acá, alrededor del mamotreto que es esta cárcel, con sus rejas y sus torres y su hacinamiento de mierda. Aún tenía claro lo ocurrido la noche anterior: el descuido de los guardias, la reja entreabierta, la sirena que suena cuando él, en medio de otros ciento veintinueve presos, atravesaron la cerca en estampida y se diseminaron por los campos mientras la sirena que no era de la cárcel, si en esa cárcel no hay nada, solo un vacío negro donde los cuerpos se apiñan y se comen mutuamente, pero la sirena sonaba y les llegaba el eco desde Patután, y muchos de los reos que vio salir de aquella boca en la alambrada se enrumbaron para allá o para Latacunga, pero él no, él pensó distinto, capaz que para allá mismo van a buscar, para allá mismo han de ir, que me corten los huevos si no, de modo que corrió como un poseso sobre los arcenes de yerba verde, marrón en los sitios donde la yerba había sido pelada por los neumáticos de algún carro o camión, o de algún bus de esos que llegaban cada día, pero especialmente los sábados y los domingos a la hora de la visita en la cárcel, y que traían de las ciudades y los asentamientos aledaños a las familias de las gentes que se amontonaban dentro de la cárcel, como si no fuéramos humanos sino una bola de desperdicios, de las sobras del mundo, la basura que la gente de bien no quiere ver; y fue sintiendo en los pies descalzos, porque en la confusión y las prisas ni siquiera había alcanzado a coger sus cosas, mucho menos a ponerse los zapatos; fue sintiendo los grumos y las piedras sembradas sobre el

terreno, y los tallitos rígidos del pasto que cuando no se doblaban bajo el peso de su cuerpo, de sus sesenta kilos, entonces le cortaban la piel. Corrió como loco hasta que llegó a la autopista y ya desde ahí, a esa hora de la noche en la que los ruidos del mundo parecen aplanarse y entrar en la misma frecuencia, escuchó cerca el borboteo del río Pumacunchi, aunque decirle río es quizá una exageración porque no es más que un arroyuelo que discurre entre hormigones y tierra y que hiede, pero allá mismo fue, con el sonido de la sirena rebotando desde la lejana contra las cosas, contra él también, pero apenas, levemente, así cruzó la extensión oscura y tibia de la Panamericana cuando vio que el letrero verde neón que marcaba el paso del río se encendía bajo los faros de una patrulla, y entonces se lanzó por el contrafuerte de hormigón que habían construido para contener al río, para domesticarlo. En cuanto lo hizo el olor a descomposición, a cosa podrida, le pegó en plena cara tan violentamente que no alcanzó a recomponerse y vomitó sobre el agua puerca, y mientras vomitaba, con la misma agua lodosa e inmundada se llenó el cuerpo y se metió al tubo de hormigón por el que el río cruzaba desde el otro lado de la Panamericana y seguía por allá, bajándole por los pies, hasta los terrenos donde podía ver las enormes carpas de los invernaderos de las florícolas, e incluso más allá la silueta azulada de las montañas. Había sucedido tan rápido, o al menos así se le antojaba a él: la fuga de la prisión en la que había pasado los últimos ocho años de su vida por homicidio culposo, o al menos eso decían, luego de juicios ante tribunales y jueces que lo miraban con asco, como si estuvieran ellos también ahí en el río Pumacunchi, aspirando el aroma de las cagadas de miles de personas, entre los desechos de los botaderos de basura río arriba que bajaban navegando sobre el agua puerca; sus miradas severas y desprovistas de cualquier señal de empatía o de conmiseración, que caían pesadamente una por una sobre su cuerpo, sobre sus manos siempre atadas, sobre el uniforme carcelario tan parecido a un guardapolvo que arrastraba por el suelo porque le quedaba grande, qué remedio, y a eso estaba acostumbrado ya, no solo de la gente dizque honorable de las cortes nacionales, sino de los propios reos, de sus expresiones siempre hostiles, de la vida dentro del penal, el estado de alerta constante en medio de aquel maremágnum de cuerpos pestilentes y malnutridos, cuerpos siempre pegados los unos a los otros por la escasez de espacio y de intimidad. Por eso no se movía, como si estuviera adherido al drenaje, porque sabía que era necesario permanecer inmóvil, pasar desapercibido, y también sabía que no podía quedarse para siempre en el dren, que en algún momento tendría que salir y echar a correr para escapar definitivamente de ese lugar. Pasó la noche cubierto de porquería en el interior del dren, solamente con el sonido burbujeante del agua sucia que le lamía los

pies y que estaba tan fría como el aire del exterior y el viento que acariciaba los eucaliptos cuesta arriba, si tan solo le llegara un poco de ese aroma, el de los eucaliptos, para mitigar la peste del drenaje, pero por lo menos dentro del tubo lograba retener algo del calor, así como estaba, arrebujado en el uniforme de presidiario del que también se desharía, era impensable andar por ahí vestido de esa manera, mucho menos después de que sonara la alarma en Patután, mucho menos después de eso. A ratos escuchaba las sirenas de las patrullas que cruzaban la autopista en ambos sentidos, y el reflejo de las luces rojas y azules al golpear las ondulaciones de pastos, las riberas del río, los grupos de árboles siempre quietos, pero cada vez con menos frecuencia, ya no tan desafortunados como durante la noche y la madrugada, cuando retumbaba la alarma en Patután porque con seguridad alguien habría llamado al UPC de Patután para avisar sobre los fugados, que anduvieran atentos por si acaso se iban a esconder por allá por Patután o por los lados de Patután, que era lo más seguro que pasara. Y ya poco antes del alba, cuando de nuevo se asomaban las montañas al fondo, detrás de aquella acumulación de cosas: los invernaderos y las plantaciones, e incluso más allá los tejados y las terrazas de alguna comunidad cuyo nombre él ignoraba, entonces vio las luces rojas y azules regresar por la Panamericana y detenerse justo encima del dren, ir manchando con sus haces la superficie de la yerba, y los arbustos y la superficie turbia del arroyo, que a esas horas se apreciaba negra como la noche sobre el campo, y escuchó las ruedas aplastar la gravilla sobre el asfalto al detenerse, las puertas de la patrulla mientras se abrían, y luego las suelas de varios pares de botas recorrer la carretera sobre el drenaje del río Pumacunchi, ya se fue a la verga, chapas carevergas, son como perros, huelen el miedo, y cerró los ojos, e intentó hacerse chiquito, llenarse el cuerpo del limo verdoso del río que se adhería a las paredes del dren, sin hacer ruido, para camuflarse, mientras escuchaba a los policías bajar por el arcén y luego meterse con sus botas relucientes por la berma herbosa. Metió las manos en el agua fría y luego se embarró la cara con el sedimento del fondo del tubo, una y otra vez hasta que estuvo seguro que su cara estaba cubierta de aquella sustancia blanda y hedionda, y entonces se quedó quieto e intentó no respirar, ni mover un músculo, se echó contra la pared de la tubería que era amplia pero no demasiado, y en esa posición, cubierto por las innumerables basuras y ramas y trozos de ramas y arbustos que el río Pumacunchi arrastraba hasta ahí, esperó a que los chapas aparecieran en la boca del drenaje, sus pasos cada vez más cerca al bajar por la berma y luego encima del muro de contención de hormigón con el que habían encerrado al río Pumacunchi. Aquí no hay nada, mi sub, está todo lleno de mierda y apesta, de verdad mi sub, no creo que nadie que esté bien de la

cabeza se atreva a meterse en este chiquero mi sub, le juro que no hay nada, por Diosito santo y la virgen, y el hombre al que se dirigía: mira bien, Quishpe, mira bien, chucha, tenemos que revisar bien, no vaya a ser que nos falte alguno, no vaya a ser que nos metamos en problemas, en camisa de once varas, como se dice vulgarmente, aunque jodidos ya estamos, pero no tanto como vamos a estar si no les cogemos a esos hijueputas, y el prófugo casi pudo adivinar el rostro hostil del policía mientras escuchaba su voz estridente retumbar por las paredes de concreto del drenaje, saltando indistinta sobre las paredes y la superficie del agua, mezclándose con el sonido burbujeante del río que no era un río sino un arroyo, aunque hubiera sido caudaloso en otro tiempo, pero ya no lo era, y en eso pensaba el prófugo cuando sintió que un haz de luz blanca le barría el rostro, y luego barría las paredes del drenaje y luego el agua misma que bajo la luz reveló algo de su transparencia primaria, y también la acumulación de detrito y desechos, y mierda, porque en realidad el lugar hedía a mierda, el tal Quishpe no se equivocaba, porque todo estaba lleno de mierda y se pudría dentro del drenaje. Le prometo que aquí no hay nada, mi sub, solo pura basura y pura caca, la caca de miles de personas hacinadas en esa cárcel pedorra que se levanta, gris y azul y blanca, del otro lado de la autopista, sobre el río Pumacunchi, y también la caca de los demás, de los habitantes del valle y los alrededores, pero le juro que no hay es nada aquí, mi sub, y el haz de la linterna se alejó hasta desaparecer y no ser más que una concentración fantasmática en los ojos del prófugo, que ahí acostado contra la pared del dren, medio sumergido en la mierda y el agua pútrida y fría, sudaba profusamente de terror. No se levantó durante un buen rato. Afuera ya comenzaban a piar los pájaros prediciendo el amanecer que se sugería sobre los dientes montañosos, al fondo, como una línea de blancura absoluta, y cuando finalmente se sintió confiado, lo suficientemente seguro de que estaba solo, de que por ahí no había nadie, que la berma y las riberas y los parterres estaban vaciados de cualquier mirada, se incorporó con el sonido del gorjeo del agua en la cabeza y en los oídos, como una música antigua, y empezó a salir del ducto, lentamente, su nariz ya casi acostumbrada al hedor nauseabundo, porque el tal Quishpe no se equivocaba al decir que la tubería estaba llena de mierda, y en efecto estaba llena de mierda, y a la luz exigua de la mañana pudo ver casi los mojoneros navegando en el agua turbia del río Pumacunchi, que más que río parecía un arroyo, y de esa manera llegó al borde de la tubería, con el eco del agua dentro del dren rebotando contra las paredes a su espalda, y el sonido del agua al salir del dren, caer al cauce del río y llenar la transparencia del aire en el exterior. Se quedó ahí un momento y afinó el oído; trató de escuchar si se acercaba algún carro por la Panamericana, o el

aullido de alguna sirena, pero solo le llegó el ruido del viento al golpear los eucaliptos y los cholanes florados, y el aletear de los pájaros que ya se despertaban para alzar el vuelo en el cielo limpio del amanecer, pero aparte de eso ningún rastro de otro sonido, ninguna alarma que enturbiara el aire, ni siquiera la de Patután, que había sido la primera en sonar minutos después de la fuga, la primera y la única, porque en la penitenciaría no tenían alarma, o si la tenían él no la escuchó en ningún momento, pero la cosa es que no sonaba nada, solo el viento y las aves y el agua en su cauce pútrido, y una cierta tranquilidad se había instalado sobre el río Pumacunchi, y quizá eso fue lo que lo decidió a salir de una vez por todas. Echó a correr siguiendo el curso del río, entre los pastos y los grupillos de árboles que crecían en el campo, y saltó cercas y alambradas en dirección a los tejados y las terrazas que había visto brillar en la noche enlunada. Corrió como un loco, aspiró el aire limpio y fresco de la mañana, que olía apenas a bosta, pero que olía sin duda mejor que dentro del dren; corrió sin mirar atrás y se detuvo lo necesario para no ser visto, para ocultarse mientras algún carro atravesaba una vía secundaria, o un camino de terracería, o un camino de adoquín polvoriento, y se detuvo también para deshacerse del uniforme de presidiario manchado de mierda y lodo y trozos de vaya usted a saber qué cosas, para zambullirse en un rectángulo de agua tan fría que le cortó la respiración por un instante, pero que también le limpió la suciedad arraigada en la piel durante la noche, aunque el olor no se fue completamente, pero así más limpio y despejado corrió en pelotas por la campiña, esquivando los lados fangosos del terreno para no volver a ensuciarse, y mientras más corría más cerca asomaban los techos de las casas que se alcanzaban a ver desde el dren por el que pasaba el río Pumacunchi, de un lado al otro de la autopista, hacia el norte. Estaba entrando a una comuna o a algún barrio, no lo tenía claro, donde las casas aparecían aisladas en sus respectivos terrenos, o pareadas unas con otras, lo cual le daba al lugar un aspecto un tanto caótico, pero tranquilo. El cielo cada vez más luminoso revelaba su figura con mayor facilidad: las calles estaban vacías en la penumbra de la hora previa al amanecer, y, aunque a ratos escuchaba el sonido de motores o miraba pasar algún carro solitario por las calles desiertas, no vio a nadie más. Quienquiera que lo viese en ese instante quizá pensaría que se trataba un demente, porque iba corriendo desnudo sobre los matorrales, con las plantas de los pies abiertas y sangrantes, qué idiotez haber olvidado los zapatos y las cosas allá en la celda, así que en última instancia se atrevió a cruzar una cerca de madera con las estacas llenas de moho, y del otro lado se encontró en una especie de corral vacío, aunque perduraba el olor de los animales que habían vivido ahí en otro tiempo, y también perduraba un olor que conocía muy bien, que le traía

memorias de su tierra, a la que regresaría pronto, si las cosas marchaban como quería; el olor a caballos y a sudor de caballos y a bosta de caballos, apenas una reminiscencia que flotaba en el aire dentro del corral, que para nada era una caballeriza como debería, sino apenas un corralito de unos pocos metros cuadrados, una cosa chiquita en cualquier caso. Y tal fue la sorpresa de encontrarse de nuevo con aquel olor que inmediatamente pensó en caballos, y le pareció escuchar relinchos de caballos en la distancia, y el sonido del paso de caballos sobre el adoquinado que cubría la mayor parte de ese pueblo o comuna o barrio; y tal fue su conmoción, luego de ocho largos años encerrado dizque por homicidio culposo, o al menos eso es lo que decían, que al oler ese aroma a caballos tuvo que quedarse un rato ahí, aspirando el tufo rancio a caballos y con el oído atento por si acaso alguien asomaba, oteando los campos en la penumbra del amanecer, aunque todavía era muy temprano, pero uno nunca sabe, uno nunca sabe. Para su buena suerte, más allá del corral divisó un tendedero colmado de ropa lavada: sábanas y toallas, y sostenes de copa grande, y calzones, y entre eso también vio ropa de hombre, que, tal como comprobó después, le venía demasiado grande, pero se sintió afortunado de cualquier manera, claro, afortunado de estar limpio, o lo más limpio posible considerando la situación, y con ropa limpia, abrigado en el frío de la sierra que ya iba amaneciendo, aunque el asunto de los zapatos era algo que quizá no podría remediar. Qué soberano idiota, haberse dejado los zapatos en la celda, en medio de la huida, pero ya nada podía hacer para cambiar las cosas. Aprovechó que la casa seguía en silencio, y el patio vacío, y se remojó los pies heridos en la piedra de lavar que se levantaba a un costado del corral; sumergió los pies durante un rato y luego se los envolvió con las toallas limpias del tendedero antes de saltar la cerca y regresar a la calle, que yacía cubierta de excrementos de caballos, y de mierdas de perro, la mierda como una constante del paisaje, y así con las toallas envueltas en los pies remontó el camino hacia el norte, de nuevo siguiendo el curso del río Pumacunchi, que por esos lados discurría a un lado de la calzada y esparcía su peste sobre las plantas de ribera y sobre las plantas de los huertos, y entre los árboles y los eucaliptos que no lograban mitigar la magnitud del hedor. Cómo esta gente puede vivir tan cerca de esta cloaca, cómo le hacen para soportarlo, y la respuesta le llegó enseguida, sin esfuerzo, casi sin necesidad de pensar, porque les toca soportarlo, porque no hay más remedio que soportarlo, así como lo había soportado él mismo durante la noche después de haberse fugado de la penitenciaría. Siguió andando junto al curso del río Pumacunchi, en medio de los matorrales, por caminos abiertos a fuerza del tránsito de muchos pies, mientras pensaba en esas cosas, recordando estar alerta, no bajar la guardia ni por un momento,

casi paranoico a tal punto que a ratos le parecía escuchar de nuevo la sirena estridente de Patután en la distancia, o la sirena de los patrulleros en los alrededores de la penitenciaría, porque todavía no daban con el paradero de los reclusos fugados, toda la noche busca que busca por los alrededores, y por eso él no bajaba la guardia, andaba pilas, con la oreja parada, como se dice vulgarmente, por si se aparecía alguno de esos patrulleros por ahí cerca. Andaba solamente con el ruido del follaje cercano al río al agitarse con el viento, el mismo viento que no traía nada del aroma de los eucaliptos que crecían del otro lado del río Pumacunchi, bueno hubiera sido, sino más bien el propio aroma del río, que olía a pura mierda, a purita mierda, y que a ratos parecía intensificarse a tal punto que él tenía que taparse la nariz, a pesar de que él mismo hedía igual después de la larga noche metido en el drenaje bajo la Panamericana. Más allá, cuando el sol finalmente apareció detrás de las montañas e inundó la marea de yerba y matorral por los que andaba con el mayor de los cuidados para que no se le salieran las toallas sujetas a los pies y que ya estaban embarradas del lodo del sendero, más allá, cruzando un pequeño puente hecho de tabla sabría Dios por quién o quiénes, y que salvaba el río Pumacunchi que en esa parte se parecía más que nunca a un arroyo, ahí, sobre el puentecito que juntaba ambas orillas pudo divisar lo que pareció la entrada de un pueblo pequeño, y sobre los techados de tejas y planchas de zinc, y sobre los edificios a medio hacer, con sus columnas trucas exhibiendo los aceros enhiestos contra el cielo que se iba aclarando cada vez más, que con seguridad permanecerían de ese modo durante años, vio la torre de una iglesia blanca, con su campana de bronce pender en la semipenumbra del campanario, y fue nada más verla, casi con admiración y de nuevo con asombro, pues hacía mucho que no veía otra iglesia más que la capilla pedorra de la cárcel, donde por lo general los reos se metían a drogarse o a encimarse unos con otros, a meterse la verga pues, unos con otros, y por eso se había olvidado, o dejado de pensar, más bien, en la forma de una iglesia, en sus colores que por lo general tendían al blanco, igual que la iglesia de su infancia, que también, como esa que ya se percibía más adelante, era blanca y tenía dos torres y por ende dos campanarios y dos campanas. El camino de tierra abierto entre las matas y el monte de yerba terminaba abruptamente en el borde de una acera con el hormigón reventado por las raíces de los árboles que crecían cerca y que probablemente servían como una barrera natural contra la peste del río Pumacunchi, aunque a decir verdad el cauce se desviaba hacia la izquierda, como si no quisiera saber nada del pueblo, que tenía un nombre que a él no le sonaba de nada, pero que tampoco le importaba demasiado, porque sus preocupaciones se limitaban a las toallas a través de las cuales traspasaba la humedad del



suelo, de modo que tenía los pies fríos y mojados, y mayormente sus preocupaciones se limitaban a la necesidad de orientación, a saber dónde estaba la carretera, a encontrar un sitio en donde pudiera comer algo, quizá pedir limosna o pedir ayuda a alguien, porque, aunque no era de los que comía demasiado, y dentro de la cárcel uno aprende a no esperar una comida abundante, una ración normal, no se diga ya una ración demasiado grande o contundente, después de aquel trajín el estómago comenzaba a dolerle y a sonarle, y lo último que deseaba era atraer miradas curiosas. Avanzó hasta dejar atrás el cartel que decía *Usted está entrando en Guaytacama, tierra del...* y subió por la calle adoquinada mientras la vida empezaba ya a insinuarse en el aire, y el sonido de motores y el sonido de risotadas, o de conversaciones que se escabullían diáfanas a través de las ventanas, le llegaban como advertencias o como signos de peligro, más vale que me apure, más vale que ponga distancia con este pueblo, entre este pueblo con su gente y mi persona, y además con las cosas de Guaytacama, qué extraño nombre, pensó, y siguió adelante hasta el parque y la iglesia de Guaytacama con su torre y su campanario que había divisado a lo lejos, sobre el precario puente de madera que cruzaba el río Pumacunchi. El parque era una extensión cuadrangular llena de arriates de flores y pastos recortados que desprendían un olor a tierra que no había sido capaz de apreciar antes, en el campo abierto, por la cercanía con el río putrefacto, y aparte de un par de abuelos que probablemente ya no dormían y peregrinaban en las madrugadas hasta las bancas de piedra del parque, con el insomnio como única compañía, no vio a nadie más, ni un alma, ni siquiera la huella de una persona, si dejaba de lado a los ancianos que recibían con placidez los primeros rayos tibios del sol naciente mientras se concentraban en sus periódicos, con los oídos llenos de borboteo del agua que salía y se derramaba de una fuente justo en el centro del parque, y que caía dentro de una pileta de piedra y llenaba con su runrún de aguas en movimiento el paisaje más bien tranquilo del parque. A lo mejor los viejos me pueden echar una mano, la gente mayor siempre es más blanda, tiene el corazón más blando, la gente mayor que por años ha aprendido a fuerza de errores a ser más empática y más piadosa, pero también más desconfiada y más precavida, de modo que tengo que ser cuidadoso, acercarme despacio para no alarmarlos, tener una buena coartada, una justificación, una historia, y mientras se aproximaba, con la mirada fija en las cabezas peladas de los ancianos, donde solamente despuntaban mechones de cabellos blanquecinos, apenas escuetas neblinas en las cimas de sus cabezas, escuchó de pronto el ruido de cascos sobre el adoquinado del pueblo y el corazón que hasta el momento había latido de forma normal, de forma contenida, ahí en el fondo del pecho, comenzó una carrera desbocada. ¡Un caballo! ¡Dios

bendito, un caballo, o estoy oyendo mal! Pero no estaba oyendo mal, y, cuando giró en dirección al sonido, con el cuerpo oculto detrás de un arupo cuyos brotes tintaban de rosa el pasto del parque, vio aparecer en una esquina a un animal hermoso, un semental cuya musculatura se adivinaba bajo el pelaje corto y brillante que lanzaba reflejos en la luz tierna del sol, como si tuviera miles de hogueras diminutas en el cuerpo al paso de la luz, y sobre el caballo, encima de un hombre grande, también la luz, cuya tez morena era apenas un poco más clara que el color del pelaje del caballo, que era más bien un alazán, nadie en el mundo podría decirle lo contrario, pretender enseñarle nada sobre caballos y razas de caballos, y sobre montar caballos, y el pelaje del alazán era de un tono chocolate oscuro que hizo que inmediatamente sus ojos se anegaran en lágrimas de gratitud pero también de rabia, tanto tiempo pasado en la oscuridad de una celda, rodeado de cuerpos pestilentes y de violencias inútiles, tanto tiempo sin ver ni sentir ni oler un caballo. Y a pesar de lo ocurrido, a pesar de su propio estado de alerta, no pudo evitar avanzar hacia el jinete cuando este desmontó a un costado de la iglesia con su torre y su campanario, la iglesia de Guaytacama, frente al parque de Guaytacama, donde los ancianos tomaban su baño de sol y donde seguramente gastarían las horas del día hasta que los llamaran al almuerzo, sentados en los bancos de piedra, tomando el sol y escuchando el murmullo del agua al caer en la pileta de piedra, a pesar de eso no pudo evitar avanzar, incluso olvidando sus propias reservas y sus pies heridos, mientras el jinete enlazaba las riendas del animal a un poste de luz, que tenía un atado de cables enmarañados en lo alto y los restos de propagandas electorales desvaídas, imposibles ya de remover. Quizá fue por el pasmo con el que se acercaba que no se percató de que a L lado de la iglesia estaba abierta una fonda o lo que parecía una fonda, ni tampoco se percató de que el hombre del caballo había reparado en él y lo miraba acercarse con el rabillo del ojo. ¿Qué te pasa? ¿Qué? ¿Nunca has visto un caballo? ¿Qué carajo traes en los pies?, y solo ahí el prófugo, porque entonces, después de un rato de estar ensimismado, sumergido en su ensimismamiento y en la visión del caballo que sacudía la cola para espantar a las moscas, solo entonces se acordó que la noche anterior se había fugado de la penitenciaría, con otros ciento veintinueve reclusos, y también se dio cuenta de que el jinete, que de cerca era mucho más grande y mucho más moreno e intimidante, lo estaba observando con una expresión que fluctuaba entre la curiosidad y el asco, y quizá por eso también cayó en cuenta de que hedía, de que a pesar del chapuzón en el agua helada y la ropa limpia, traía pegada encima la pestilencia del río Pumacunchi, que con seguridad ese hombre conocía de sobra. Me robaron, dijo, fue lo único que atinó a decir, preso de repente, del miedo, porque el jinete

era en verdad enorme e intimidante y su expresión lo hacía más intimidante todavía, me robaron, patrón, un hombre me robó los zapatos y esto es lo que encontré para poder andar a pie. ¿Un hombre te robó los zapatos?, sí, patrón, por la mañana que andaba por abajo por los rumbos del río, ahí mismo me robaron, salió un choro de la maleza y ahí mismo me robó los zapatos y la plata que traía encima para comer, y esto fue lo único que encontré para andar, porque imagínese uno andando descalzo por aquí, con la mierda que hay en las veredas y las piedras y pedazos de piedras y los pedazos de cristal que quedan después de las peleas de los borrachos por la noche aquí en Guaytacama, usted sabe cómo es esto, patrón. Y el hombre, que parecía hincharse, o al menos el prófugo tenía esa impresión, porque era realmente grande e intimidante su porte, su estatura, como una torre, como la mismísima torre de la iglesia de Guaytacama pensó el prófugo, se retiró el sombrero que traía y sacó un billete, cosa que el prófugo no se esperaba en lo absoluto, a decir verdad no se lo esperaba para nada, y se lo tendió con un gesto todavía de asco, pero en el que apareció un destello de conmiseración, o al menos un destello de pena sincera por la historia desventurada que le acababa de contar, y le entregó el billete que era de diez dólares, ni mucho ni poco, pensó el prófugo, pero igual aún incrédulo de su buena fortuna, porque se había fugado de la penitenciaría y pasado la noche ahí en las aguas asquerosas del río Pumacunchi, cubierto de mierda y meados y de la porquería que la gente arrojaba al río, y a pesar de eso ahí estaba, y tomó el billete con una inclinación de cabeza, Dios le pague, patrón, Dios le pague y le devuelva el triple, y el jinete que seguía con la nariz arrugada se permitió una leve sonrisa, o un amague de sonrisa, y se calzó de nuevo el sombrero en la cabeza cubierta de pelo negro, tan distinto al pelaje rojizo del caballo, y de su propia piel morena, que brillaban bajo la luz del sol. ¿Quisiera comer algo, amigo?, le dijo el jinete de repente, cosa que el prófugo tampoco se esperaba para nada, y lo miró directamente a la cara, aunque solo durante una fracción de segundo porque era una cara que intimidaba bastante, aquí la comida es buena, amigo, y la verdad la verdad es que me apena que le hayan choreado así tan temprano, uno ya no puede andar tranquilo por la calle porque aparece cada delincuente, encima teniendo la cárcel esa tan cerca y a los chapas tan cerca, y aun así la delincuencia es un problema bien grave por estos rumbos, incluso teniendo la cárcel tan cerca, le dijo, ¿le gustaría echarse un cafecito o algo, amigo?, digo, parece que tuviera bastante hambre. Y el prófugo asintió apenas y sonrió apenas, famélico, sin atreverse a mirar la cara del jinete más allá de unos pocos segundos, Dios le pague, patrón, de veras que le agradezco un mundo, sin poder creer lo que estaba pasando, vine buscando cobre y encontré oro, pensó acariciando por un rato

los ijares del caballo, mientras este espantaba las moscas mañaneras con certeros latigazos de su cola. Entraron en la fonda que a esa hora ya estaba caldeada y, para su sorpresa, medio llena, aunque aún había espacio para ellos en una de las mesitas desvencijadas que una mujer patucha atendía como mejor se le daba, sudando la gota gorda, como se dice vulgarmente. Se sentaron en la mesa y se quedaron un momento callados, y el prófugo se dio cuenta de que el hombre del caballo intentaba ignorar la peste que despedía, que era muy amable e incluso demasiado amable al no mencionarla, al no decirle que fuera a lavarse, que apestaba a muerto, pero que no le había dicho nada, y siguieron en ese plan, escuchando el murmullo de los parroquianos en sus respectivas mesas, y el murmullo de un televisor que colgaba de la pared de unos soportes que parecían de esos famosos soportes Da Vinci que antes, cuando todavía no caía preso, e incluso mucho antes, se promocionaban en la televisión nacional. Por la televisión pasaban a esa hora unas caricaturas que le aburrieron muy pronto, pero hasta mientras la mujer patucha de la fonda al fin se les acercó y de veras que sudaba a mares la pobre mujer, tenía el cabello despeinado debajo de una rejilla de cabello, y algunos mechones de cabello se le salían por debajo del elástico y se le pegaban a la frente sudada, los mechones también empapados de sudor, buenas Don Jacinto, veo que no viene solo hoy. ¿Qué se van a servir? ¿Qué desea el caballero?, preguntó señalándolos a ambos con la tapa mordisqueada de un esfero azul, que a continuación apuró, presto sobre una libretita para apuntar el pedido mientras las gotas de sudor le resbalaban por la cara, por el puente de la nariz, por los sobacos. El hombre del caballo, que se llamaba Jacinto, y al que la mujer patucha y sudada se refería como Don Jacinto, ordenó para ambos: café, huevos, pan, queso y bolones de verde con chicharrón, uno para cada uno, que aunque no era la comida típica de esas regiones igual la preparaban y la servían en la fonda, y lo cierto es que no tuvieron tampoco que esperar demasiado para que la mujer patucha y sudada que atendía el local como mejor se le daba, con tanta velocidad como era capaz de generar su cuerpo paticorto, pero que parecía ser suficiente para entregar las órdenes como iban saliendo; las bandejas de comida que equilibraba con sus brazos fofos, les llevara su pedido, que constaba de café, huevos, pan, queso y bolones de verde con chicharrón, uno para cada uno. Ambos comieron y mientras comían escucharon el ruido del taconeo de la mujer patucha y sudada, trajinar entre las mesas decrepitas de la fonda, el ruido de los aparatos de cocina, licuadoras y sartenes al ser colocados y retirados de las hornallas, las licuadoras de nuevo, el sonido casi seco de los cuchillos al picar vegetales sobre tablas, el chisporroteo del aceite de fritura detrás de una delgada pared con un pasaplatos en la

mitad a través del cual le entregaban las órdenes a la mujer patucha y sudada, y también las conversaciones de los parroquianos y la cháchara de los parroquianos que hablaban entre ellos con las bocas llenitas de comida, y que al hablar iban medio escupiendo lo que tenían en las bocas, y como fondo de aquel maremoto de sonido, el ronroneo del televisor, las propagandas sobre productos domésticos: cosas de limpieza y quizá propagandas de cosas que la gente por lo general no necesita pero que con lo enfática que es la televisión al pasar las propagandas una y otra vez, la gente eventualmente piensa que son imprescindibles. No hablas mucho, ¿verdad?, le dijo el tipo del caballo, cuyo nombre era Jacinto, y el prófugo salió de su ensimismamiento mientras engullía la comida que sinceramente no era tan buena como el hombre del caballo le había dicho, pero que con el hambre que tenía lo mismo le daba que fueran trozos de cartón. No pasa nada, amigo, le dijo el tipo del caballo, come tranquilo, que se ve que tienes hambre, nomás cuando te vi así todo escuálido me di cuenta, de veras, ahí pensé: cuánto tiempo andará este pobre tipo sin probar bocado, y pues parece que tan equivocado no estaba, amigo, si da la impresión de que no hubieras desayunado en años, amigo, por lo flaco que andas, digo, por lo encalmado y lo delgado que andas, pues, no es tan normal esa delgadez, dijo, y luego añadió: cómo te llamas, amigo, cuál es tu nombre, dime nomás así en confianza. Y el prófugo, desconcertado por la perorata repentina del tal Don Jacinto, que hasta el momento había estado en silencio sorbiendo su café y lanzando miradas por el interior de la fonda, en especial a los parroquianos que se reían de manera escandalosa en la parte trasera, como si fuera viernes por la tarde y estuvieran preparándose para una fiesta y no, como era el caso, un lunes a las siete de la mañana, qué extraño, parroquianos que con seguridad el tal Don Jacinto conocería porque era de Guaytacama o al menos el prófugo suponía que esa gente era de por ahí, del pueblo de Guaytacama o de cerca de Guaytacama, aunque podía estar equivocado, pero en cualquier caso el asombro por la verborrea repentina del hombre se traslució en su cara que de inmediato se puso roja, medio por el esfuerzo que le suponía tragar para hablar lo más pronto posible, medio por la vergüenza, no le dije mi nombre, patrón, no me preguntó, dijo limpiándose la boca con la servilleta y dejando sobre ella grandes manchones de grasa, pero me dicen el Suco, el Suco Vargas, para servirle, y tuvo el impulso de estirar la mano para que el otro se la apretara, pero se contuvo porque ya suficientemente amable había sido el tal Don Jacinto en no hacer ningún comentario sobre el olor a podredumbre que despedía su cuerpo, y encima, en haberle invitado a comer y en haberle dado algo de dinero. Bueno, eso está bien, dijo el otro, y sorbió otro tanto de café mientras en la televisión comenzaban a

transmitir el noticiero de la mañana, ¿y a qué se dedica, Suco?, escuchó que le decía el otro, y otra vez estuvo a punto de atragantarse aunque logró disimularlo bien, o al menos eso pensó porque la cara de Don Jacinto permaneció imperturbable, soy arriero, patrón, allá por el sur, por Ambato, a eso me dedico, de hecho para allá mismo es que voy ahora, solo que ando un poco perdido porque no conozco muy bien la zona, no sabrá usted por si acaso dónde puedo agarrar un bus o algún transporte que vaya para Ambato o cerca de Ambato, digamos por los lados de Ambato, porque ando medio perdido, pero por suerte usted debe saber. Eso le estaba diciendo el prófugo al hombre cuando se percató de que la gente en el interior de la fonda estaba en silencio, y se percató porque era un silencio extraño, porque había caído tan pesadamente sobre las conversaciones animadas que nomás hacía un instante inundaban el recinto estrecho de la fonda, que de pronto sintió un vacío en la panza y un miedo helado treparle como algo vivo por el fondo del cuerpo. La mujer patucha y sudada estaba subida sobre un banquito para alzar el volumen del televisor que colgaba en la pared y el hombre llamado Suco se percató que todos miraban fijamente a la pantalla, tan así fue el cambio en el ambiente que hasta el mismo Don Jacinto Melchor se giró para ver qué era lo que provocaba un silencio como ese, y como si solamente entonces pudiera enfocar el oído, escuchó la voz característica del presentador del noticiero, esa voz que hacía mucho tiempo que no escuchaba y que le trajo recuerdos de otras épocas, antes de la cárcel y la fuga, y el presentador decía con el rostro serio, con un ojo más grande que el otro, esa suerte de asimetría propia de hombres y mujeres, pero que en el presentador se acentuaba todavía más por las profundísimas arrugas que le surcaban el rostro, que la noche anterior ciento treinta reclusos se habían fugado del pabellón dos del Centro de Privación de Libertad Regional de Latacunga, esa manera de referirse a la cárcel que al hombre llamado Suco, es decir al prófugo, le producía agrieras y le rompía los huevos; y que la policía todavía no lograba dar con el paradero de algunos de los fugados. Vesa huevada, dijo alguien por ahí mientras Don Jacinto volvía a acomodar su cuerpo inmenso en la silla, estamos en la verga, en la recontra verga, y enseguida el murmullo de las voces volvió a llenar la fonda, capaz eso explica por qué le asaltaron en la mañana, hombre, capaz que esos sinvergüenzas que se fugaron del penal andan escondidos en el monte y por los lados de Patután y de Guaytacama, cómo puede ser posible que se escapen tantos presos de una sola, los chapas no sirven para un carajo en este país, ¿nocierto, amigo?, ya no se puede estar tranquilo en ninguna parte en este país. Mientras Don Jacinto hablaba el prófugo fue recobrando el control de sus nervios, con la mirada clavada en aquellas manazas enormes suyas, con las

que en ese momento troceaba el pan sobre el plato de porcelana astillado, con las que montaba al caballo y acariciaba al caballo y amarraba al caballo a los postes del pueblo de Guaytacama, pero para su sorpresa, y ese día había tenido varias, solo el Señor lo sabía, el hombre no hizo más que apurar el café que le sobraba en la taza, como si ahí en el pueblo de Guaytacama nadie tuviera afán de hacer nada, como si el tiempo no corriera de la misma manera en el pueblo de Guaytacama, y le dio por pensar en eso porque ahí seguían los parroquianos en la fonda, inclinados sobre sus platos y tazas, conversando entre dientes, aunque el Suco podría jurar que el ambiente ya no era el mismo después de que pasaran la noticia sobre la fuga carcelaria y sobre la crisis carcelaria en el país, pero más que nada sobre la fuga de la noche anterior. Se preguntó mientras apuraba el último sorbo de café, si tal vez alguno de los prófugos, como él mismo lo era, habría llegado hasta Guaytacama, al parque central o al iglesia misma de Guaytacama, o por los lados de Guaytacama, si quizá anduviera alguno por ahí cerquita, escondido de los chapas igual que él, aunque a decir verdad el pueblo estaba bastante tranquilo, sin más ruidos que el sonido de neumáticos cuando pasaba un carro por las calles adoquinadas, o eventualmente el sonido de pasos apresurados sobre las aceras de piedra y sobre las calles de piedra, y ya más lejano, como un ruido blanco más bien, el sonido del agua al caer dentro de la pileta en el centro del parque de Guaytacama, donde los viejos y los jubilados salían desde muy temprano al parecer, a sentarse en las bancas de piedra para tomar el sol hasta el mediodía. Bueno, patrón, dijo el Suco una vez los platos estuvieron limpios, tan limpios que seguramente la mujer patucha y sudada podría colgarlos así como estaban de limpios, bueno, creo que debería irme yendo, usté sabe, le agradezco un mundo por su generosidad, patrón, de corazón le digo, pero ya debería irme yendo, si quiero llegar temprano a Ambato, usté entiende, solo querría pedirle un último favor si fuera posible, no sé si podría mostrarme dónde coger el bus, cualquier bus que vaya para Ambato o donde pase cualquier carro que me pueda llevar para Ambato, usté sabe, usté que es de por estos rumbos conoce mejor que yo, y el patrón asintió: por cierto, amigo, qué andaba haciendo por acá tan temprano, si dice como me dijo hace rato, que se dedica a ser arriero allá por Ambato, o por los lados de Ambato, qué hace tan lejos, por acá en Guaytacama, la pura verdad eso me estaba preguntando, no, no se incomode, hombre, que solo es mera curiosidad, nada más es curiosidad, pero si le molesta igual no tiene que decirme nada, de veras que no hace falta, de cualquier forma me alegra haberle ayudado aunque sea un poco, y el otro: no, si no es problema, patrón, cómo va a creer, no es ningún problema, usté pregunte lo que quiera, pero la verdad es que nomás me vine para pasar el fin de

semana con una guambrita, usted sabe cómo es eso, patrón, cómo uno pierde la cabeza por una mujer, y las cosas que hace uno por una mujer, usted debe saber porque tiene pinta de que sabe mucho sobre mujeres, patrón, pero nomás para eso me vine, y ahora no me queda más que devolverme pa'l monte, que queda allá por Ambato, para seguir trabajando, usted entiende. Don Jacinto Melchor sonrió y se tocó el sombrero con picardía. No pasaba por su mente que aquel pobre tipo desgarrado y maltrecho, que había devorado el desayuno como si no hubiera comido en años, tuviera algo que ver con la noticia de la fuga en la penitenciaria Así que de eso se trata, dijo sin dejar de sonreír, un fin de semana de culeo con una mujer, pasar el fin de semana con una hembra, ¿nocierto, amigo?, qué suerte pasar así, un fin de semana entero culeando con una mujer, y ya no añadió más, sino que pagó la cuenta en metálico, con un billete que se sacó del sombrero también, como si trajera una puta alcancía en el sombrero, y luego simplemente salieron del local al aire limpio de la mañana y dejaron atrás el ambiente de la fonda que hedía a fritura y limpia pisos. El Suco dudó de nuevo, pero esta vez fue el propio Don Jacinto el que extendió la mano para despedirse, una mano tan enorme y tan morena que a su lado la mano del Suco, escuálida y anémica en comparación, parecía apenas un insecto raro, o algo lo más parecido a un insecto raro en cualquier caso, que Dios le pague por lo que ha hecho por mí hoy, patrón, qué Dios le pague y le bendiga, de corazón le digo, y Don Jacinto se permitió una sonrisa más abierta y mostró una hilera de dientes cuadrados y amarillentos, manchados por el café de la fonda y seguramente por el cigarro, porque eran los dientes de un fumador los que se mostraban, eso sin duda, aunque el Suco no hubiera visto ni rastro de cajetillas o encendedores, pero solo Dios sabría, y la sonrisa se prolongó durante un rato corto pero lo suficiente para causar asombro por el aspecto de la cara del hombre, porque cuando uno sonrío a uno le cambia la cara, o eso es lo que su madre solía decirle, y era verdad porque la cara de Don Jacinto había cambiado, parecía más radiante, y quizá al Suco le tomó por sorpresa la sonrisa del hombre, aunque fue capaz de contenerse y estrechar su mano con la mayor firmeza de la que fue capaz. Desanduvo el camino hacia el parque de Guaytacama, y a través del parque de Guaytacama que a esa hora estaba semicubierto por la sombra del campanario de la iglesia, y donde los viejos y los jubilados permanecían con sus periódicos y su tiempo, que se escapaba sin que ellos hicieran o pudiesen siquiera hacer algo para impedirlo. Escuchó los cascos del caballo sobre el adoquinado antes de que se desvanecieran en la distancia, como tragados por el propio pueblo de Guaytacama, y bajó por la calle que Don Jacinto Melchor le había indicado, así de desorientado estaba, pero siempre atento, pendiente por si acaso aparecía una patrulla



por ahí o escuchaba el ruido de alguna sirena aproximándose, porque con seguridad los policías seguirían batiendo los alrededores de la cárcel para dar con la mayor cantidad de prófugos, y eso no excluía de ningún modo al pueblo de Guaytacama, ni a los alrededores del pueblo, y quizá ahí en Guaytacama también hubiera un UPC, igual que en Patután, y en cada asentamiento por regla general, aunque otra historia era que estuvieran en activo o no, porque últimamente, en los últimos años, con los cambios de poder y demás cosas que el Suco no terminaba de entender o no quería entender, desinteresado como era por los temas políticos y por las cosas relacionadas con la política, se había descuidado un montón la infraestructura de la mayoría, por no decir de la totalidad del equipamiento público, o sea que básicamente todo se estaba cayendo a pedazos, inclusive la cárcel, el dichoso Centro de Privación de Libertad Regional de Latacunga, como a la gente le gustaba referirse a la cárcel, qué caretucos, como si con ese juego de palabras pendejo arreglaran de alguna forma el infierno que era estar ahí dentro apachurrado con otros cientos de cuerpos malnutridos como el suyo. Salió de la papelería calzado con unos Venus de lona que capaz no le duraban tanto como el hombre le había dicho, ni tanto como la mujer de la papelería insinuaba mientras arrugaba la nariz debido al olor que dejaba escapar su cuerpo en el espacio del local, porque tendría que caminar un largo trecho cerro arriba, y esos no eran zapatos para caminatas largas, ya se daba cuenta, pero por ahora tendrían que servir, y siguió andando por la calle que Don Jacinto le había indicado, una calle en la que se intercalaban edificios de bloques sin enlucir, tiendas de abarrotes y lubricadoras de carros, y también largos trechos de terrenos baldíos, de barbechos o de parcelas donde crecía lentamente el maíz. Aún era incapaz de creer en su suerte, en el miedo de la noche pasada, acurrucado en el interior del dren del río Pumacunchi que pasaba por debajo de la autopista, medio sumergido y medio asfixiado por las aguas pestilentes y por los kilos de mierda que arrastraba el río, que ni río parecía, nomás un arroyo, un charco de aguas puercas, de aguas mierdosas, y el frío hecho verga que parecía que le iba a matar, ya no el miedo sino el frío tan terrible mientras esperaba metido en el dren debajo de la Panamericana, embebido en la mierda del río Pumacunchi, y no podía creer en su suerte porque a medida que caminaba, con el sol ya lo bastante alto en el cielo como para aliviarle los huesos doloridos por las horas interminables en el frío de la noche y de la madrugada, al fin vio, al término de la calzada de adoquines, la cinta negrísima, o negro azulada o más bien azul oscura, de la Panamericana, y el ruido de los motores y del paso de los carros, un ruido que flotaba en el aire y que comenzó de igual manera a llenarle las orejas como una música por tanto tiempo anhelada. La vía

desembocaba directamente en un intercambiador y la noche se demoraba en las inmensas vigas del paso elevado, en especial para algunos indigentes que se dormían de forma regular bajo del puente, cubiertos con cartones y con periódicos o retazos de cartones y periódicos, los más afortunados debajo de lonas o trozos de lona, que con certeza les protegería del frío y del viento que bajaba de las montañas y que en las carreteras como esa arreciaba sin piedad por la falta de vegetación, porque no había ahí cerca árboles ni nada que mitigara la fuerza del viento, más que nada en las noches, de modo que con seguridad aquellos pobres infelices pasarían tribulaciones debajo del puente, sin más protección que cartones y periódicos, y retazos de lona los que más suerte tenían, si a eso se le podía llamar suerte. El Suco los observó durante un momento y luego cruzó hasta la parada de bus que se distinguía de las demás las arquitecturas circundantes porque era de un azul eléctrico que resaltaba sobre el resto de colores, y también porque ya a esa hora había gente en ella, de pie debajo de la visera de policarbonato que en algo protegía del sol, aunque el sol era bastante leve todavía, tan temprano en la mañana, mientras esperaban con gestos de impaciencia y cansancio, algunos medio dormidos aun, con los cuerpos arrimados contra la estructura metálica de la parada de bus, porque siempre es difícil iniciar una semana luego de dos días de descanso o de juerga, dado el caso, y los lunes siempre son jodidos, la pereza se acentúa se vuelve parte de uno, y uno no puede resistirse aunque lo intente, pero qué remedio, así es la vida, así le toca a uno de todas maneras, y se acercó a la parada, lo suficientemente cerca para confundirse con las demás gentes que esperaban de pie debajo de la visera de policarbonato, pero también lo bastante lejos para que nadie alcanzara a oler la peste que emanaba de su cuerpo. Estoy a punto de volver a casa, pensó el Suco Vargas, no puedo creerlo, no puedo creer mi buena suerte, qué suerte, por fin la suerte me sonrío, porque nunca he tenido mucha suerte en nada sino hasta ahora, estoy muy cerca ya de volver a casa, estaré en mi tierra en poco tiempo, aprovechando la suerte que parece sonreírme al fin. Y cuando el bus llegó, con un letrero neón que decía: Ambato, y también Salasaca, Huambaló, Penipe y Puela, entre tantos otros nombres, mientras pagaba el pasaje y subía con una bolsa de mandarinas, ahí justo en la esquina, en la parada del bus de color azul eléctrico donde tantas otras gentes esperaban para abordar y dejar atrás Guaytacama igual que él, miró la carretera y el monte y al fondo las montañas bañadas por la luz dorada del sol, y también miró la calle por la que había salido de Guaytacama, y por la que, a esas horas, algunos carros a ratos entraban a Guaytacama o salían de Guaytacama; y cuando al fin el bus arrancó, dejando por detrás una estela de humo oscuro que se perdió en el aire transparente sobre el pueblo, entonces

el Suco Vargas respiró hondo por primera vez en ocho años, escondió la cara entre las manos y se echó a llorar en silencio.

## II

Había una sensación de bastedad y frío cuando emergió de la neblina que inundaba el pueblo. Su andar era ahora distinto, inseguro de cuanto le rodeaba. Había entrado en un túnel largo y oscuro para emerger en un paraje desconocido y estaba perdida, pero era incapaz de recordar la palabra. También era incapaz de recordar el día, la hora o el año, y las frases y cuanto conocía del mundo habían desaparecido. Las que aún le quedaban se desprendían y se escapaban sin que pudiera evitarlo. Ahí, a medida que su cuerpo se iba vaciando de cualquier sensación, excepto por el pesado desconcierto, dejó de ser por un momento quien era. Y así, nueva completamente, caminó. Bajó las pendientes, convencida de que el mundo era de esa manera: un lugar sin fin del color de la ceniza y que quizá ella también era eso. Atravesó las calles del pueblo y su rostro impasible lentamente comenzó a traslucir la confusión que sentía adentro. Avanzaba en espirales una y otra vez, siguiendo el curso de la carretera al borde de las tierras sin cultivar, de los barbechos abandonados. A cada paso, las palabras intentaban emerger, brotar como las hojas de una planta nueva bajo la tierra oscura. Así quería ser, una planta, un árbol, la preciosa transparencia del río, al que llegó poco después, cuando los pies descalzos comenzaron a sangrarle. Vestía el camisón que usaba para dormir y de lejos parecía una aparición, algo que en cualquier momento alzaría el vuelo o sería arrastrado por las corrientes frías que se despegaban de las alturas e inundaban la tierra. Sumergió los pies en el agua helada, con el cuerpo apoyado sobre una roca enorme y se quedó así mientras hacía malabares con las letras, con las vocales y las consonantes, igual que un niño que recién está aprendiendo a pronunciar y que se enreda y se confunde, mientras la sangre en las plantas de los pies se deslizaba y se iba con el agua hacia tierras bajas, lejos, lejos de todo.

Ana no se daba cuenta.

Se esforzaba por reparar, por poner en marcha las letras que aparecían y se ocultaban, juguetonas, como si quisieran ser cazadas por sus dientes pequeños. Era una “f” que salía apretada, terriblemente sometida a los labios resacos, y luego una “e” que brotaba después de ser masticada hasta el aturdimiento, y así sucesivamente, tanto

esfuerzo para soltar una palabra que de a poco aparecía igual que una figura que va entrando lento en la luz. Luego la “l” y la “i”, y así hasta el final. Al final del túnel y del blanco de la niebla que al planear sobre la superficie ondulante del río escondía el agua, y entonces Ana solo podía captar su sonido al lamer las piedras lisas de la ribera. “Felipe”, pensó ella, “Felipe”, como si llamara a un amor antiguo y profundo, y entonces la imagen del hijo regresó, el rostro amado, igual que en su juventud, y detrás de él, un sinfín de caras y lugares, y también la voz aguda del hijo, montado en su caballo, perdido en las sombras detrás de las altas matas de mortiño. Reconoció el lugar donde estaba, la quietud del río, la bruma que iba formando pequeñas gotas sobre la piel desnuda de sus brazos que, suspendidas de los vellos diáfanos, daban la impresión de flotar. De repente, sintió frío. Se levantó para regresar y se fue caminando sobre la fina capa de ceniza caída hace días, que comenzaba ya a levantarse y desaparecer. Qué descuido, se dijo. Qué imprudencia caminar así. Salir de casa sin ningún pudor, y el llanto se desprendió de sus ojos y fue arrastrando las lagañas que no se limpiaba todavía porque había dejado la cama y la casa atrás sin darse cuenta. Sabía que algo andaba mal, que no estaba bien olvidar, dormirse en un lugar y despertar en otro, luchar con las palabras, dejar atrás el nombre y cuanto conocía.

Mientras volvía, se enredó el cuerpo con sus propios brazos para entrar en calor, y ahora sí escuchó el viento desprender pedruscos que, a lo lejos, rodaron entre las cuencas para caer en los pozos y en las acequias, hundiéndose al fondo en los restos de las lluvias de septiembre. Pensaba en Felipe, en su ausencia, en la soledad que se hacía cuerpo, carne de mi carne. Pensaba en que había decidido quedarse porque no se imaginaba viviendo en ningún otro lugar, y ahora estoy sola, mientras apoyaba los pies heridos sobre el camino, encorvada por el frío y el cansancio. Fue dejando atrás Bilbao con los cumbreños de las casas sobre las copas de los árboles: caparzones en un mar de niebla asentado durante la noche y que el sol aun no era lo bastante fuerte para deshacer. Al frente la montaña se abría para recibirla; extendía sus faldas generosas donde tiempo atrás los chagras llevaban al ganado a alimentarse de los pastos y de los matorrales que crecían salvajes en las laderas y depresiones rocosas. Subió con la mirada fija en la cima y con el mantra en los labios: el nombre del hijo pronunciado así, igual a un conjuro, y dejó atrás el pueblo y sus inmediaciones. Pronto estuvo rodeada de árboles, de grandes mortiños y motilones y arrayanes, y a ratos por la extensión pelada de los barbechos que no conocían grano desde hacía tiempo y que se iban poblando de yuyos y carrizos, de zarzas y cardos grandes, llenos de espinas. Temía olvidar, volver a dormirse y despertar

lejos, sin saber más de dónde era, si tenía familia o no o si la había tenido alguna vez, de modo que continuó pronunciando el nombre y lo confundió con su respiración. Aceleró las sílabas y arrastró las consonantes al ritmo de sus pasos, de modo que Felipe sonaba a veces como *Flip, Flip, Flip*, y qué raro decirlo así, pensaba, qué raro recortarlo, quitarle partes, como si fuera un cuerpo mutilado y sucio.

Caminaba y conjuraba a su hijo, no vaya a ser que de nuevo se me olvide, pensó, y la oscuridad, es terrible la oscuridad, el no saber. Al rato, cuando el sol comenzaba ya a saturar el paisaje con mucha más fuerza, a revelar los colores ocultos debajo de la ligera capa de ceniza que había cubierto el mundo días atrás: un verde insondable por un lado, un rojo y un amarillo en los brotes de alguna planta, y en la distancia los vapores de la noche elevándose contra la cordillera azul; en ese momento, vio finalmente el siempre amado robledal, y los árboles bordear el camino hacia la casa, con sus largas cabelleras de musgo y los hongos blancos en el suelo que amanecían recién bajo la noche demorada en las copas de las plantas. Se encaminó a la entrada y encontró las puertas dobles abiertas. El silencio, la misma quietud de siempre, la tomó por sorpresa, *Flip, Flip, Flip*, y entró en el zaguán que se alargaba más allá, hasta tocar la cancela, el patio y la piedra de lavar.

La madrugada insistía ahí, bajo el entrepiso de madera y las paredes de adobe y de nuevo sintió frío y la urgencia de entrar, atrancar las puertas, de ponerse algo caliente encima, de beberse un té y recostarse por un rato. Beber el té sin dejar de pronunciar el nombre de su hijo, para que no se le olvidara nunca más, pero también por el miedo, que no se me olvide, que no me pierda, porque podía sentir que la oscuridad se apropiaba del interior de la casa, que se escamoteaba las formas y el calor y sus recuerdos. Es la casa, se dijo, pero sin creérselo realmente, porque adoraba esa casa, siempre lo había hecho y esa era la razón de que siguiera ahí y de que no se hubiera marchado con el resto de la gente.

Trancó las puertas, cruzó el zaguán mientras sus ojos se acoplaban a la penumbra, y subió al dormitorio. Se limpió los pies en una tinaja que siempre tenía con agua, porque le preocupaba especialmente tener que bajar en mitad de la noche al baño o a la cocina, en plena oscuridad, de modo que tenía en el cuarto esa tinaja y también una jofaina, como en los tiempos de antes, pensó, y cuando tuvo los pies limpios, libres de tierra y sangre seca, se los envolvió en vendas y se dejó caer sobre el colchón, respirando y diciéndose al mismo tiempo, para no olvidar, *Flip, Flip, Flip*. El silencio cayó entonces y se quedó dormida con el nombre del hijo en la lengua y con la imagen del rostro infantil detrás de los párpados, tal como había sido antes, cuando lo del caballo y la ciénaga.

Cuando el sol la despertó más tarde, el nombre ya no estaba, solo el sonido de sus huesos y el roce de las telas al removerse sobre las cobijas. No sabía qué hora era, ni por qué tenía los pies vendados ni quién se había hecho cargo de sus heridas. Fue andando hasta la ventana del dormitorio y la abrió de par en par. Afuera, el sol inundaba el campo de un calor seco e insoportable y Ana pudo sentir el aire granulado depositar partículas sobre la piel de su rostro y sobre la piel de sus antebrazos, de modo que tenía la impresión de ser áspera y seca. Va a llover tarde, pensó mirando al cielo, y sacó la cabeza a la intemperie, sintiendo el desamparo como un nudo grueso en el vientre. Desde arriba vio el robledal bambolearse al ritmo de la escasa brisa y el sol teñir de colores opacos las cosas, y todavía más allá, entre las altas paredes de vegetación, en el frescor donde por lo general aparecían las cabezas grandes de los hongos, entre la yerba, vio una figura asomarse detrás del verde. Tal como había ocurrido una vez tantos años antes, la silueta recortada contra el fondo oscuro del robledal se quedó inmóvil un momento antes de desaparecer.

## IV

Así había crecido, como una inundación de un verde florado y duro sobre el alambre de púas, casi desconociendo su existencia, excepto por los ramilletes que se habían espigado enrollándose en él. Su propósito era proteger lo vivo al interior de la parcela, las formas finas de los carrizos y las hojas largas del maizal, cubiertas de una leve lanosidad, apenas una sombra de pelusa, como la de los duraznos maduros que chupaba Felipe en los veranos y que le dejaban una senda de zumo sobre la barbilla, y más allá, desprendiéndose de la forma ósea de la mandíbula hasta el cuello y el pecho, mojando la camisa del uniforme, pero siempre con una suerte de brillo aperlado entre los dientes y en los ojos. Eso era lo que Ana recordaba mientras abatía el cuerpo alargado del machete, apenas una fracción de segundo: la sombra de unos ojos atigrados, los dientes que aparecían con una retracción de los carrillos, y entonces las ramas del ligustro iban cayendo hasta posarse sobre la tierra del lote, como cabezas de bueyes.

El cielo se iba bordando de unas nubes gruesas y plomas, y Ana levantó la vista. La ceniza se insinuaba sobre las matas, en los bordes de las ventanas y las planchas de zinc de la cubierta del gallinero, e incluso más allá, entre las tejas rotas, como dientes o como pares de uñas quebradas, las tejas, que se iban llenando de un musgo pesado y brillante, que inevitablemente se iría opacando con el tiempo y las fumarolas recurrentes. Va a llover y eso es bueno para la siembra, es bueno.

Escuchó a las gallinas revolver en el corral, tras la malla, un segmento de tierra oscura; las imaginó agachar la cabeza, como si intentaran oír algo, la palabra de algún ser ignoto del que solo ellas tuvieran conocimiento, bajo las capas y la acumulación olorosa a herrumbre y bonanza. Buscan los segmentos, el cuerpo brillante de un insecto escondido, mis gallinas.

Sí, decidió, esa tarde llovería y no solo se trataba de las nubes en el cielo, parecidas a un amontonamiento absurdo de espumas llegadas de sitios lejanos, sino por el calor que se asentaba con fuerza sobre todas las cosas y también sobre ella, casi como algo sólido. Por un instante se detuvo para enjugarse el sudor y entre el temblor del ligustro y el aire irisado que se levantaba más allá, casi al final de la parcela, como si la tierra tuviese alma



o espíritu, algo invisible en cualquier caso, le pareció captar un brillo fugaz, apenas una leve sacudida del viento remover el follaje hasta descubrir la superficie de un arroyo; un movimiento constante de aguas sobre piedras perdido entre los cerros. Solo entonces se percató del continuo murmullo que se desprendía de la corriente y flotaba sobre el campo, casi como el propio calor, una presencia cristalina y ligera, desbordada sobre las ramas y las hojas verdes del ligustro, hasta alcanzar sus oídos. Se detuvo entonces, para que el roce del acero sobre la abundancia de las plantas no la distrajera e intentó concentrarse en el ruido del arroyo que recorría la tierra, los meandros y las esquinas rocosas, sobre una capa de arena fina y de ripios desprendidos, hasta llegar más allá, a la poza donde se estancaba el agua limpia y fría que venía de las vertientes antes de irse a fundir con la extensión plúmbea de la ciénaga.

La ciénaga no era tan grande, apenas un cacho aplanado de la montaña que formaba junto a la cara norte una cuenca profunda pero estrecha, y que se despeñaba más allá, hasta irse a unir al río por un costado, el mismo río que, kilómetros cerro abajo, atronaba a los pies de la iglesia de Bilbao, y que bien sabía ella, aunque a veces lo olvidara, como quien olvida lo que lleva encima por la costumbre y el tedio, que era el único sonido ahí, a espaldas de la iglesia, entre las casas vacías que bordeaban las riberas, la única cosa viva si se quiere. Ana pensaba en eso: en la ciénaga empozada más allá del ligustro, y en la enorme silueta de un alazán al saltar la cerca, una figura enorme que la tomó por sorpresa incluso en ese instante a pesar de que no era más que un recuerdo o la intermitencia de un recuerdo: los destellos de luz que había visto al levantar los ojos, la crin hecha de brasas o de alguna materia similar, un fuego extraño y decididamente bello, muy bello, tanto que no supo cómo reaccionar, agachada también en la parcela, sobre los surcos listos para recibir el grano que llevaba a puñados dentro de los bolsillos del delantal y entre las palmas transpiradas de las manos, y entonces lo único que atinó a hacer fue a abrir la boca, a despegar los labios y mostrar el interior húmedo de la boca, con el grito atascado en el pecho, o en la garganta, o en alguna parte del cuerpo entre el estómago y la nariz, sin poder hacer nada más que mirar con la boca abierta, formando una “o” perfectamente redonda, casi como un círculo perfecto, mijo, mi Felipe, se va a morir... se va a morir, y el caballo ya desaparecido tras la ondulación suave del cerro al seguir el curso del arroyo, su marcha silenciada por la acumulación de yerba y paja.

Así ocurrió, y a veces, cuando se arrodillaba sobre el terreno o cuando cortaba el arbusto salvaje que se trepaba sobre la cerca, o al regar la chacra, mientras hacía una cosa u otra, su memoria retrocedía, daba la impresión de funcionar plena de nuevo, y lo que

veía le inundaba el cuerpo como un caudal tranquilo y manso unas veces, o como un huracán terrible otras, pero de cualquier manera sentía alivio, aunque un alivio agridulce, porque si bien aún podía traer esas visiones de vuelta, era consciente cada vez más de la agitación y de lo difícil que le resultaba a ratos acordarse de las cosas. Dejó el machete apoyado contra la cerca durante un momento y se enjugó el sudor que le caía en hilera desde el nacimiento del pelo, en los bordes de las arrugas, como chagras que cabalgaran por las faldas de las colinas, y miró de nuevo al arroyo y después a la casa que se elevaba como si fuese ella misma una formación natural de tierra y roca.

Se habían asentado ahí después de una larga restauración, un trabajo de meses luego de una boda parca, que quizás, pensó ya con una claridad que rara vez acudía a ella, una lucidez que de repente la dejaba anonadada, había sido simplemente una excusa para echar raíces ahí, para convertir ese sitio en un hogar, porque antes la casa estuvo abandonada por mucho tiempo, hasta que llegó ella para quedarse. Miró la casa y de vuelta el arroyo, y los pedazos inertes del ligustro que ya iban cubriendo el suelo de la chacra como una alfombra de inusitado verde, sacudido ya el polvo y los vestigios de ceniza con el impulso y la energía de su brazo al blandir el machete, al decapitar lo vivo, y la fuerza de la costumbre, esa suerte de memoria muscular que pervive a pesar de la degeneración y la borradura de la misma memoria, como si sus brazos y piernas pudieran hacer un ejercicio del que su cabeza iba poco a poco perdiendo la capacidad, y aunque era a ratos extremadamente consciente de ello, también a ella le sobrevenía el miedo, porque cómo voy a hacer cuando no recuerde ni mi nombre, cómo voy a moverme y a vivir, cómo voy a llorar por mis muertos.

Se sacudió el sudor de nuevo, aunque ya hacía un rato que el machete permanecía contra una de las estacas de la cerca y una vez más vio al caballo saltar el alambre, sus músculos tan visibles y nítidos debajo de la piel y el pelaje, las fibras enfrentadas de la crin y el pelaje en los ijares, y los ojos parecidos a cuencas abisales, profundas, donde a veces descubría un destello de algo, quizá un reconocimiento o la sorpresa del amor desprovisto de palabras, todo eso derramado sobre la figura pequeña de Felipe, así como había sido en ese tiempo, apenas una persona pequeña y nueva, aprendiendo a vivir de esa manera y no de otra. Entonces lo miraba correr por la parcela en dirección a las caballerizas, que en realidad no eran más que una casilla vieja hecha de troncos y tablones que perduraron ahí durante años, con una cama de paja y un abrevadero siempre colmado de agua fresca, de modo que el caballo tuviera lo indispensable, y el cuenco con pienso cerca, aunque el animal prefería comer de las manos del niño, de sus manos pequeñas y

frágiles, las zanahorias y manzanas que se sacaba a escondidas del huerto, mientras dejaba pisadas subrepticias que Ana no tardaba en reconocer: apenas la huella de un zapato cerca de los arriates de fresas o de los tallos delgados de los papiros, unas huellas que Felipe se esforzaba por ocultar, de la misma manera en que lo hacía cuando el caballo era apenas un potrillo y se escapaba por la noche para mirarlo en el establo: su forma todavía pequeña, recién destetado, dormido en la noche sobre la yerba preparada para él, y donde no pocas veces, en mitad de un sentimiento desesperado e intenso, Ana había encontrado a su hijo, acurrucado, medio oculto por las briznas y los tallitos secos, plácidamente dormido contra la forma maciza del caballo recién llegado y que ya despierto, con los ojos igualitos a pozos de agua rebosantes, la miraba al entrar en la caballeriza, crispada de preocupación las primeras veces y luego ya resignada, con la certeza de que ahí encontraría al niño y que nada podría hacer al respecto. En las caballerizas, pensó, como un animal mi niño, e intentó asir el recuerdo antes de que se le resbalara de las manos, antes de que se le escapara la memoria y la seguridad que venía con ella del caballo, de que lo habían traído de los terrenos altos de Cerro Negro, al caballo, de allá arriba, cerquita del volcán, nomás lo hubieron destetado y separado de la madre y nomás lo hubieron domado con lazo y paciencia. Lo metieron en las caballerizas bajo la llovizna que ya predecía el invierno naciente ahí en la sierra; lo acomodaron lo mejor posible ante la mirada del Raúl y de la abuela, y ante la mirada del hijo, una mirada que ella no le recordaba de antes, o tal vez sí, pero apenas de forma subrepticia, apenas fragmentos de aquel enorme extrañamiento que se abría paso, dando rienda suelta a un torrente de sentidos exacerbados, donde la fascinación ocupaba el lugar central, pues nunca en los años vividos, entre risas y juegos y también entre llantos y noches de completo malestar, ni siquiera cuando el padre se ponía a sus pies para que él, como un soberano se subiera encima de sus hombros y desde ahí gobernara aquel pequeño universo que construían juntos, en medio del mundo fresco y verde y al interior de la casa nueva, le había visto en el rostro. Desde entonces no se separaba del animal y a veces ella lo veía susurrarle cosas al oído, adelantar la cabeza y mover los labios cerca de las orejas que enseguida se ponían rígidas, en señal de atención o de interés, quién supiera, como si el caballo fuese capaz de entender lo que esos sonidos significaban, quizá porque hablaban en un lenguaje secreto, un dialecto que solo ellos podían comprender, el niño y el animal, al que lo bautizó él precisamente, de entre los que vivían en la casa, incluso el padre, y así lo llamó, Bandido, aunque Ana pensaba con una sonrisa en los labios que no podía ser más apropiado y más dulce aquel nombre, él que siempre se cogía las golosinas y caramelos de panela y pinol

que guardaba en la despensa, a hurtadillas como cada vez que hacía una travesura, ya estás travesando, le reclamaba ella, te pican las manos, criatura, pero en el fondo le encantaba esa manera de él de hacerle reír incluso en los instantes en los que andaba realmente molesta o enojada, y sin embargo ahí estaba, para demostrar que nada de lo que ella pudiera hacer sería nunca suficiente contra sus formas de introducirse y calmar los ánimos y hacerle reír, así como lo hacía con su padre y con la abuela, de modo que ninguno de ellos podía enojarse realmente con el chico, ninguno podía reprenderlo con la seriedad que hubieran deseado porque él los desarmaba completamente, se plantaba al frente y les ganaba con su mera presencia, como si esa fuera la prerrogativa de su propia vida: el ser amado de forma incondicional y profunda; e incluso cuando ni siquiera era consciente de lo que hacía, simplemente al pasear con el potrillo sobre la parcela desnuda, ignorante de que aquellos ojos, pero sobre especialmente los de ella, lo observaban húmedos, agradecidos, Señor, mi jardín agradece esta lluvia, pensaba viendo la errancia del chico por la chacra, sobre el caballo que se volvía cada vez más grande, pero que continuaba siendo manso con el niño. Ella siempre tendría un temor frío en el centro del cuerpo, una suerte de miedo atávico que no se aliviaba nunca, ni siquiera cuando acortaba la distancia de rescate. Porque ahí, parada al borde de la parcela, o en la puerta de entrada de la casa, esa puerta de madera maciza que se abría a un zaguán oscuro y largo como un esófago, mientras vigilaba a Felipe pasear de un lado al otro con el potrillo, hasta que el potrillo no fue más eso, sino un semental enorme y hermoso, y de pronto aparecieron las monturas y las riendas, y el niño que seguía siendo un niño era incapaz de alcanzar los estribos por sí solo, mucho menos la silla en lo alto de la grupa del caballo, y que requería ayuda en esos primeros tiempos para montarse encima, para llevarlo al trote ahora un poco más lejos, ahora un poco más rápido, sin ningún contratiempo, porque el caballo parecía saber de su fragilidad y su imprudencia y se encargaba él mismo de hacerlo todo con delicadeza y cuidado.

Entonces ella se quedaba ahí, de pie; los miraba, con un nudo de aprehensión en el vientre, un nudo grueso que ella sabía nunca se desharía, pues ahí radicaba la verdad absoluta de ser madre, en ese peso inespecífico pero siempre presente, un recordatorio quizá de que el tamaño del cuerpo del hijo envuelto en su carne antes de parir se quedaría con ella por el resto de sus días, aun cuando el chico dejara de serlo; algo que nunca nadie podría entender, ni siquiera el padre, mucho menos el padre, que a ratos mientras ella miraba a Felipe cabalgar se le acercaba por detrás y la tomaba de la cintura, le apoyaba la quijada en el hombro y ella sentía su respiración pesada y cálida transpirarle la piel del

cogote, justo en el nacimiento del cabello, antes de que se decidiera por fin a hablar, a decirle que era una cosa rara, rara en verdad, sentir que el chiquillo había nacido a lomos del caballo, porque tenía la impresión de que siempre estaba ahí, encima de Bandido, que atravesaba los pastos y los caminos de terracería bordeados por el ligustro que ya entonces lo invadía todo con su verdor. Parece que hubiera nacido a lomos de ese animal, le hablaba, y ella sentía sus manos ásperas de trabajar el campo con el azadón y la pala, y la yunta que durante los días de siembra le colocaba al caballo ante la mirada dolida del chico, una mirada que parecía decir: traidor o mentiroso, aunque el padre no se lo tomara a pecho para nada; su mirada de ojos gatunos, de ojos atigrados bajo los bucles al principio sucos, doraditos como la espiga del maíz o la del trigo, pero que con el tiempo se fueron volviendo del color del betún, del color del vidrio negro que era la ciénaga, más allá, por el arroyo; y entonces ella se giraba y le decía que sí, que tienes razón, Raúl, es como si hubiera nacido de una yegua, de la mismísima yegua que parió a ese animal, porque parecen hermanos, el caballo y el chico, porque no se separan nunca.

Él la abrazaba y Ana era capaz de percibir a través de las capas de ropa llenitas de polvo y suciedad del campo, del trabajo ahí en la chacra y en las chacras ajenas, porque el marido era un peón y trabajaba con una cuadrilla de hombres para preparar las tierras, removerlas para las siembras, y luego cosechar lo que en las parcelas había crecido durante meses, entre otros oficios; sentía el olor agrio del sudor, ese olor como a cebollas maduras que una vez que lo olías ya no podías dejar de oler, y que le inundaba la nariz con una insistencia que a ratos le fastidiaba. Sí, decía, parece hijo de una yegua, y se separaba del esposo con la cara como una máscara para que él no sospechara, ni se preguntara cosas, y así se daba la vuelta siempre sonriente para volver a poner toda su atención sobre Felipe y Bandido, que a pesar de las horas y del clima no se separaban y seguían andando, tanto era el amor que se tenían y tanto el tiempo que pasaban juntos que hasta la abuela se le aproximó una mañana, su pelo blanco brillante bajo el sol que se metía por las ventanas y rielaba en el agua empozada de la piedra de lavar, su pelo como una nube que hubiese hecho escala en su cabeza desde el cielo azulado, hija, ese guagua es otra cosa, le dijo, sin dejar de sonreír con las encías peladas porque ya hacía tiempo que no tenía dientes, y es tan raro, tan raro que una anciana me recuerde tanto a un niño, a un recién nacido, el tiempo invirtiéndose de maneras precarias, curiosas, pero la abuela no dejó de sonreír y le siguió insistiendo, le machacó la idea de que el chico tenía talento de verdad para montar y que eso era raro, llévalo al páramo, Anita hija, llévalo que ya verás cómo le va de bien con los chagras, tanto insiste e insiste la vieja, tanto jode y jode,

que una mañana, cuando el chico contaba nueve años y ya el pelito crespo se le comenzaba a poner más oscuro, cogieron la montura y las riendas y salieron de la casa, Raúl a pie y ella y Felipe encima de Bandido, que ya no era ningún potranco sino un semental de pelaje tostado, café como el café molido que temprano en las mañanas pasaba por la chuspa para que el marido desayunara antes de irse a lo de Yanahurco a trabajar, a levantar unas guachimanías allá arriba en las montañas donde las cabezas de ganado, dizque para que no se le fueran encima los cuatrerros a robarle los animales al patrón.

Así era el pelaje del caballo, oscuro, y a Ana le daba la impresión a ratos de que ese oscurecimiento se daba tanto en jinete como en montura, por alguna especie de extraña alquimia o conjuro, lo que asentaba la idea de que el chico era mismo mismo hijo de yegua, aunque ella lo había parido, y el pensamiento se le antojaba raro, claro, porque yo lo parí, si salió de mis adentros, pero incluso así le hallaba sentido, porque capaz en otra vida el niño fue caballo o potro, quién supiera, y a eso le daba vueltas cuando llegaron, el sol ya despuntaba sobre los cerros y teñía de verde los pastos y los pajonales, pero no lo bastante fuerte todavía como para levantar la neblina y el frío que calaba hasta el hueso, incluso debajo de los abrigos y los ponchos que los jinetes traían encima mientras arreaban a sus respectivas monturas desde las caballerizas, estas sí de verdad, no como la casilla que tenían ellos ahí atrás en la chacra y donde Bandido dormía acompañado a veces de Felipe.

Así desmontaron, allá arriba, en el frío y en la semi penumbra de la madrugada que se retiraba dando paso al día, ateridos, con las manos dentro de los bolsillos, o con las manos sobre los labios mientras soplaban al interior, las palmas húmedas del hálito caliente, cualquier cosa sea por el calor, Ana con el cuerpo sobre el del muchacho, sobándole los bracitos para que dejase de temblar mientras los ollares del caballo se dilataban y despedían volutas de vapor, como si fuera humo y algo se le estuviera incendiando por dentro. Se quedaron cerca de los corrales, en el campo de ruedo, donde los chagras ya se iban colocando en trinchera tan temprano un sábado por la mañana, ya sin labores más que el ruedo mismo, vestidos de poncho y sombrero, con los zamarros ocultándoles los pantalones a algunos, otros sobre el suelo mientras ajustaban las cinchas y comprobaban que las cosas estuvieran listas, no fuera a ser que en pleno rodeo se fueran al carajo, y el chico que no dejaba de temblar, pero con cara de embobado, hipnotizado por los jinetes y sus caballos, por las musculaturas recias de los caballos y los ropajes que ya había visto antes, pero nunca tan de cerca: esa miriada de ponchos multicolores de tela gruesa para combatir el clima de las alturas, y las sillas de cuero, los estribos brillantes,

pero especialmente los caballos, hermosos y ágiles que se paseaban alrededor de la cerca al trote, sin dejar de agitar la cabeza y la cola para espantar a las moscas que ya aparecían aunque no hiciera calor aún, zumbando por todos lados.

De aquí viene Bandido, le dijo el padre mientras permanecían de pie entre la niebla que de a poco se iba alzando, de aquí mismito lo bajaron cuando tenía casi un año, ya destetado y domeñado, es bueno que esté de regreso, dijo, para que conozca a su estirpe, dijo, y Felipe se quedó callado, sopesando la información, porque igual no lo sabía, era todavía muy chico para recordar y habían pasado algunos años, de modo que la información era nueva para él.

Lo que verían ese día era la gruesa, el ganado bravo que se diseminaba por los terrenos de Cerro Negro, por los confines de la hacienda, porque no existían cercas ni alambrados en la hacienda, ni en las haciendas aledañas, y el ganado se esparcía por todas partes, se iba lejos a pastar en la tierra virgen, como si en verdad fueran animales salvajes, y a los chagras entonces les tocaba hacer la gruesa, ir en sus monturas acompañados de jaurías, para buscar a los animales que en su errar se iban demasiado lejos, y traerlos de vuelta para contarlos, quitarles los parásitos y cortarles las orejas, de modo que no se confundieran con las cabezas de las haciendas vecinas, porque cada quien tenía su manera específica de cortarles las orejas al ganado y eso es lo que harían ese día, y con suerte el Raúl se acercaría al patrón, a Don Rogelio Mena, para pedirle, si no era mucho pedir, claro, que le echara una mano con el chico, que es buen jinete, y tiene buen futuro como chagra, o al menos eso era lo que allá creían. De hecho, por ahí andaba el patrón, montado en Soldado, un caballo ruano gigantesco; jinete y montura soltando vaharadas de vapor blanco en la mañana que ya se iba calentando un poco más y evaporaba lento el rocío que siempre se acumulaba a esa altura, sobre los pajonales y la almohadilla verde, y sobre los frailejones y los herbazales, e incluso más allá, más arriba, ya casi tocando el volcán, sobre los bosques de yagual cuya piel se descascaraba con el viento mismo del altiplano.

Lo vieron dar vueltas de un lado al otro, con el caballo al trote y luego reventar la tierra con sus cascos en una suerte de danza ensayada, con el lazo de cuero colgado del borrén de la montura, ese lazo que más tarde serviría para el rodeo, pero que de momento permanecía ahí, casi como otra presencia más entre los chagras, que de a poco se fueron juntando hasta formar un semicírculo para pasarse una botella de puro bajo el sol que continuaba su lento ascenso en el cielo; una botella de la que todos bebieron de pico como para darse coraje, era necesario, lo sabían, porque para ser chagra es preciso ser valiente, o eso le había dicho el padre al chico, para montar hay que ser valiente, mijo; pero también

para entrar en calor en la fría mañana, para que el puro fuera encendiéndoles por dentro, para que fuera dejando un recorrido de fuego desde la lengua hasta el estómago, que se esparcía por el cuerpo, por los brazos y las piernas y la cara. Por eso tienen la cara roja, dijo Felipe de pronto, y Ana dejó escapar una risita y le dijo que no, que tienen la cara roja porque el frío quema, ¿sabías? El frío también quema la piel.

Así sucedió, en la hacienda de Don Rogelio Mena, que se llamaba Cerro Negro, en donde el ganado se perdía en los entresijos de la montaña, cerca de las cañadas, donde aguardaban los cuatreros en sus escondites, tiritando de frío, para robarse la carne de las vacas, o eso era lo que decían; la hacienda que comprendía una buena parte de las tierras norteñas, veintisiete mil hectáreas de terrenos en las faldas del volcán y hacia el valle para el norte, lejos del pueblo, del otro lado, donde no había canal de desfogue, de modo que la erupción había devastado gran parte de las tierras, y ya no se veía al ganado bravo, ni a los chagras, ni a los cuatreros, ni rodeos, solamente barbechos quemados que con los años se iban llenando de yuyos, aunque Ana no podía saberlo con certeza porque no pisaba esos rumbos desde lo del caballo y la ciénaga, y desde el día de la gruesa y el rodeo, pero que de todas maneras imaginaba de esa forma: una costra de tierra quemada y yerma, un verdadero cerro negro, qué irónico, pensaba, qué vida tan dura.

Pero durante esa mañana de junio en cambio se fueron con los chagras a la montaña, los siguieron por los pasos de la sierra a lomos de Bandido, a la altiplanicie donde los pasturajes son más dulces, y ahí encontraron a buena parte de los animales pastando tranquilamente hasta que se lanzaron al trote cerro abajo cuando los jinetes los rodearon y cuando los perros los rodearon en medio de una algarabía que Ana pocas veces había visto, y el niño menos aún, una batahola de gritos y galopes, de chillidos y el ladrar de los perros al resonar sobre las cabezas y retumbar contra las paredes de roca, mientras empujaban al ganado bravo, a los toros y los novillos y a las asustadas vacas, cerro abajo y de vuelta, con el calor del aguardiente todavía en los cuerpos, en las manos y la puntas de las lenguas, afiladas como filos de machetes, las lenguas con las que los chagras se llamaban en la vastedad del páramo y se decían obscenidades entre risas ebrias por el puro y la adrenalina, en un despliegue de virilidad, dueños de la montaña y de todo lo que en ella hubiera, incluyéndolos a ellos también.

Los siguieron con dificultad, a distancias prudentes porque sabían de lo que era capaz el ganado bravo: despeñarse desde lo alto, por el puro terror de los perros y los hombres, estampidas brutales montaña abajo, igualitas a avalanchas de absoluto negro; y desde lejos veían a los jinetes arrear a los animales, el chico concentrado en los jinetes,



en las formas de los caballos recortadas contra el verde y el marrón, contra la yerba y la tierra, sin despegar los ojos ni un solo instante, de manera que ella supo en ese momento que habían hecho bien en llevarlo ahí, que algo se estaba encendiendo en él, porque se veía nomás en la manera en que le brillaban los ojos, esos ojos como canicas, un brillo que pocas veces se dejaba ver.

Esa fue la primera vez que vieron un rodeo, una vez regresados de la gruesa, con el total del ganado reunido listo para ser marcado. Así fue que vieron a los chagras cabalgar por el páramo, ir enlazando toros y novillos con una destreza que se les antojó imposible, inútil intentarlo ellos, pero que tenía cierta magia, cierto aire a truco cuando agitaban el lazo en el aire antes de enlazar, de modo que permanecieron cerca mirando, escuchando las risotadas, los gritos o los aullidos de dolor cuando uno de los toros lograba su objetivo, y no faltaba el que salía con una ceja rota o con la cara cubierta de sangre y algún dedo dislocado en el mejor de los casos, porque sabían que el rodeo era una cuestión peligrosa, hay que ser valiente para meterse a eso, mijo, hay que tener huevos, y pensaron que era el padre el que hablaba pero en realidad era el patrón que se había acercado sin que ellos se dieran cuenta, en medio de su embelesamiento, y Ana lo vio en todo su porte, sobre el enorme caballo ruano y no pudo hacer más que agachar la cabeza, como si estuviera saludando de una manera que acabara de aprender en ese instante. Pero el niño no, el niño miraba al patrón con curiosidad, casi con insolencia, con esa clase de insolencia que solo una criatura puede tener. Hay que tener huevos, le dijo, y eso fue suficiente para que supieran que se les estaba ofreciendo lo que buscaban: que estaba aceptando al chico como uno de ellos, una parte de Yanahurco, quien sabe si por el chico o porque en medio de lo que ocurría el patrón había reconocido en el semental al potrillo enviado cerro abajo tanto tiempo atrás, y en ese instante los condujo hasta el campo de ruedo y también les brindó de la botella de puro mientras los chagras coreaban *Achachay, qué Tambo grande, guambrita*, extendiendo los brazos recios y enlazando a los toros bravos que intentaban escaparse por donde pudieran para volver al monte, *Así estará mi amorcito, guambrita*, y estirando las sogas que hacían ellos mismos con la piel curtida del ganado, el mismo cuero que usaban para las monturas y las sillas y los ronzales, pues ahí las cosas se hacían del ganado, y por eso odiaban a los cuatreros, y no tenían piedad con ninguno, para eso se necesita también tener huevos, mijo, habló el patrón, para lidiar con los cuatreros.

Y en medio del jolgorio y la fiesta que era el rodeo, con los chagras enlazando a los toros bravos para luego desparasitarles y marcarles las orejas, el patrón se giró hacia

ellos, y dijo nomás, como si hubieran abierto la boca y preguntado, que se había dado cuenta de lo que buscaban solo mirando la cara del chico, sus ojos fijos, quietitos sobre las figuras de los jinetes y sobre los caballos, y se ofreció a llevarles a los potreros, para que vieran a las yeguas y a los potrillos recién nacidos, que seguro eso le gustaría al chico. Cómo se llama el muchachito preguntó, mientras les guiaba al interior de la hacienda y fue el mismo chico el que respondió: Felipe, Felipe es mi nombre, señor, cosa que pareció complacer al patrón enormemente. Felipe, dijo, más para sí mismo que para los otros, qué curioso llamarse así justo en estas partes del mundo, justo en esta tierra de chagras, porque Felipe significa “aquel que ama a los caballos”, y no puede haber nombre más apropiado y en especial no puede haber nombre más apropiado en estas tierras. El nombre presiente el futuro, concluyó el patrón, aunque luego Ana no estuvo segura de si en verdad eso era lo que había dicho, pero lo olvidó prontamente, apenas cruzaron un recinto pequeño para entrar en las caballerizas, y ahí les atacó el olor característico de los animales, una suerte de hedor rancio mezcla de sudor, bosta y el efluvio caballuno que ya era inconfundible para ellos.

Pasaron el resto del día en Cerro Negro, mirando los caballos y los potros recién nacidos, y aquellos que acababan de ser destetados y ya estaban listos para la doma, con lazo y cuerda; con Don Rogelio Mena siempre mostrándoles tal o cual cosa, aunque a Ana le parecía que el hombre le hablaba más al chico que a ellos, como si ambos sobraran en realidad, porque ni siquiera el patrón parecía haberse fijado en el Raúl, en que era parte de los peones que iban diario a levantar las guachimánías en la hacienda, dizque para agarrar a los cuatrereros, pero nada sabían con certeza, y el patrón tampoco mencionó nada ese día, ni siquiera dio muestras de reconocer al Raúl, así como estaba, afanado con lo del rodeo y el enlazado de las reses, y también un poco con la mente fija en el chico, quién supiera, porque no se despegó de ellos durante la mayor parte del tiempo, y Ana y también el Raúl pensaron que quizá existía algo en el niño que le llamaba la atención, quizá esa especie de mirada animal que le asomaba como un brillo en los ojos atigrados cuando veía caballos, porque era la primera vez que veía tantos caballos y tan de cerca, y era la primera vez que veía lo que los chagras hacían con los lazos y el puro, picando espuelas y cabalgando a tanta altura, con la sombra de los Andes encima como un poncho inmenso.

Fue justo el asunto del puro lo que generó la discusión mucho más tarde, cuando ya acostados en la cama, con el sonido del viento rasgando el tejado de la casa, donde sabían que crecían enormes puñados de musgo, y una vez que chico se durmió, extenuado después de un día como aquel, se enzarzaron en una discusión acerca de si era o no buena

idea lo de la hacienda, porque esos hombres, les viste, Raúl, la manera en la que beben, van borrachos a caballo, eso es lo que le espera al niño, andar por Yanahurco montado en el caballo y completamente ebrio, y ya se lo imaginaba: la ventisca despeñándose de los picos agudos de la sierra, ir bajando y atravesar el bosque de papel, acariciar los frailejones hasta la figura embotada de un jinete, que inconsciente, se dejaba devolver a casa a lomos de su caballo, porque eso es lo que sucede, Raúl, lo sabes mejor que yo, que son los caballos los que siempre vuelven, los que traen a los borrachos de regreso a casa, pero eso no es suficiente para mí, no es suficiente. Y el esposo, casi furioso, con el cansancio del día encima, se había dado la vuelta, haberlo pensado antes, mujer, haberlo dicho antes, porque ya está hecho, ya quedamos con el patrón y no se puede deshacer, aunque tú reniegues. Y era cierto, Ana lo sabía, pero hasta ese momento no había pensado a profundidad en ello, porque era obvio que a un muchachito como Felipe no se le permitiría hacer parte de esa suerte de ritual con el aguardiente antes de arrancar pa'l monte como era la costumbre entre los chagras, era muy chico todavía, pero lo que no tenía tan claro sino hasta ese momento, acostada en la cama con la espalda del marido al lado, era lo que sucedería una vez el chico se hiciera más grande y ya no estuviera prohibido de tomar el puro, y antes de aquel día, con la insistencia continua de la abuela y los ánimos exaltados, poco había pensado en realidad en lo que vendría después de que el chico fuera aceptado en la hacienda, si es que a fin de cuentas eso sucedía, algo que hasta entonces veía como una cosa incierta, casi como si fuera una posibilidad remota, nada que fuera a ocurrir en serio. Me da terror, mamá, le decía a la abuela, me da terror lo que pueda pasarle a mi guagua, y ya lo veía irse con el taita de vuelta a Yanahurco, ambos montados a caballo, hasta perderse en la lejura, detrás de un mantón de arbustos y hojas, de modo que Ana tuvo la sensación de que mientras no volviera a verlo, mientras el chico no reapareciera tras la curva del camino, ahí donde el ligustro se levantaba como un muro, no estaría tranquila ni segura de nada, la vida se volvería una continua incertidumbre, una agonía prolongada, su corazón suspendido allá en lo alto en Yanahurco, que era el nombre de la hacienda en el idioma antiguo y que ya muy pocos sabían hablar.

Tranquila, hija, eso era lo que la abuela podía decirle entonces, con sus manos viejas surcadas de incontables pliegues y arrugas, manos que se iban convirtiendo de a poco en montaña ellas mismas, en los pliegues y cañadas indolentes que nada hacían por Ana sino magnificar su tormento, en mala hora acepté esto, en mala hora dejé que el niño se fuera, y se la pasaba llora y llora por los rincones, incluso cuando la abuela le dijo que

dejara de llorar, que sería solo por el verano y que luego Felipe volvería a la escuela tal como ella deseaba. Ya no llores, carajo, le decía, a punto de perder la paciencia, su cabeza orlada de nubes, tan blanca que mirarla dolía en algún resquicio de adentro, un espacio donde no se pensaba en el tiempo como un caudal continuo sino como una cuenta regresiva, y entonces Ana se secaba los ojos y trataba de hacer lo que la anciana le ordenaba: olvidarse por un rato y soltar al chico, dejarlo libre. Está tan pegado a ti porque es tu único hijo, y cortar ese hilo nunca es fácil, yo sé lo que te digo, así le hablaba la abuela, y aunque ella era capaz de escuchar y entender, algo seguía tenso en sus adentros, ahí mismo donde el peso del chico permanecía como un fantasma que ella sentía constantemente pesándole el cuerpo, igual que si lo llevara en su vientre todavía, todos los días de su vida.

Así que se olvidó a fuerza de intentarlo, de apartar los miedos que le atacaban, que por las noches no le dejaban dormir, mientras a su lado el marido yacía descuajaringado, y ella se quedaba en vela con los ronquidos del marido en las orejas, vibrándole en la piel, con el sonido de los ronquidos caminándole encima como si fueran insectos, vaya usted a saber, alacranes o cucarachas, o miríadas de hormigas, y le entraba la furia de que el Raúl pudiera dormir tan pancho, tan tranquilo, mientras ella se la pasaba en vela las noches desde que el chico había empezado a subir a Yanahurco, a la hacienda del patrón, a aprender a ser chagra. Solo Dios sabía cómo lo había intentado, cómo se esforzó por dejar libre al niño, así como le decía la abuela, ya no te preocupes más, carajo, que hasta los bichos se mueren a lado tuyo, y era verdad, los insectos se morían al pasar cerca de ella, formaban una especie de polvillo a su vera cuando sentían la angustia o el fastidio que le atacaba en oleadas por la impavidez del marido, no le va a pasar nada al chico, deja ya de preocuparte, decía cada vez que ella le reclamaba lo mismo, la misma cantaleta de siempre, hasta que la angustia fue disminuyendo, bajando de intensidad pero sin desaparecer, siempre latente en el mismo lugar donde sentía el peso del chico en su cuerpo, presente a todas horas.

Estuvo aprendiendo durante los años que siguieron a ese día en Cerro Negro, el día de la gruesa y el rodeo con el ganado bravo, el día que los chagras cantaron *Por las pampas del Ami, salió un toro bien mañoso*, con la botella de puro que se pasaban de mano en mano, la semilla de sus desvelos; a contener la angustia, a domeñar el miedo que a ratos le golpeaba y le dejaba el cuerpo tembleque, parecido a las hojas del maizal, sin saber lo que ocurría, pero con una seguridad incrustada en la carne, porque ese chico de ahí mismito había salido, de sus mismos adentros; que no estaba tan equivocada, que sus

miedos no eran injustificados, aunque el pendejo del Raúl dijera lo contrario, o aunque la abuela insistiera en que no debía preocuparse. Porque ella era la que sabía por el simple hecho de haberlo parido, y se lo recordaría a sí misma mucho más tarde, cuando pasó lo que tenía que pasar, esa mañana de inicios de la siembra.

Era imposible olvidar lo sucedido ese día, o al menos eso creía entonces, antes de que la memoria se le escapara como arena entre los dedos o como agua por un canal, pero entonces pensaba que nunca podría olvidarlo: la mañana luminosa, el verde por doquier y el viento soplando sobre las ramas de los robledales poblados de un musgo blanco, casi parecido a una cabellera pelicana; un musgo que se quedaba flotando en las alturas y le daba al robledal la apariencia de algo viejo pero hermoso, porque flotaba cierto aire de hermosura en la imagen del robledal y el musgo. Se estaba arrodillado para ir descargando el grano en los agujeros abiertos en el suelo cuando escuchó un estallido, o eso fue lo que pensó en un primer instante, qué clase de sonido es ese, qué parte del mundo se viene abajo, cuando en esas vio al caballo enloquecido saltar la cerca, el alambrado donde el ligustro se enredaba diario, y volar, o al menos eso es lo que le pareció en ese momento, aunque después sería incapaz de recordar con exactitud, pero durante ese instante Ana vio al caballo volar sobre el cerramiento, casi como si planeara sobre el ligustro, buscando un espacio dónde apoyar las patas, y luego, cuando finalmente aterrizó, mientras su corazón se salía del pecho, con el grito atascado en el cogote, finalmente lo vio correr cerro abajo, siguiendo el curso del arroyo en dirección a la ciénaga. El caballo que era manso, que se quedaba siempre al borde de la chacra, a veces amarrado a un palitroque solo por seguridad, no vaya a ser que se escape, que se salte la valla y se vaya lejos, y qué sería entonces de mi Felipe, qué cosa podría hacer para calmar un dolor semejante, pero en muchas ocasiones el caballo había permanecido tranquilo sin amarras, arrancando los hierbajos y los yuyos tiernitos del suelo con su pared de dientes amarillentos, y a ella le parecía que el animal no se iría nunca de la casa sin el chico, que no era probable que hiciera algo así, porque por lo que ella recordaba, siempre había sido mansito, claro, si ya bajó domado de Yanahurco, pero más que nada, porque no se separaba jamás del chico, nomás por las mañanas cuando Felipe tenía que bajar al pueblo para ir al colegio, y ahora pasaba esto.

De modo que ella también saltó la valla, con mucha más dificultad que el caballo, con mucha menos soltura, y corrió cuesta abajo, con el ruido del arroyo en las orejas y mientras corría ya se iba olvidando de los quehaceres, de la siembra y de la comida, con la mente concentrada en llevar a Bandido de regreso, porque no podía ni quería imaginar

lo que sucedería si el chico regresaba del pueblo y no encontraba al animal donde siempre, ahí al borde de la chacra o en la vieja casilla que fungía como caballeriza, los lugares donde lo iba a ver para después salir al galope por los caminos polvorientos que rodeaban la casa; no podía ni quería imaginarlo, esa es la pura verdad, porque le entraba la desesperación, va a pensar que es culpa mía, y el Raúl también va a pensarlo, que se debe a un descuido de mi parte.

En eso estaba cuando saltó una última depresión, y al torcer en un saliente, la ciénaga se abrió ante ella, estrecha y negra, un barrizal escondido debajo de una laguna oscurísima, y ahí vio al animal con medio cuerpo enterrado en las aguas pútridas, de las que ya alcanzaba a percibir el olor, una peste que cuando soplaba el viento en dirección a la casa, cosa que ocurría rara vez, inundaba los cuartos y los espacios y hacía difícil respirar. El caballo se agitaba y ella supuso enseguida lo que pasaría, de modo que mientras permanecía de pie, impotente ante aquella imagen que se le antojaba sacada de algún sueño malo, el cuerpo del animal poco a poco se fue cubriendo de agua; una tumba, un mausoleo de agua, pensó ella, si tan solo le hubiera puesto las riendas, si tan solo lo hubiera amarrado a la cerca nada de esto estaría sucediendo, y metió los pies en el agua lo que más se atrevió, sintiendo la succión de las suelas de sus chanclas en la orilla fangosa, inútil ante el destino impostergable del caballo. No había nada que ella pudiera hacer más que lamentarse mientras sentía que el peso en el estómago se transformaba en una carga insoportable. Sí, ahora lo entiendo, porque desde el primer momento ese había sido el motivo de su inquietud, que se traducía en aquella extraña sensación: la de cargar todavía a su hijo en el vientre, como si llevara toda su vida encima, y de lo que en realidad se trataba era de una suerte de aviso, una advertencia, algo terrible va a pasar, algo que va a cambiarlo todo. Entonces se le antojó que el tiempo no pasaba lo suficientemente rápido y pensó que a lo mejor podría llegar hasta la casa por una cuerda y regresar para intentar sacar al caballo de la ciénaga, pero supo también en el mismo lugar donde notaba el peso de la vida del hijo, que no sería suficiente, que el tiempo se acortaba e iba acelerando, que mientras subiera para buscar la soga y hasta que volviera a bajar, el animal ya no estaría ahí, sino al fondo, en su tumba de barro y piedras, un escondite perfecto, un lugar donde nadie lo encontraría nunca. Se le grabaría en la memoria para siempre, la imagen del caballo que se hundía poco a poco en la misma marisma hedionda; aquel ojo negro que despuntaba en el morro alargado y hermoso, igual a una artesa de agüita mansa, sin ondas en su superficie, pero negra como la noche, más oscura en el centro mismo, donde la pupila ovalada se dilataba y volvía a hacerse pequeña, bordeada

por los límites blancos siempre ocultos detrás de la carne, de lo que era el animal en lo visible y lo palpable, como si aquel ojo fuera el universo conocido y en su desespero los blancos de los bordes se presentaran como la nada, un lugar más allá de cuanto sabían o creían saber, la extensión de lo visto ampliada hasta alcanzar los bordes y más allá, hacia lo ignoto e innominado, la nada y la desesperación misma, el terror puro de lo vaciado, de lo limpio, de lo inmaculado que a la vez es vacío e inexistente, la borradura absoluta. Se quedó de pie, escuchando los relinchos desesperados del animal, con el agua hedionda lamiéndole los pies, y se preguntó mientras miraba pasar lo inevitable: que Bandido se perdiera bajo la superficie negra de la poza, que sus espasmos y la espuma que eyectaba por el hocico y que se confundía con el agua cochina de la ciénaga, con el olor insoportable a metano que ya anunciaba, cual heraldo trágico, la llegada de la muerte, y por consiguiente lo inútil de aquel forcejeo que el animal llevaba a cabo, un esfuerzo que se traslucía en aquella región invernal, absolutamente blanca, descubierta bajo los parpados retraídos hasta el acabamiento, la imagen viva de la desesperación y el error, como si el animal supiera lo que ocurriría, y a ella no le cabía duda de que lo sabía a medida que iba dejando de moverse, a medida que resollaba y el fuego de su interior cálido se iba apagando con las últimas volutas de vapor, blanco también, perdidas en la claridad del aire, con el cuerpo al principio vibrante y enérgico en su intento por deshacerse del abrazo del agua y el lodo, la piel sudorosa confundida con la humedad de la ciénaga, salpicando en su debatirse contra las piedras y la orilla, y contra ella también, pero a medida que remitían las fuerzas, los intentos cada vez más leves y lentos, menos vigorosos, el agua que ya cubría el lomo y lamía las crines, y entonces ella se preguntó cómo había llegado a ese momento, tantos años gastados percibiendo la amenaza de algo, la devastación próxima pero invisible, una premonición de la propia vida, como si al entrar en el mundo tanto ella como el hijo hubieran firmado un contrato que estipulara con letras microscópicas el instante mismo de la catástrofe, de la ruina absoluta, porque hacía poco la abuela se había despedido, acostada en su cama, tan marchita y seca que daba la impresión a quienes la miraban de que su vida se había alargado demasiado, por lo menos un siglo completo, hasta agotarle el cuerpo, con el nimbo de pelo blanco intacto sobre ella, lo que le daba la apariencia de algo mucho más volátil, quizá de una cosa que ya no pertenecía a este mundo, y ahora esto, la fatalidad y la muerte colándose por todas partes, introduciendo sus dedos fríos en un sitio antes cálido. Se quedó en la orilla de la ciénaga con la mirada fija en aquel ojo que se abría como el corazón de la propia ciénaga, el punto más oscuro y profundo, un lugar donde la noche parecía ya tomar lugar mientras

el caballo resoplaba y se quejaba casi como una persona, sin fuerzas, y en el último instante el ojo la miró y Ana sintió que le hablaba en una especie de lenguaje atávico, viejo como el mundo, como su corazón, donde por regla general se depositaban los secretos inherentes a los seres que no necesitan del habla para entender las cosas, sino que simplemente nacen sabiéndolo todo. No pudo apartar la mirada de la del caballo hasta que este desapareció en un borboteo estridente y siniestro que le erizó el cuerpo, y le hizo llorar con los pies hundidos en el agua y la certeza de que aquello, tan temido desde el tiempo pasado, desde Yanahurco y ese primer día, cuando el patrón puso los ojos en el chico, eso que durante los meses y años posteriores le inundaba de un miedo helado, un miedo como la mano de un muerto recorriéndole sin delicadeza el espinazo, todo eso se cumpliría ahora.

Regresó a la casa con el cuerpo mucho más pesado y esperó sentada a escuchar el sonido de la gravilla bajo las suelas, la aldaba en la puerta y la voz de Felipe haciendo eco en las esquinas umbrosas del zaguán; cómo decirle al chico que el caballo se murió, y mientras esperaba la idea se fue formando y volviéndose más grande hasta ocupar totalmente el espacio: el caballo se perdió, mijo, el caballo se asustó, saltó la cerca y se fue, y así había sido, de modo que, cuando el chico volvió y pronunció su nombre, Ana se le acercó con los ojos secos y le mintió sin pudor alguno, y lo mismo le dijo al marido, que el animal, después de saltar la cerca había desaparecido en los reveses del monte, lo cual era cierto, no era ningún invento ni ningún engaño, no estaba cometiendo un crimen, así intentaba convencerse, porque sabía que el nexo entre chagra y jinete era algo profundo y especial, pero incluso lo de Felipe y Bandido iba más allá de eso, lo sabía sin dudas, y quería evitarle al chico ese dolor, aunque fuera diciéndole mentiras. Ni siquiera pensó en decir la verdad cuando salieron más tarde en su busca, una búsqueda que les llevó hasta bien entrada la noche, desde Bilbao hasta las inmediaciones de Yanahurco, y ahí se toparon con las armas y los juetes de los hombres del patrón, y con el propio Don Rogelio, imponente como siempre sobre su caballo ruano, es una pena, dijo cuando le contaron, y mientras se ofrecía a venderles otro caballo a mucho menos precio del debido, porque el chico es de gran utilidad acá arriba en la hacienda, un jinete así no se encuentra nomás tan fácil, sus ojos negrísimos como el cuero se posaron sobre Ana, y a ella le atravesó de pronto una corriente eléctrica, como si el patrón supiera, Dios santísimo, como si fuera brujo o adivino, yo sé lo que hiciste le decían esos ojos, aunque lo cierto es que eran imaginaciones tuyas, tanto tiempo callada sabiendo la verdad y había dejado que el chico tuviera esperanzas. Lo más probable es que se lo hayan llevado los cuatreros,



dijo el patrón, tan pancho, eso es lo más probable, acá en la sierra hemos cogido algunos, los hemos bañado en agua helada y pasado el cuerpo con ortiga, para que se dejen de huevadas, perdone usted la expresión, pero quedan muchos por estas tierras, mijo, quedan muchos escondidos en las cañadas y los huecos, porque son como ratas, mijo, ratas muy vivas. De modo que no hubo caballo ese día, algo que Ana sabía de sobra, y así regresaron a la casa, con las manos vacías, acompañados de los hombres del patrón, es lo menos que puedo hacer por ustedes, dijo, y piensen sobre el caballo, piensen que les voy a dejar a un buen precio, nomás para que el chico siga viniendo en el verano, dijo, y los despidió, y una vez estuvieron de regreso en la casa, que se apreciaba vacía, así como abandonada, el chico se encerró en su cuarto y ella lo escuchó maldecir y llorar toda la noche, a ratos en susurros, a ratos casi con el llanto de un animal herido, y el sonido le partía el corazón, tal fue la congoja esa noche, hasta bien entrada la mañana, que Felipe no salió del cuarto y no fue al colegio, y entonces ella supo con certeza que lo que había temido durante años acababa de encontrar su origen, que algo importante y enorme estaba roto dentro de su hijo, maldita la hora en que no se me ocurrió atar al caballo, maldita la hora.

Cuando la siembra terminó, un par de días más tarde, cuando ya nadie quiso sumarse a una búsqueda que les parecía inútil, porque tal como les hubo dicho el patrón, lo más probable es que los cuatreros se lo hayan llevado, aunque ella supiera la verdad, que no se trataba de cuatreros ni pendejadas, entonces el chico comenzó a perderse solo por la montaña, por las inmediaciones del pueblo, y la gente a veces, cuando Ana bajaba a Bilbao por alguna cosa, la gente le decía que lo habían visto caminando por ahí como alma en pena, igualitito a un espectro, decían, parece que le hubieran echado una maldición al muchachito, decían, y Ana se quedaba callada, con el miedo de que los ojos le traicionaran y revelasen más de lo debido, es por lo que se le perdió el caballo, contestaba ante la andanada de murmullos, sabiendo como sabía, que el caballo ya estaría podrido en los fondos del pantano, una masa de huesos y vísceras tan hediondas como el propio miasma de la ciénaga, es que era muy importante para mijo el caballo, pero la gente seguía insistiendo, que lo veían siempre por los rumbos de la curtiembre, o por las quebradas, solo, con una mirada extraviada en la cara, una expresión de alguien no demasiado cuerdo, daba la impresión de que no supiera dónde estaba, probablemente por el trago decía alguien más, alguna persona malintencionada sin duda, como siempre a meter cizaña, gente de mierda, pero lo cierto es que a Ana le entraba la preocupación, y se metía a escondidas al dormitorio del chico a veces, cuando este se iba a deambular por el pueblo, porque ya no fue más al colegio a pesar de sus constantes ruegos y plegarias

que le hacía diario a la Virgen, y a pesar de las cuerizas del padre que no hacían sino empeorar las cosas, tienes que ir a educarte o quieres terminar como un asno, en mi casa se hace lo que yo mando, carajo; y se metía para buscar no sabía bien qué, alguna botella quizá, parecida a esa otra que una mañana de hacía unos años los chagras se pasaban entre ellos antes de tirar pa'l monte, al arreo del ganado bravo.

Y quizá fuera por esa costumbre que le quedó de esas épocas, de andar revisando y espiando cosas de manera furtiva, de andar siguiéndole al chico a escondidas por los lados del pueblo y los caminos viejos, que descubrió lo que descubrió mucho después en la casilla, eso que recordaría aunque de forma imprecisa y vaga, más como una sensación de pesadumbre y desgracia que como la imagen de algo terrible, una sensación como toda reminiscencia de un recuerdo en su mente derrumbada, incluso años más tarde, de pie ante el arriate salvaje del ligustro que se iba colando por encima y por debajo del alambre de púas hacia el interior de la chacra, ahí donde se levantaban los carrizos del maizal, enclenques y mustios por las fumarolas, y que ella iba domando como bien podía con el filo brillante de un machete.

## X

Si baja por el monte los amores secos se le pegan en las medias, en los tobillos, en los bajos de la falda; los amores secos teñidos por la ceniza son como puntas de lanza diminutas, espadas que acribillan la piel del mundo. Ella baja como una aparición: achatada, de cabellos blancos, sola, y Bilbao a lo lejos, cerca del río, donde las torres de la iglesia que hace tiempo está vacía y sin fieles, sin párroco ni diezmo, se yergue contra la broza que bordea el agua. Es tarde y el viento cascabelea sobre las copas de los eucaliptos aromáticos, de modo que el pueblo entero está cubierto de ese olor y Ana puede percibirlo por donde quiera que vaya. Las calles adoquinadas emergen entre enormes marañas de monte y tocan las primeras viviendas: construcciones mustias que han comenzado a mostrar los estragos del abandono. Hay trozos de cristal sobre las aceras, o astillas de madera de puertas y bardas que después de tanto tiempo bajo la inclemencia del invierno, se han venido abajo, y también hay terrenos vacíos donde crecen yuyos, y tiendas clausuradas cuyos letreros se han desvaído, dejando solamente la sombra de lo que fueron en otro tiempo.

VIV RES EN GENER L CHELITA

T RCENA COMUNITARIA

VIVERES, CAR ES Y ÁS

FON A RÍO CH MBO

Ana se interna por las calles, casi sin prestar atención a los rótulos ininteligibles, ni a los cables del servicio eléctrico que hace mucho han dejado de funcionar y que ahora solamente quedan como recordatorios de lo que hubo en el pasado. De cuando en cuando levanta la cabeza y descubre el esqueleto desecado de una cometa enredada en las líneas de alta tensión, o un par de zapatos ajados que penden de sus cordones y se balancean

cuando el viento sopla. Antes visitaba el pueblo con mayor frecuencia, venía siempre por los caminos, aplastaba la hojarasca, y se distraía con las figuras alargadas que los árboles dejaban caer sobre el sendero, esa suerte de sombras chinescas que aparecían por el movimiento de las ramas y las hojas en lo alto, proyectadas por la luz del sol, y a lo lejos la vista semi azulada de las montañas, perdidas en la distancia, una atrás de otra. Ahora solo baja al río algunas tardes, se sienta sobre un promontorio de roca, y lanza a la corriente los maíces que lleva en los bolsillos por si acaso; los lanza y los ve desaparecer, uno tras otro arrastrados por el caudal espumoso del río que no se detiene nunca, porque un río es como el tiempo, o el tiempo es como un río, de esa manera, continuos e intercambiables. Permanece sentada durante un buen rato, a ratos con la mirada perdida en los pequeños torbellinos que se forman en los meandros, en la cinta plateada del río al recorrer cada recodo, lamiendo los bordes de la tierra y las margaritas y los dientes de león que florecen salvajes sin la ayuda de nadie. Hay cierto reconocimiento en la estructura de las calles, en la configuración de las calzadas y veredas, en los marcos descuadrados de las puertas, y cuando ve Bilbao a lo lejos mientras desciende las cuestas empinadas, descubre algo familiar que subyace en su interior y que aflora y desviste sus pensamientos. Entonces camina por los campos y se mueve entre las casas abandonadas, y piensa en ojos verdes, en melenas claras que se van oscureciendo, y en caballos, cientos de caballos al trote sobre el polvo, y en caballos hundiéndose en ciénagas formadas por las lluvias torrenciales de la montaña, y piensa también en establos y en el olor de los caballos sudorosos bajo el sol del verano, y en estructuras óseas determinadas, en músculos, en partículas de polvo y tierra que flotan dentro de haces de luz dorada, en el aire granulado que se levanta y lo llena todo bajo la acometida de las herramientas, y es como si pudiera sentir el cansancio en los huesos, la dureza de los callos en las palmas de las manos, el golpe fatal del azadón al rebanar la cabeza de una lombriz sobre la tierra viva. Como siempre, las calles de Bilbao están desiertas. En el cielo nace una flor triste con el empuje de los vientos que bajan rozando las paredes volcánicas para luego ascender nuevamente y revolver las nubes. Va a llover y lo percibe en la sensación térmica que se adentra en el trazado del pueblo y que se detiene, ligera, sobre la piel descubierta de sus brazos, y entonces se arrebujá en la chalina para luego tomar una curva desde la cual puede abarcar el parque del pueblo, cubierto de maleza en cada esquina, y la iglesia con sus torres de piedra, y sus paredes de piedra y sus basamentos de piedra, manchadas por el tizne gris del volcán. Las calles de adoquín están sembradas de hojas y pedazos de madera podrida, y del ripio que la escorrentía arrastra en su retorno violento desde las

laderas hacia el río, mucho más allá, detrás de la iglesia, pero que ya suena lo suficientemente fuerte para quebrar un poco la sensación de vacío, el silencio tremendo que cae sobre el paisaje igual que una mortaja. Por ahí cerca está la vieja casa de Doña Angelita, y más allá la tienda de confecciones de Doña Josefina, y quizá si bajara por el camino de la curtiembre, todavía encuentre los dos pilares de piedra ante la entrada del hostel de Siomara, aunque no pueda recordarlos en su totalidad, ni a ella ni a los pilares, pero al final no hace nada de eso, no baja hacia la fonda, ni va al río, sino más bien se adentra en el parque y se sienta en uno de los bancos de piedra, cantando entre dientes *río grande sabrás, tú al menos sabrás*, rodeada por las enormes matas de maleza que han crecido en los rectángulos de pasto, donde antes los chagras dejaban pacer sus monturas a la hora de la eucaristía, *río grande sabrás, tú al menos sabrás*. ¿Dónde?, se pregunta mientras la canción de Franco Simone se desliza inevitable entre sus labios, la canción que solían cantar juntos, ella y Felipe, cuando la pasaban por la radio que todavía estaba sobre uno de los anaqueles de la cocina, *río grande sabrás, tú al menos sabrás*, así cantaban, el niño balbuceante aún, de modo que río grande sonaba como *ríoande*, y ella se reía, se reía y era feliz, sin importar nada, ni las manos del marido sobre su cuerpo por las noches, ni nada más que no fuera el niño aprendiendo a cantar como Franco Simone, qué delicia, qué prodigio más grande, el recuerdo que aparecía de manera intermitente, como una criatura al jugar detrás de unos arbustos. Se quedó un momento sentada en el parque, bajo la sombra de un aguacatero alto y frondoso, con la canción que se le escapaba de la boca, no podía evitarlo. Esa mañana se había levantado con la letra y los acordes dando vueltas en su cabeza, no sabía bien por qué, y desde entonces murmuraba la letra, casi en un esfuerzo por no dejarla diluir en la nada, una vez más, perdida detrás del mismo velo que cuando se cierra lo oculta todo. Quizá, pensó, hoy es el día, porque hace rato que no vengo, hace rato que no le he dejado nada al santito, nada a la virgencita, o al menos eso creo, o no me acuerdo, qué sé yo, y se levantó de la banca y caminó derecho al portón de la iglesia, todavía con la canción de Franco Simone merodeándole los recuerdos, *río grande sabrás, tú al menos sabrás*, y el portón de metal forjado y negro estaba ahí como siempre, sucio y solo, con restos de botellas y manchas de meados, porque ella nunca lo había visto y quizá si lo había visto era incapaz de acordarse, pero lo más seguro es que nunca había visto a los hombres que de repente subían al pueblo a beber, sentados en el pretil de la iglesia, compraban su caña y sus mierdas por ahí y luego subían el cerro, se brincaban los letreros que ponían PELIGRO, unos letreros anaranjados que con toda seguridad seguirían ahí mismo, en los bordes del camino, y entonces

llegaban en sus camionetas, echando vaharadas de un humo cochino, a sentarse a beber al frente de la iglesia de Nuestra Señora del Rosario de Agua Santa, qué asco, qué desastre, qué falta de respeto, y se agachó para coger las botellas de Norteño que habían dejado ahí tiradas, a un lado de la puerta de la iglesia; las recogió, pero luego no supo dónde deshacerse de ellas, así que optó por aventarlas contra la vereda, donde estallaron en mil pedacitos transparentes y se esparcieron sobre el adoquinado. Sí, pensó, este pueblo se está yendo al carajo, se lo está llevando el diablo, y vio los baches como cráteres gigantes en la carretera, las ventanas y los postigos descuadrados, la maleza que crecía por donde quiera que mirase, y se dio cuenta de su devoción al hincarse frente al portón del templo, ensuciándose las medias y las rodillas de polvo cenizo. Juntó las manos y empezó a orar, de espaldas al pueblo, porque la visión del abandono lo único que le causaba era un dolor agudo en el cuerpo, ahí en el centro, donde estaba el esternón, como si alguien le aplastara justo en esa parte, una especie de mano invisible. Cuando terminó, se puso de pie y ya estaba por irse pero alcanzó a ver junto a la balaustrada de piedra, otro grupo de botellas, y entonces si le entró un coraje y una rabia terribles, gente de mierda, viciosa y vaga, porque solo esa gente era capaz de esconderse para andar chupe y chupe, dele y dele al trago, y encima de viciosa, sucia, que no era capaz de recoger su basura y toda la porquería que se metían ahí, frente a la casa de Nuestro Señor, y tan solo del coraje pateó las botellas que salieron disparadas y rodaron por la acera, y se reventaron con violencia en la calle, entre los adoquines, todas a excepción de una, lo que hizo que su furia creciera aún más, pero cuando se aproximó se dio cuenta, tan de repente que el recuerdo la dejó sin aire, que esa botella era igualita a una que había encontrado una vez en el cuarto del Felipe, tal cual, la misma botella, con la misma etiqueta, todavía con un cuartito de licor empozado, qué raro que estos borrachos no se hayan tomado hasta la última gota, porque así son los borrachos, los conozco bien, beben hasta que no queda nada. Se agachó y agarró la botella y le dio vuelta entre sus dedos huesudos, y luego se puso de pie y la aventó con rabia contra la balaustrada de piedra de la iglesia, porque era igualita, se dijo, igualita a la botella que había encontrado un día en el dormitorio del chico, después de lo del caballo, cuando ya no iba al colegio ni a ninguna parte, solamente a Yanahurco, y solo se la pasaba bebiendo. Hay cosas que es mejor no acordarse, pero que insisten de todas formas. Miró el pueblo que poco a poco se iba convirtiendo en astillas, en retazos nada más de algo que había tenido otra forma y color, y retomó sus pasos de regreso a la casa, con el corazón desbocado en el pecho y la rabia todavía enquistada en el pecho y en la panza, ahí justo en el lugar del cuerpo, ese cuerpo que a

ratos recordaba y a ratos no, como un capricho absurdo, como con la canción de Franco Simone en la radio, una mañana de invierno, qué clase de broma cruel es esta, acordarse así de una canción tan amada y que en el mismo día le llovieran memorias y cosas en las que hace tiempo no pensaba o no podía pensar, qué sé yo lo que le pasa a mi cabeza, y así pensaba con fastidio y resentimiento, mientras la voz fantasmal de Franco Simone aparecía envuelta en la del Felipe, *río grande sabrás, tú al menos sabrás*, pero con la voz de Felipe niño, de forma que era siempre *ríoande*, un balbuceo, *ríoande*, qué manera tan particular de pronunciar, qué risa, siempre le había parecido gracioso el canto del chico mientras le ayudaba en la cocina a amasar el pan, a preparar la masa para el horno antes de que aclarara, porque el chico era madrugador, se levantaba tempranito para ir a alimentar al caballo en la vieja casilla, y luego se ponía a ayudarlo en las cosas de la casa mientras oían en la radio a Franco Simone cantar, y era un recuerdo dulce ese, bien dulce y hermoso, los dos cantando y haciendo pan tan temprano en la mañana, y por eso mismo no podía entender por qué se sentía tan molesta, como si algo terriblemente malo le hubiera sucedido, si el recuerdo era precioso y feliz. Quizá se sentía así porque estaba sola, porque Siomara había cerrado su negocio, porque ya nadie venía a verle, ni siquiera Felipe, ni siquiera cuando se murió el taita, ahí tieso en la cama luego de un infarto en medio de la noche, porque sufría por la ausencia del chico, sufría porque ya no se escuchaban caballos, ni nada, y la casa se sentía sola y hueca, pobre viejo, si viviera todavía se volvería a morir de la pena y del disgusto, de ver este pueblo tan en la mierda, agarraría pa'l monte nomás de la pena y del disgusto, porque ya ni Felipe viene a verme, ya nadie me visita, y mientras más vieja me pongo menos fuerza tengo para hacer las cosas, y en eso pensaba mientras iba de regreso a la casa, sin saber con certeza el germen de su disgusto, de esa sensación tan rara de estar enfadada sin saber por qué, sin saber por qué regresaba del pueblo, seguramente le fui a poner flores a la Virgen o al santito, quién supiera, y ahora remontaba la pendiente, las calles de tierra hechas un chiquero por el agua y las lluvias que ni así lograban llevarse el polvo y la ceniza que a ratos caía sobre el pueblo a causa de las fumarolas recurrentes. Pasó así el día entero, incluso en la casa, incluso cuando salió al sol de la tarde a ver a las gallinas, a rellenar de morochillo la jaula, que ellas se lanzaron a picotear sin perder tiempo, porque no recordaba si les había dado de comer o no por la mañana, aunque las veía gordas y grandes. Más tarde cuando apagó la vela y el dormitorio quedó sepultado en penumbras, en una oscuridad terrible y marmórea, como si se hubiera deslizado dentro una piscina de brea, porque ni la ciénaga debe ser tan oscura ni tan terrible como esta oscuridad, que parece más una cosa casi

palpable, y se durmió así, con la sensación de estar muerta y sepultada en algún sitio olvidado, aunque a ratos en medio de su duermevela escuchaba el viento rasgar en los aleros de la casa, o entre las ramas de los árboles como si fuera la voz del hijo hablándole sin palabras, y entonces se relajaba dejando escapar un suspiro. Esa noche soñó con Felipe, ya fuera por su paso por el pueblo o por el fantasma de la canción de Franco Simone; lo soñó cantando en la cocina una melodía dulce y triste, que no era Río Grande, sino otra que ella no conocía, y el chico cantaba mientras los bucles le iban cayendo sobre el rostro blanco, unos bucles primero dorados como la espiga del maíz, y luego, mientras más iban cayendo, más negros eran, hasta que se volvieron negros totalmente, como si la tristeza fuera un color, y cuando levantó la mirada ya no era Felipe pequeño, sino un hombre que ella conocía y no conocía a la vez. Qué curioso, pensó, y el hombre habló con una voz delicada, parecida a la voz del niño que había sido apenas unos segundos antes, ya no me busques más, le dijo, ya no me busques, y ella no entendió a qué se refería, porque no recordaba bien ese rostro, pero sintió una desolación terrible en el cuerpo, tan insoportable que se despertó en medio de la oscuridad y todavía era muy temprano, y se incorporó con los ojos anegados en lágrimas, porque se había despertado por el dolor, pero también porque recordaba la botella de la mañana y la botella encontrada en el cuarto de Felipe y lo que descubrió mucho más tarde en la caballeriza, una madrugada atroz. Pero no era en Felipe en quien pensaba sino en otra cara, en otro cuerpo. Es una estupidez pensar en eso a estas alturas, después de tantos años, y a pesar de todo, incluso de su renuencia, el recuerdo iba tomando forma cada vez más, definiéndose a medida que el velo se levantaba: la silueta espigada de un hombre parado entre los árboles mientras ella espiaba desde la ventana, sus extremidades fuertes, la mandíbula angulosa y los ojos atigrados, enmarcados por unos bucles oscurísimos que le daban aspecto de brujo o adivino, un aspecto que lo hacía parecer interesante, casi salvaje, tan salvaje como puede ser alguien que vive en el monte, en los barrancos y las cañadas profundas, y que se roba el ganado de los hacendados, porque eso es lo que era y ella lo sabía, un cuatrero. Y sin embargo Ana esperaba cada día a que apareciera en el camino, debajo del robledal y sus musgos colgantes, con el aspecto de alguien que ha perdido algo y que está dispuesto a lo que sea por encontrarlo. Porque lo conocía. El recuerdo sepultado bajo capas de polvo como las cosas de su peinadora, por años desaparecido, de pronto afloraba, y lo que veía eran sus ojos, los mismos ojos del hijo. Al principio no hicieron más que cruzar un par de palabras en el pueblo, cuando ella bajaba al mercado para comprar comida o para intercambiar lo que cosechaban en la chacra, por otros productos, porque ahí en el pueblo



lo conoció, cuando una mañana sin darse cuenta se tropezó con él de la forma más absurda, por elevada, por andar siempre en las nubes como le decía el Raúl, siempre andas en las nubes mujer, aterriza, y ella aterrizaba con cara de vergüenza, casi compungida, porque era cierto, era distraída y ya entonces medio olvidadiza, y esa mañana se tropezó con él y él le recogió la bolsa de la compra que se le cayó de las manos, y se la devolvió con una sonrisa que a ella le pareció hermosa, enmarcada por esos bucles negrísimos y bajo esos ojos. Ella le correspondió con otra y debajo de la piel tostada por el sol sintió la sangre arrebolarse en su rostro, perdone mi torpeza, discúlpeme usted, y el hombre sin dejar de sonreír le hizo un gesto como restándole importancia al asunto y desapareció, solamente para reaparecer más tarde en la puerta del mercado, mientras ella salía, como si aquello fuera de lo más normal, apenas una coincidencia, quién supiera, y se quedaron un rato en la puerta, aunque Ana recordaba que el hombre parecía nervioso y de repente sus ojos se movían de un sitio a otro con rapidez, como si esperase que algo ocurriera. Me llamo Jorge, le dijo extendiéndole una mano hermosa, tan bella como la sonrisa que le había visto en la cara, y cuando ella le estrechó la mano y se dio la vuelta para irse, el hombre le detuvo apenas rozándole el hombro con los dedos, un tacto tan inesperado que la dejó desconcertada. Tal vez pueda acompañarle si vamos en la misma dirección, le dijo clarito, si es que a usted le parece bien, por supuesto, y no recordaba por qué razón había aceptado, quizá porque tenía la voz suave o las manos hermosas, o porque no paraba de sonreír desde hacía un rato, como si lo que estaba sucediendo fuera algo increíble. Durante un tiempo, cuando Ana iba al pueblo por cualquier motivo, él se las arreglaba para topársela en el camino, siempre con cara de sorpresa, aunque era evidente que no se trataba de ninguna casualidad, que aquel hombre deseaba algo, y saberlo no le prendía ninguna alarma, al contrario, le hacía sentir un hormigueo súbito en el vientre, un calorcito primitivo que le subía desde los muslos hasta el pubis y anidaba ahí, y le aceleraba la respiración, cuando le veía todo quemaba, no te vayas a enamorar, no seas cojuda, porque eres una mujer casada, eres casada, se repetía a sí misma en las noches y en las mañanas mientras preparaba el pan para que el marido comiera antes de irse. No tenía a nadie a quién contarle una cosa así, semejante desvergüenza, pensó, a quién podría contarle sin quedar como una cualquiera, y encima, casada, de manera que se lo guardó en lo más profundo, en un lugar que solamente ella conocía, y siguió viéndose con Jorge, a quien al parecer le importaba muy poco la alianza de oro que llevaba en el dedo, y que a veces incluso parecía realmente interesado por las cosas de su matrimonio, por cómo era el Raúl, porque capaz no está interesado en mí como yo pienso, capaz es simplemente

amable, o solo busca llevarse bien con la gente de por acá, qué sé yo, y esas conjeturas que se hacía, entre sentimientos de alivio y decepción, se las guardaba para ella sola, hasta el día en que cuatrero le tomó de la mano, una cosa muy trivial en apariencia, muy tonta, como si fuera una colegiala inexperta una vez más, y al cogerle la mano sintió sus dedos duros, las yemas de los dedos repasar el contorno de su mano, que en comparación con la de él era verdaderamente pequeña, una cosa frágil y pequeña, y el cuatrero le pasó la yema del dedo sobre el pliegue entre el índice y el pulgar, casi como un beso, como algo que insinuara cosas que no se atrevían a decirse con la boca, ni siquiera con los ojos. Fue entonces cuando supo que no estaba equivocada, que las caminatas desde el pueblo a la montaña no tenían nada que ver con la amistad ni con nada de lo que hubiera supuesto, sino con algo distinto, algo que se traducía en ese hormigueo que le llenaba la pelvis y el pubis y los muslos, y que tontamente decían que eran mariposas en la panza, tengo mariposas en la panza, igual que una colegiala enamorada, tonta e ingenua, pero así se sentía, qué remedio, y ya después de ese primer roce, de que con el toque de sus manos se derrumbó algo concreto e inevitable, algo para lo cual no tenían solución ni respuesta, las cosas siguieron su curso, el rumbo natural que ella temía y ansiaba a partes iguales. Porque si el marido se llegaba a enterar, no quería ni siquiera imaginar las consecuencias. De modo que continuó viéndose con el cuatrero, a plena luz del día en Bilbao, siempre separados y charlando con cordialidad, para que nadie sospechara nada, para que vieran que era una mujer decente, como cualquier otra, que se limitaba a hablar con un conocido a la vista de la gente, y ya después cuando las cosas escalaron, después de que él le hubiera tomado de la mano para pasarle los dedos encima de la piel, como prometiéndole cosas prohibidas, entonces decidió que era arriesgado que se volvieran a encontrar en el pueblo, porque a la gente le encanta el chisme, las habladurías, y es mejor prevenir que curar, es mejor tomar precauciones ahorita, así le decía a él, que se limitaba a sonreírle como única respuesta, y ella sabía entonces que Jorge haría lo que le pidiera con tal de seguir cerca de ella. No tengo problema, Ana, haremos lo que usted diga, lo que su mercé quiera, usted manda, y empezaron a verse por los lados de la casa, él que bajaba de ni sé dónde, porque vivía en el cerro, en el páramo, pero hasta entonces no le había dicho a ella que se dedicaba a robar cabezas de ganado, que era un bandido, que si lo agarraban ahí arriba con las manos en la masa ya más valía que se diera por muerto, que lo mejor sería que se despidieran de una vez, porque estaba seguro de que los chagras le dejarían medio muerto de la tunda que con seguridad le darían, los chagras no se andan con cuentos ni huevadas, Ana, eso es puro juguete y ortiga, así nomás son las cosas. Ana se confundía porque todo el

mundo odiaba a los cuatreros, incluso ella, pero no existía ni la más remota posibilidad de que lo odiara a él, precisamente a él, que le acariciaba el pelo y le susurraba cosas bonitas, que le tomaba la bolsa de la compra para subir la montaña, algo que ni el marido ni nadie nunca había hecho por ella. Ni siquiera cuando le contó lo que hacía Ana lo odió, ni siquiera cuando le dijo que se escondía en el monte junto a sus compinches, allá arriba en el páramo helado, envuelto en chaquetas y mantas para mantener el frío a raya, y que así esperaba para hacerse con la carne de un ternero, porque se venden bien los terneros, decía, son más fáciles de robar los terneros, y le mostraba las cicatrices que llevaba en la piel, como insignias de sus crímenes. A lo mejor había permitido que las cosas llegaran demasiado lejos, a lo mejor ya sería inútil intentar escapar de lo que se estaba formando entre ambos, esa suerte de magnetismo poderoso e inexplicable, que le alejaba cada vez más del marido, de su presencia difusa, de su tacto ajeno por las noches, y dormir en la misma cama que él se le estaba convirtiendo en un suplicio, en un castigo que aguantaba con el mayor estoicismo del que era capaz: sus toqueteos urgentes, sus roces, el conocimiento de que mientras más menguaba y se diluía el deseo de ella, más urgente se volvía el deseo de él, más ansia parecía tener por sentirla.

Se casaron cuando era todavía muy joven, pero tampoco tanto. Estaba en esa edad justa, como le explicó su madre una tarde frente al fogón: que si no cogía marido pronto se iba a quedar a vestir santos, se iba a quedar solterona, una desgracia para cualquier mujer en el pueblo, no tener marido, nadie que ponga un techo sobre tu cabeza, tienes que casarte pronto, Anita hija, tienes que coger marido, darme nietos, y qué tristeza sintió Ana cuando por más que intentaron en esos primeros meses y años de matrimonio, nunca nada arraigó en su vientre, qué destino más miserable, qué impotencia, la madre se había resignado a no tener nietos como era su deseo, y lo único que a Ana le hacía feliz era la casa. La restauraron juntos, con los ahorros del marido y el dinero recibido por el casorio, eso era lo único que le ponía contenta, vivir en esa casa que tanto le gustaba desde que era guagua y se paseaba a caballo por los caminos de tierra, junto con su padre, que en paz descansase. Aquí antes hubo una escuela, le decía mientras ella se sujetaba como mejor podía de su cintura, agárrate bien duro, Anita, agárrate para que no te caigas del caballo, y así iban por esas tierras, ella bien sujeta de la cintura del padre, como si la vida se le fuera en ello. La casa siempre le pareció una promesa, con sus tejas rotas, con sus paredes plagadas de escoria y parte de la fachada derruida; con un hervidero de plantas creciéndole entre las duelas, en los michinales oscuros convertidos por el abandono en madrigueras de colonias de ratones; con sus vidrios rotos parecidos a dientes rotos. Tenía

un aura extraña esa casa, desde que era capaz de acordarse, un aura que era una suerte de invitación, una promesa del futuro, yo quiero vivir aquí algún día, papito, decía ella, yo quiero encerrarme entre estos muros, sangrar entre estos muros, vivir, llorar, hacer el amor entre estos muros, yo, como una muñequita, la chagra bonita de este páramo eterno, y eso era lo que el Raúl le había ofrecido cuando apareció por fin una tarde acompañado del padre, su casamiento discutido sobre una mesa, sin ella, como una mera transacción. Esa casa añorada durante demasiado tiempo, en la que pensaba mientras le sangraba el cuerpo y le salía pelo entre las piernas y en las mismas piernas, mientras experimentaba las primeras veces ese hormigueo insólito que descargaba en su vientre, que le hacía cosquillas en los labios de su sexo, el mismo que sentía con el cuatrero, que redescubría con él, en la penumbra de la casilla vieja donde años después encontraría a su hijo dormido con el caballo. Porque no le importaba que el amante fuera un bandido; mientras estaban juntos se le olvidaba lo demás, se le olvidaban los reclamos del Raúl en las noches en que no lograba tenerla, porque ella no podía negársele siempre y una que otra vez terminaba cediendo; su enojo, su enfurruñamiento, ese hombre que le había dado la casa que tanto quería, que se había casado con ella por la iglesia como Dios manda, con una gran farra como Dios manda, ese hombre del que huía porque le recordaba que era una mujer seca, que nada crecería nunca en sus adentros. Durante mucho tiempo intentaron sin éxito tener un bebé, su deseo de ser madre, trunco, como una ramita incapaz de crecer y madurar y dar flor. Él le dijo que no pasaba nada, que la quería de cualquier manera, aunque no fuera capaz de gestar un hijo suyo, estamos tú y yo juntos en esto, no importa nada más, así, tan pancho, echándole sin más la culpa cuando la realidad era que el incapaz era él, que el estéril era él, cómo crees, si eso es siempre cosa de mujeres, le decía el Raúl sin empacho, y ahora resultaba que el marido estaba equivocado porque un hijo le crecía a ella, al fin, en sus adentros. Todo cuanto había hecho para evitar una situación como esa no tenía sentido ya. Se entregó al cuatrero en cuerpo y alma sin dudar, sin mediar palabra con nadie, sola con su secreto a cuestas, su secreto que eran los dedos de él paseándose campantes sobre la areola de sus pechos, que eran la lengua suya, la de él, olorosa a aguardiente y yerba, hundiéndose cada vez más profundo en su boca, en su sexo, en todas partes, su secreto que eran sus cuerpos desnudos y jóvenes todavía, uno sobre el otro, mientras Jorge, el cuatrero, la penetraba hasta que ella sentía que no podía más, que se iba a morir de tanto placer, de tanto gusto, echada y abierta sobre la paja y la alfalfa para los cuyes que guardaban en la vieja casilla, tirando sin hacer ruido, reprimiendo el bullicio propio de un acto semejante entre dos cuerpos. El secreto no podía durar para

siempre, pensaba Ana con el peso de la culpa como un bloque gigante sobre sus hombros, cuando veía al Jorge perderse en el monte en dirección al páramo luego de una tarde entera de retozos, no puede durar toda la vida, pero estaba equivocada, claro, porque el secreto último sería ese hijo que le crecía con determinación en la entraña, y quizá por eso era capaz de sentir todavía, a pesar de los años y la edad y la vejez, aquel peso inmedible dentro de sí misma, un peso que le hablaba, cuando era capaz de escuchar, del hijo, de la mentira tan grande que era la vida del hijo, del engaño de su matrimonio, pero que más que ninguna otra cosa, le hablaba del Jorge y de la posibilidad perdida de una vida distinta. Y de cualquier manera esto ya no tiene arreglo, ya no tiene solución, porque el Raúl está bien muerto, y si los muertos saben, entonces ya no es ningún secreto, y que Dios me perdone, que él también sepa perdonarme, porque durante los años que pasaron juntos jamás tuvo el valor de decirle que no lo amaba, que su amor le pertenecía a otro hombre, a un cuatrero, y el marido se había muerto sin saber que Felipe no era su hijo realmente, todo ese sufrimiento por el hijo desaparecido y vuelto a aparecer, por el hijo descarriado, aquel dolor no hubiera existido en el Raúl si ella le hubiese contado la verdad, pero de nada valía ya llorar, no tenía ningún sentido. El error estaba ahí, y lo estaría para siempre; el origen de Felipe era algo que ella se llevaría a la tumba, el secreto de que su hijo no era hijo del esposo sino del amante, a quien aún amaba a pesar de lo ocurrido, a pesar de su desencanto y su ausencia, y el abandono posterior, cuando una tarde se apareció entre los árboles, debajo del robledal que crepusculaba las cosas, quieto contra el fondo de maleza, contra los motilones que crecían juntos entre los troncos, mientras ella lo espiaba desde la ventana del salón, con un nudo terrible y rígido en la garganta. Cómo decirle, si ya sabía cuál sería su reacción, lo intuía sin problema porque, de todas maneras, qué vida podía ofrecerles un hombre como ese a ella y a su hijo. Aquella tarde lo vio por última vez, entre el maizal crecido; caminaron sobre los carrizos secos con las plantas de los pies, rozándose las manos, como si ya supieran lo que iba a ocurrir. Él, en un arranque, en un desborde ilógico, le propuso que se fueran juntos, que se fugaran, y a pesar de eso Ana sabía que aquello no era más que un arranque, un impulso que ni siquiera podía atreverse a considerar como algo serio, y cuando finalmente se detuvieron al borde de la chacra, con las ramas crecidas del ligustro enredándoseles en el pelo y en la ropa, ella le contó sin rodeos. Estoy embarazada, le dijo, llevo a tu hijo adentro de mí, le dijo, y él desvió la mirada, primero hacia el cielo, que esa mañana era de un blanco impoluto, como el preludio del vacío, de su mundo vaciándose de contenido hasta desembocar en la nada absoluta; luego a sus pies, y finalmente a ella, y la miró pero no dijo nada, no

abrió la boca para emitir ningún sonido, su boca decididamente sellada, y entonces Ana supo que lo que tenían se rompía, que siempre había sabido el desenlace de esa historia, que no tenía sentido prolongar las cosas, y le dijo que se fuera, vete, Jorge, es lo mejor para todos, vete y no vuelvas más. Y así fue, él se marchó y desapareció de su vida tan de golpe como había entrado en ella, como un fantasma, apenas las reminiscencias de algo fallido que ella llevaba escondidas dentro de su cuerpo, de las que nunca hablaba, tan pesado es el silencio, tan definitivo, tan violento en su quietud, y así como hubo callado su enamoramiento, con una pericia que le provocaba un asombro nuevo cada vez que pensaba en el tiempo transcurrido, de la misma manera se calló su duelo y su dolor, y se preparó para recibir a su hijo, que crecería tal como ella siempre había deseado, en esa casa de montaña. Entonces se juró que nunca se enterarían de la verdad, ni el Felipe ni el Raúl se enterarían. Quizá por eso a ratos le acuciaba la culpa y le sobrevenía la vergüenza, quizá se deba a eso, pensaba mientras el sueño se emborronaba de nuevo, en medio de la oscuridad del dormitorio y los sonidos del viento al atravesar las maderas y las tejas sueltas y la chapa metálica. A lo mejor es lo que estoy pagando, a lo mejor merezco este vacío extendido, como una enorme acumulación de nada que se va hinchando, y mientras pensaba en eso en medio del dormitorio inundado de tinieblas, cerró por un instante los ojos, sin ningún cambio aparente, el mundo inmutable e incommovible, y miró la cara de él por última vez, la cara del cuatrero, una cara que calzaba con la del chico, con los ojos del chico; la miró una vez más antes de que el cielo blanco de su recuerdo lo borrara de nuevo.

**Segunda parte**

**XII**

Había dormido sin sueños, en la noche lluviosa, y en la mañana al despertar, con los pies enterrados hasta los tobillos en el fango, creyó ver en el camino la silueta huraña del Jorge, que volvía para espiarla desde la penumbra bajo el robledal añoso. Quizá había estado buscando algo, pero ya no se acordaba, aunque se acordaba del Jorge, extrañamente, y por un momento estuvo tentada de abrir la boca y preguntarle qué hacía ahí al borde del terreno, bajo el robledal, espiando como un ladrón, cosa que era, desde luego, a ella eso no podía olvidársele, o eso creía, pero cuando despegó los labios para hablar, qué carajo haces acá Jorge Poaquiza, qué mierda haces acá, no te dije que no volvieras, para qué has venido, mejor te vas antes de que alguien te vea, antes de que el Raúl te vea, antes de que el Felipe vuelva del colegio y te vea, pero al momento de despegar los labios, la figura del cuatrero se perdió detrás de la espesura, que en los últimos días y tras las constantes lluvias, se había limpiado y reverdecía, la espesura que se trepaba por todos lados, una cosa viva y móvil, como ella nunca la había visto. Qué curioso, pensó, después de cuántos años, los pies hundidos en el fango como cuando era niña y jugaba en la huerta de su madre descalza, qué curioso y qué trágico al mismo tiempo; levantó los pies viejos y los sacudió antes de internarse por el zaguán de la casa, pensando en la figura al borde del robledal, en el cuatrero sinvergüenza que volvía, que hace rato que volvía a espiar fugazmente entre las ramas de los motilones, quién sabe si pisando las enormes oronjas blancas que se daban en la penumbra del robledal, en la frescura del robledal, bajo las lianas cenicientas, y pensó en ese instante, mientras cruzaba el zaguán en dirección a la piedra de lavar para limpiarse los restos de fango de los pies, que no podía contárselo a nadie, que el Raúl no podía saberlo, no podía enterarse de lo que había hecho, de las veces que ella y el Jorge Poaquiza se habían pasado las mañanas dentro de la vieja casilla que servía como caballeriza para ningún caballo, sobre las montañas de heno y de alfalfa y de yerba seca, de esas mañanas que se la pasaban retozando, desnudos sobre las camas de yerba seca, cómo decirle que el Jorge Poaquiza viene a espiar cada mañana, que cada mañana está ahí afuera como un ratero, cosa que es, sin duda, sin tener que explicarle, porque Ana sabía que tendría que explicarle de



dónde le conocía, y por qué ese hombre iba cada mañana al borde del robledal a espiarle, a echarle los ojos encima, una y otra y otra vez, una rutina, un constante espiar desde el robledal, a través de los cristales de las ventanas, a través de la espesura de las plantas cubiertas de ceniza y lavadas de ceniza, crecidas por las lluvias, cómo decirle al Raúl la verdad sin que su mundo se viniera abajo, es imposible, es impensable hacerlo o considerarlo siquiera, porque contarle sobre el Jorge Poaquiza, sobre su escrutinio constante ahí al borde del robledal, en las líneas de tierra del sendero, era igual a enterrar su vida, aquello que había construido, y pensaba en eso mientras se echaba agua en los pies para borrar el rastro del fango. Había andado descalza sin sentir frío, ni hambre, ni siquiera miedo, solo una curiosidad urgente por saber qué era lo que el Jorge Poaquiza quería, y por qué se plantaba en el lindero del robledal a espiarle, por qué luego de tantos años y luego de tanto dolor el Jorge volvía para espiarle, pero también eso comenzó a borrarse, a irse con el fango, con el cacareo continuo de las gallinas, con el fluir del agua sobre la canaleta de piedra hasta el sumidero, el agua que arrastraba los residuos del limo en sus pies descalzos. Había bajado temprano en la mañana, angustiada por la pérdida de algo que no lograba recordar, tal era la angustia y la inquietud que ni siquiera se tomó el tiempo de ponerse las chanclas. Bajó corriendo sobre los escalones de madera y entonces lo olvidó, absorta en aquella nueva sensación, en el frío penetrante del cemento bajo las plantas de los pies, en el aire fresco de la mañana que se metía por la puerta abierta del patio, abierta de par en par, no recuerdo haberla dejado abierta, pensó, siempre cierro las puertas por la noche, siempre, aunque de todas maneras quién se iba a colar, pero claro siempre es una posibilidad, y tengo que asegurarme siempre de que las puertas queden bien cerradas y de que nadie entre al cuarto del niño, no puedo permitir que nadie se acerque al niño, porque el niño es lo más importante, el niño con el cabello parecido a la espiga del maíz, el niño de los ojos atigrados, el mundo pierde sentido sin el niño, y me debo asegurar de cerrar bien las puertas por las noches, las posibles entradas, los posibles resquicios, especialmente por las noches, porque en la oscuridad es más probable que algo se esconda, como la figura del bosque, claro, como la figura que había visto hace unos días luego de deambular por el pueblo y luego de volver a la casa aferrada a los fragmentos de memoria que no se le escurrían de entre los dedos como agua sino que más bien le cortaban las manos como si sujetara trozos de vidrio; mientras más se aferraba más profundo era el daño, y entonces no le quedaba más remedio que soltarlos, ninguna otra solución más que dejarlos ir, abandonarlos a su suerte y desear que volvieran, aunque el deseo también desaparecía pronto, todo desaparecía pronto, menos la sensación de que

había olvidado algo, en algún lado, y por eso estaba en la planta baja descalza, en plena penumbra, por eso miraba la puerta del patio, la que daba a la piedra de lavar y a la cocina, y a la chacra más allá, abierta sin pudor, cómo había sido capaz de olvidar cerrarla, a menos que sí la hubiera cerrado, pero la cuestión es que no lo recordaba, y tampoco recordaba haber dejado la puerta de entrada abierta, como una boca contra la mañana y el frío de la mañana y el viento que se entraba y hacía batir las hojas de madera de la puerta, las hacía golpear repetidamente, levemente, sobre las paredes del zaguán, de modo que se escuchaba un golpeteo ligero y sincopado, un *paf paf paf* continuo, pero muy ligero, porque el viento era igual débil, casi no había viento, apenas una brisa de nada que se metía por el vano de la puerta abierta y le pegaba en la cara y en los pies, y en el cuerpo enjuto y que traía un aroma a hierba y a tierra y a lluvia, pues había llovido durante toda la noche. Hay alguien aquí, alguien dentro de casa. Sabía que estaba olvidando algo y que ese algo se le escapaba, que tenía que buscarlo, pero no sabía por dónde empezar, ni cómo empezar; por lo pronto se aproximó a las puertas dobles que permitían el acceso desde el exterior al zaguán, se aproximó para cerrarlas porque batían con la brisa, con la corriente leve de la mañana que le llevaba el olor del exterior, un olor a yerba y a tierra, un olor mineral que provenía del agua al gotear sobre las piedras desde los canalones en el tejado, chorreando sobre las piedras y entre los tallos y las raíces, y ese olor le inundaba la nariz y por muy agradable que fuera tenía que cerrar la puerta, porque en la oscuridad puede pasar cualquier cosa, en la oscuridad se puede ocultar cualquier cosa, de eso estaba segura. Afuera el cielo se extendía púrpura sobre las copas de los robles, como un poncho gigantesco, y apenas cruzó el vano de la puerta, el viento le susurró a su piel que era demasiado temprano, demasiado frío. Quiso regresar. Quiso seguir buscando aquello que se le había extraviado y que le formaba algo, un bulto en el vientre, un peso extraño en el vientre, una urgencia que se aglomeraba ahí y le provocaba un sentimiento de vacío sobre la boca del estómago, pero aun así avanzó descalza sobre la tierra desnuda y húmeda, sobre los charcos de agua en las pozas, en las irregularidades del camino que se internaba más allá bajo la penumbra del robledal, y que se habían llenado de agua durante la noche, con la lluvia intensa, de modo que el camino era un barrizal en algunas partes, y por eso olía a mineral, porque la lluvia había dejado al descubierto su sustancia oscura, su olor a mineral, sus habitantes segmentados, los gusanos que se retorcían sobre el fango tratando de huir. Era una extranjera de su propia tierra, una exiliada de su propio cuerpo, pero cómo saber, si su mente se deshacía poco a poco, si sus ojos se detenían en las lombrices retorcidas, en su agónico desprendimiento, como axones cuya conexión se ha agotado y

se vuelven tan solo cosas destinadas a morir. Estaba aquí, pero ya no, pensó, y algo busco, pensó, algo que se me ha perdido, tantea las palabras, las letras, los sonidos que luchan por dejar sus labios; tantea con la mirada las lombrices, los axones, tantea y es como intentar cruzar un abismo donde, del otro lado, algo importante se pierde, y no le queda más remedio que seguir buscando, como un ciego dentro de un laberinto, con las manos aferradas a las paredes, a los quiebres y retranqueos de las paredes frías, yo te prometo, pensó, escúchame bien, yo te prometo que lo último que olvide en esta vida serás tú, sus pies hundidos en el fango del camino y sus ojos en los gusanos, en el robledal, en los gusanos, en el cielo púrpura, en los yuyos crecidos, en el cielo, en las sombras bajo el robledal, en la figura detenida bajo la penumbra del robledal, sumida en la noche demorada bajo el robledal, en los gusanos, en la yerba acribillada, en la tierra removida, en los gusanos, en el robledal. ¿Sí?, dijo, ¿hola?, pero la figura se quedó quieta. Era a todas luces la silueta de un hombre parado al borde del terreno, en los espacios huecos entre las ramas, como una pilastra, como una columna el hombre, inmóvil y silencioso, miraba hacia la casa, hacia ella, hacia el campo que se abría más allá de los árboles, debajo del cielo púrpura de la madrugada, y su aliento, igual que el de ella, dejaba escapar vapor, una humareda tenue y blanca que se diluía encima de su cabeza, entre las ramas de los motilones, se alargaba hasta separarse y desaparecer. ¿Jorge Poaquiza?, preguntó ella, pero la figura persistió en su quietud, en su mutismo, ¿Eres tú, Jorge Poaquiza?, ¿a qué has venido? Te pueden ver, es mejor que te vayas, es mejor que no vuelvas, ya te lo había dicho, Jorge, iba a decir algo más, algo más largo, más estructurado, pero las palabras que tomaba de algún lugar dentro de ella se atoraron y solamente fue capaz de emitir un tartamudeo inentendible. La figura no dijo nada, se limitó a permanecer de pie, en silencio, mientras el cielo púrpura iba poco a poco clareando más y más, como un heraldo del sol que se avecinaba, habla, Jorge, di algo, yo no... di algo, bajo el cielo, bajo la sombra del robledal, y las palabras se perdían, desintegradas como el aliento de ambos en lo diáfano del día, pero las palabras se deshacían incluso antes de llegar a los labios, en algún lugar, en alguna parte dentro de ella, en un tránsito que se alargaba de forma inevitable hasta hacerlas desaparecer. La figura se retiró al fin, sin decir nada, su silueta recortada contra el fondo umbroso dio media vuelta y se perdió detrás del follaje, y Ana se quedó plantada en el camino, con los pies sumergidos en el lodo, con las manos caídas a ambos lados del cuerpo y la mirada perdida en el vacío, en los agujeros que quedaban entre los árboles y sus musgos blancos, y luego en la tierra una vez más, en los gusanos, en todo lo que se abría ya bajo la luz que iba incrementaba su intensidad, tintando las

cosas de otros colores o que más bien revelaba sus colores verdaderos, pero Ana sentía un vacío en la garganta y un peso en el vientre, y además algo que era como el desamparo o el desamparo mismo, pero cuyo nombre no sabía, el desamparo y la intemperie sobre su cuerpo viejo, sobre sus pies manchados, sumergidos en las aguas que la lluvia de la noche había dejado pozas y charcas entre la yerba, sobre el camino, a los pies de la casa, bajo los aleros y que goteaban todavía por todas partes. El espacio bajo el robledal había quedado vacío, vaciado de qué, pensó, estaba esperando a alguien, a un niño, al niño, pero el niño sigue durmiendo en su habitación, o quizá no, quizá ya está en la cocina y espera para hacer la masa del pan, o quizá no, quizá está en la casilla durmiendo con su caballo, o quizá no, quizá lo espero, a él, siempre lo espero a él, esa es la verdad, pensó, sus manos rasgaban el aire, el día que apenas empezaba, el cielo púrpura que con cada respiración se tornaba más claro. Ana abrió los ojos y recordó el vacío entre los troncos del robledal, la insinuación de una presencia, la sensación de humedad envolviéndole el cuerpo, y la angustia, el niño, las puertas de la casa abiertas de par en par a la noche, ¿cerraste las puertas, Raúl?, le preguntó al hombre que dormitaba en silencio a su lado, ¿las cerraste con la aldaba?, porque se abren por las noches, se abren las puertas de la casa, se mueven solas, ¿me estás escuchando?, la forma del hombre alargada sobre el colchón, los brazos reposados sobre la colcha, la respiración serena, el pecho subía y bajaba al ritmo de la respiración serena, subía y bajaba, pero no daba muestras de haberla escuchado, ¿cerraste las puertas anoche, Raúl?, te dije, fui muy clara, te dije que echaras la aldaba, que atrancararas la puerta del patio, y las puertas que dan al zaguán, tenías que cerrarlas, ¿me oyes? Se levantó impulsada por una sensación de impotencia, su marido dormitaba sereno sobre su lugar en la cama, vestido con su pijama de tela y dormitaba, pero en cierto momento abrió los ojos y le sonrió, y eso fue todo, ella estalló en llanto, te dije, Raúl, que cerraras las puertas, salió del dormitorio y en el vestíbulo de la planta alta los primeros rayos del sol dibujaban figuras sobre la pared de cara al ventanal, le dije con claridad, con firmeza, que cerraras las puertas de la casa, en la noche se deben cerrar las puertas, le dije, se aproximó a las puertas del dormitorio del niño y las abrió de par en par y por un segundo se quedó sin respiración, porque esa no era la habitación del niño, no se parecía en nada a la habitación del niño: miró un par de camas, un velador con los restos de velas y con los restos de cera fundida regados sobre la superficie, pero nada más, ni rastro de las cosas, de los juguetes, de las ropitas, nada que indicara quién era el dueño de aquella habitación, y ni rastro del niño, ¡Raúl!, gritó, ¿cerraste las puertas anoche?!, pero no hubo respuesta, solo el eco de su propia voz en la quietud del vestíbulo, en la luz de la mañana

que se vertía por el ventanal cuadriculado a través del cual se podía ver la chacra con el maíz más grande, con la espiga de maíz dorada, y el árbol de aguacates, y la casilla, lejos contra el cerramiento, un montón de tablas y vigas derrumbadas hacía tiempo por el peso de la ceniza y la andesita, e incluso más allá, los requiebres del arroyo en su desprendimiento hacia la ciénaga, pero ni rastro del niño, todo era silencio, soledad, no presencia. Ana tenía el rostro húmedo, los ojos cansados de tanta búsqueda. Yo tengo un hijo, pensó, pero este no es su cuarto, no es su lugar, escuchó el cloqueo de las gallinas y el viento batir las puertas del patio en la planta baja, o en algún sitio de la casa, pero este no es el cuarto del niño, no lo es, se pasó la mano por el cabello para recogerse los mechones encanecidos que le cubrían el rostro y se secó la cara con el antebrazo, se había lavado la cara en la piedra, en el patio, bajo la lluvia torrencial que fundía la tierra de la parcela y ahogaba los tomates, se lavaba la cara en el agua del tanque, una y otra vez, y luego alzaba la mirada al cielo oscuro de la noche para que la lluvia le limpiara el rostro, los brazos, el pecho, qué maravillosa fragancia, el aroma a mineral de la tierra expandido por el aire, y las puertas de la casa abiertas de par en par, abiertas a la noche, a la lluvia, a la presencia que se intuía a cada rato en algún espacio de la casa, en algún lugar que Ana no alcanzaba a reconocer, porque la casa era muy grande, y se extendía sobre la montaña; llenaba cada rincón. La casa era una suerte de criatura que se rompía y se encadenaba continuamente, y entonces era imposible que aquel fuese el cuarto del niño, es imposible, es culpa del Raúl por dejar las puertas abiertas, las del patio, las del zaguán, esas que se abren a la noche, a los terrenos de enfrente, al camino, a las sombras aglomeradas debajo de las ramas, a los agujeros oscuros entre los troncos de los motilones y de los mortiños, esos agujeros que se abren para mostrar la nada, la negrura absoluta, el reverso de algún lugar que ella conocía, y a los pies de los agujeros las oronjas blancas, como cabezas caídas de las ramas del robledal, blancas como si ninguna mácula pudiera infectarlas, ninguna herida, pensó Ana, de pie ante el robledal, sola en la noche, en la madrugada, en las sombras de la tarde moribunda. ¿Quién eres?, preguntó a la oscuridad y la oscuridad la observó de vuelta, miró profundamente en ella, percibió su desconcierto, porque se había despertado de pronto, hambreada, y había ido directamente a la cocina para encontrar una sombra revolviendo las cosas: los cajones, la despensa, los gabinetes, el horno de leña en el que hacía el pan de maíz, los aparadores, la cocina desordenada, los gabinetes saqueados y las cosas dejadas en el suelo al azar; se había tapado los ojos para desterrar el miedo y la sombra agazapada entre la comida que llenaban el piso de la cocina, y al abrirlos el espacio estaba revuelto, las cosas diseminadas por doquier, los

rezagos de la presencia de alguien, ¿la suya?, todavía en la habitación, como retazos de algo incognoscible, ¿eres tú, Jorge Poaquiza?, dime si eres tú, y el silencio como única respuesta, el roce del viento entre las tejas cantar entre las ramas de los árboles, ¿quién eres?, le preguntó a la oscuridad bajo el robledal, a la oscuridad que se metía en la casa a rebuscar entre las cosas, a observarla dormir o, cuando no se daba cuenta, a llevarse pequeños tesoros, dime lo que quieres, lo que buscas, lo que anhelas, dime si vienes sobre un caballo o si has visto uno en estos lares, dime, y la oscuridad se agitó bajo el cielo que atardecía, y las hojas del ligustro y las hojas de los robles que atardecían, y el suelo cubierto de agua de lluvia y de terrones de negro fango que atardecían, ¿quién eres?, preguntó, como si esperase una respuesta de la nada que se agazapaba por todas partes, en los rincones, pero especialmente ahí, al borde, para mirar la casa y mirarla a ella, que atardecía también junto con las cosas del mundo, aplastados por la inmensidad del cielo andino, por la inmensidad del paisaje, y de las estrellas que en esa oscuridad brillaban como fuego. Porque en los últimos tiempos la confusión era mayúscula: el despertar y no saber la fecha, el día, el mes, aunque a ratos podía deducir que era noviembre o diciembre casi por la altura del maíz en la parcela, por el grosor de los carrizos en la parcela, por el sabor del aire, sí, pensó, es diciembre, pero en los últimos tiempos la confusión era mayúscula: se despertaba y encontraba las cosas en sitios distintos, la comida en menor cantidad dentro de fundas manoseadas, los platos y los cubiertos y los vasos sucios en el fregadero, la ropa manchada, y rastros, rastros, rastros de vida en las paredes, porque en los últimos tiempos se levantaba y deambulaba y luego se dormía y luego de nuevo se levantaba y deambulaba sin recordar que antes de aquella deambulación había habido otra, y entonces encontraba en el suelo las huellas de pisadas, las huellas de pies descalzos o con los motivos de suelas de zapatos, huellas en el jardín, en la entrada, huellas de fango en el zaguán, en el dormitorio, en el cuarto de baño; huellas que cruzaban los espacios, que marcaban una errancia, un ir y venir, huellas tuyas, huellas que no reconocía pero que trazaban directrices entre el salón y las escaleras, y entre las escaleras y el dormitorio, y entre el dormitorio y el vestíbulo y el zaguán y el patio y la cocina y el comedor, huellas que no recordaba pero que estaban ahí, que conducían al cuarto del niño, pero cuando Ana llegaba y miraba las camas gemelas y las paredes desnudas pensaba que ese no era el cuarto del niño, ella lo sabía, el cuarto del niño se había perdido en el tejido de la casa, en algún lugar, y era preciso encontrarlo, era preciso, porque de entre todas las huellas y rastros no lograba hallar los del niño, era imposible encontrar los del niño, ni siquiera entre el fango que dejaban los pies al entrar, ni siquiera en los restos de harina y azúcar

esparcidos por el suelo de la cocina, nada que indicara aunque fuese vagamente la presencia del niño en ninguna parte, y la angustia crecía hasta llenarla, crecía hasta volverse un monstruo que devoraba mundos, uno tras otro, mundos conectados por axones y por estructuras microscópicas, la angustia era una criatura que fagocitaba su cuerpo, tengo que encontrar al niño, tengo que hallarlo, e iba tras el niño, sabiendo al menos lo que buscaba. Y ahora ahí, de frente ante el robledal oscurecido, bajo la media luz del atardecer, la luz en fuga por los intersticios del follaje, en fuga detrás de las montañas, sobre los picos de las montañas, la luz pariendo con su partida la penumbra densa bajo el robledal, Ana pensó de pronto que el amor era atravesar el miedo y mirar la oscuridad, que el valor consistía en doblegarse a uno mismo, que las personas están conformadas siempre de fragmentos, los de la memoria y los demás, ¿puedes oírme?, le preguntó a la oscuridad, ¿puedes escuchar mis latidos? El viento comenzaba a enfriar: era el prelude de la noche que se insinuaba ya latiendo sobre los tejados de las casas en Bilbao, como una lengua que lamiera la superficie del arroyo hasta la ciénaga, del río Chambo detrás de la iglesia, cerquita de lo de Siomara, de los árboles y el aguacatero del parque y del aguacatero tras la casa, que se alzaba opulento delante de la mole que era el volcán; la noche lamía cada parte antes de asentarse pesada sobre la sierra, pero bajo el robledal ya era la noche y la oscuridad se hacía más profunda. ¿Has visto a mi hijo?, le preguntó a la noche esperando quizá una palabra, una guía, el aliento trémulo de una respuesta susurrada a medias que al salir de las sombras agitara las hojas del ligustro, ¿has visto a mi hijo?, y entonces hubo un cambio, algo se movió en la quietud del anochecer, una leve alteración, una agitación de yerbas, ¿tu hijo?, la voz sonó profunda desde la oscuridad y Ana creyó por un instante que se la había imaginado, sí, mi hijo, no, ¿no?, es un niño apenas, no he visto ningún niño por aquí, ¿un niño?, eso dijo, ¿quién eres?, silencio, ¿eres tú, Jorge?, silencio, ¿estás ahí?, silencio, ¿has visto a mi hijo?, silencio, la oscuridad crecía más a medida que el sol se desangraba acribillado por las cimas de los montes, el cielo primero gris azulado, luego amarillo, luego rojizo hasta culminar con un naranja intenso, un naranja que tintaba todo de naranja, su cara en fragmentos de naranja, sus manos, su piel decrepita, ¿hay alguien?, silencio, ¿a quién busca?, preguntó la noche bajo los robles, la noche bajo los robles era como el reverso de un lugar que ella conocía o creía conocer, de otro tiempo, de otra vida, quizá, ¿qué?, ¿a quién busca?, no lo sé, ¿está bien, madre?, ¿madre?, ¿está perdida?, ¿perdida?, no, dijo Ana, no estoy perdida. La noche se tragaba el naranja, su piel tintada de naranja, sus ojos, su cabello encanecido que bajo el naranja parecía lengüitas de fuego, tengo que irme, dijo la voz que emergía de las

tinieblas, ¿eres real?, ¿cómo?, si eres de a de veras, sí, silencio, ¿has visto a mi hijo?, silencio, silencio roto por el aullido repentino de algún animal a lo lejos, silencio roto por el sonido del viento entre las ramas, y Ana detenida en el tiempo, sus recuerdos en fuga y los ojos brillantes, tuvo apenas una idea, el fragmento de una idea, ¿tienes hambre?, preguntó, silencio, ¿quieres comida?, sí, las sombras se revolvían, las tinieblas se retiraban lentamente bajo el robledal, los pies cuidadosamente colocados para no aplastar los hongos blancos, la noche que se iba tras la insinuación de una figura, unas manos, unos pies, las líneas de un rostro, ven, acércate para que pueda mirarte, ¿quién eres?, silencio, la figura que duda al borde de la luz que ya casi desaparece, ¿has visto a mi hijo?, sí, ¿dónde?, aquí, la figura emerge, la luz le toca apenas el contorno, traza los rasgos de la cara y de las manos, soy yo, dice el hombre, soy yo, dice la noche que se va, y ella se lleva las manos al rostro y llora, el cabello de él, contra los últimos rezagos del día, brilla como la espiga del maíz, dorado bajo el ocaso, yo te prometo, pensó, escúchame bien, yo te prometo que lo último que olvide en esta vida serás tú, Felipe.



## XIV

A veces, cuando bajaba al pueblo por alguna razón, Ana levantaba la mirada brevemente sobre las gentes que se aglutinaban a la entrada del mercado, entre los puestos de frutas y verduras, y entre los más hediondos donde las mujeres gordas vendían carnes y pescados pestilentes que todavía olían a muerte y a río o a mar, traídos en cajoneras llenas de hielo, pero que olían ya con ese olor que ella asociaba inmediatamente con lo que se echa a perder. Sin embargo, ella se aproximaba y alzaba la cabeza, con el estómago inflado cual un globo terráqueo, como si cargara el mundo entero dentro, y dejaba entonces que las mujeres le agasajaran, que le pusieran las manos sobre la guata hinchada, igualita a la guata de una perra en estado, preñada y loca, ella se dejaba hacer y sonreía mientras levantaba la cabeza y oteaba alrededor en busca de algo que no sabía si deseaba encontrar. Iba entonces con la abuela, que fiel como ella sola le acarrea las canastas, las bolsas de la compra; correteaba tras el cuerpo inflamado de su hija díscola, veladamente díscola, que pretendía mirar lo que en los puestos se ofrecía: las legumbres, las cosechas, las pieles, pero que en realidad lo que hacía era esculcar entre la muchedumbre en busca de alguna señal, de algún rastro del amante perdido. Porque en ese lugar lo había visto por primera vez: el hombre disimulado que sin asomo de duda le hubo recogido la canasta de la compra luego de que chocaran torpemente el uno con el otro, esos cuerpos que habrían de engendrar lo que en ese momento ella cargaba sola, ya sin ninguna huella del otro, que, habiendo desaparecido por su propio deseo, el de ella, no había tenido intenciones siquiera de reclamar lo que crecía en su vientre. Ella se lo había dicho, ahí, bajo la silenciosa rumorosidad del maizal, en el viento fresco de la mañana, a escondidas de la abuela que se entregaba devotamente al tejido, a la limpieza, a la contemplación muda de las horas, mientras su hija se escapaba con sigilo, de la mano del cuatrero, a la penumbra continua de la casilla, oculta tras las matas crecidas y abundantes. Ana lo recordaba vívidamente: las horas en las que se escabullían entre aquella aglomeración de maderas y polvo, las manos del Jorge Poaquizza mientras le desanudaba el cabello largo y oscurísimo, un color que ella conocería bien años después, en los ojos de un caballo agonizante, pero con el que se cubría los últimos rezagos de pudor, mientras el cuatrero la terminaba de

desvestir, en silencio, cuánto silencio había entonces, solo alterado por el viento que rasgaba el maizal o levantaba la tierra pelada, y se metía entre las grietas de los maderos robustos y quietos; y también el sonido de su respiración precipitada, cuando él se deshacía de sus ropajes y entonces sentía el calor de su cuerpo proyectarse sobre el de ella, encima de la piel, la dureza de sus manos, lo áspero de sus dedos al pasearse por su cuerpo, como pequeñas orugas, y la respiración entrecortada, ahogándose lenta e inevitablemente en el mar de yerba que era su vientre, el de él, el olor a yerba, a frailejón, la insinuación carmesí cuando abría sus labios para envolver los suyos, como si llevara dentro una chuquiragua rojísima y perfecta. Pero todo aquello había ocurrido más tarde, pensaba, porque al comienzo las cosas fueron diferentes, lentas. Recordaba la primera vez del Jorge en la casilla, sus ojos acostumbrados a los espacios oscuros y estrechos no delataron sorpresa alguna, he vivido oculto en las cañadas y en los desfiladeros demasiado tiempo, Ana, la penumbra no me es ajena, ni el frío ni la congoja, porque la vida en el páramo es dura, las heladas a veces resultan fatales, y entonces se sacó las botas y las medias y ella vio que no tenía los dos últimos dedos del pie derecho, que solamente quedaba un espacio de piel lisa y la silueta de una costura en una tonalidad blanquecina, como de hueso, esto es lo que puede pasar, le dijo, esto es lo que hace el frío, y ella acercó los dedos y tocó la cicatriz como quien toca una veta de oro en la profundidad de una gruta, con la punta de su dedo corazón rozó el espacio donde él había tenido los suyos en otro tiempo, y luego, sin que mediara palabra, se agachó aún más si cabe, y besó los muñones. Él la apartó con gentileza pero con evidente incomodidad, y se calzó la media de nuevo, sin decir palabra, la tomó de la mano y le besó en los labios, y Ana sintió la turgencia de su lengua golpear sus dientes, buscar también el territorio de su boca, que era como un humedal tranquilo, y en el que se posó diligente, mientras sus manos se encargaban de los bordes de la blusa y de la falda, casi sin decidirse a ir más allá, hacia territorios a los que deseaba acceder con vehemencia, pero sin atreverse realmente a hacer nada, más por precaución que por verdadera timidez. Se quedaron acostados sobre la paja, vestidos, pero con un picor en el cuerpo, tanto él como ella, y fue Ana quién tomó la decisión cuando llegó el momento, dentro de la penumbra perpetua de la casilla, sin atreverse a suponer que alguien podría espiarlos y descubrir lo que hacían en ese oscuro nicho, oculto tras los maíces crecidos que convertían el interior en un nido de sombras bamboleantes, que lo tornaban más oscuro y silencioso de lo que era, porque lo único que podían oír mientras yacían sobre la paja era el rasgar del viento, el roce de los tallos y las hojas del maizal entre sí, igual que el roce de sus cuerpos, de la barba de él al rasparle la

piel de las mejillas, del cuello, casi sin cuidado, sin ninguna previsión al respirar en silencio, conteniendo los resuellos y los suspiros mientras ella se dependía de su tacto e intentaba escuchar el sonido de pasos, de otras manos al apartar las plantas, al remover lo tupido del follaje; el sonido de alguien, la abuela o el Raúl, aproximándose detrás de las hojas y los carrizos, con el miedo y la aprehensión constantes de ser descubierta. No podía imaginar que sería ella quien, años después, se arrodillaría detrás de los tablones de la casilla para mirar furtivamente en el interior caldeado, con el sonido de una música rumorosa emergiendo de entre las grietas, una y otra vez la canción, la escucha, el lento sonido del goteo de la lluvia en la mañana, pero entonces nadie los espiaba a ellos, nadie sabía de su secreto, de sus reuniones veladas, y así, a medida que iba afianzando la seguridad en su aislamiento, el miedo remitió al fin, dando paso a un desborde de sentidos. La siguiente vez que el Jorge y ella se encontraron en la casilla no se demoraron ni perdieron el tiempo: él la tumbó sobre el suelo del potrero y la tomó sin contemplaciones, tan distinto su toque de la sutileza pasada, tan diferente el hombre que la acometía de aquel otro que simplemente una tarde hubo rozado el dorso de su mano con la punta encallecida de sus dedos, como si quisiera prometerle o decirle algo con aquel tacto; unos dedos que ahora ella recordaba suaves, quizá suavizados a expensas suyas por la consagración inevitable de un ideal romántico, por la imagen que se movía constantemente dentro de sí, del amado que siempre había deseado sin encontrar en aquella región remotísima, en las estrechas calles empedradas de Bilbao o en los frescos herbazales y bosques que bordeaban el pueblo, y que se veía finalmente descubierto en la figura del cuatrero y sus manos preciosas, pero que en sí distaban mucho de poseer la suavidad que sus fantasías adolescentes les conferían y eran, en realidad, todo lo contrario. Ana le dejaba entonces. Sentía en su cuerpo delgado la rozadura áspera de aquellas manos que correrían siempre el riesgo de cruel mutilación, de castigo severo, por lo que hacía su dueño, eso era: robar la carne de los hacendados, matar a las reses sin atisbo de remordimiento, sin asomo de culpa. Ella le dejaba porque, quizá en el fondo su deseo de lo prohibido se reforzaba aún más, su ansía de que él se la escamoteara igual que hacía con la carne de las reses, que se la robara paulatinamente hasta que no quedara nada de lo que había sido: la esposa de un peón por el que no sentía más que el peso del deber, del cumplimiento de un acuerdo tácito que había aceptado con resignación, pero que ya, después de aquellos primeros roces, después de haber visto al Jorge tantas veces bajo la media luz de la casilla descompuesta, su rostro anegado por la oscuridad de las maderas, e incluso antes, en las postrimerías de su lealtad para con su marido, aquel rostro

ansiado y luego amado, surcado por las sombras siempre inquietas de las caseras y los parroquianos en el interior del mercado de abastos, bajo las copas bamboleantes de los aguacateros en el parque central; su rostro bañado por los colores vivos que se desprendían de los vitrales sacrosantos, en el interior de la iglesia de Nuestra Señora del Rosario de Agua Santa, y le tocaban los pómulos y los labios y le pintaban el cabello de rojos y azules cuando, de repente, él asistía a la eucaristía como si fuera uno más de ellos, un parroquiano más y no lo que en realidad era, un bandido montañés extremadamente taimado, oculto entre los cuerpos de las mujeres, de las señoras y las viejas que entonaban el *Hosanna en el cielo* con sus voces agudas y chillonas, y llenaban las cúpulas de la iglesia con aquellos ecos saturados y horrendos bajo la guía del coro celestial, entonces él se giraba ahogando la risa y la miraba directamente a los ojos por una fracción de segundo, que era suficiente para que a ella también le anidara la risa en los fondos del vientre, como si se tratara de un incendio voraz que amenazara con extenderse entre los bancos donde las beatas se arrodillaban con los ojos cerrados para llorarle sus penas al Señor, mientras las hostias se diluían lentamente en el calor mojado de sus lenguas. Ana siempre lo había sabido. El cuatrero era astuto. Era menester que lo fuera si quería sobrevivir en la precariedad, en la zozobra. Tenía que saber camuflarse para poder desaparecer con facilidad entre los desfiladeros colmados de piedra y cascajo del volcán, con los cuerpos de sus pares cerca. Tenía que ser taimado para que las mujeres y los hombres del pueblo lo miraran y sintieran que tal vez ya lo conocían, que ese rostro no podía ocultar nada terrible, ni maldad alguna, ni crueldad ni astucia desmedida. Pero Ana lo sabía. Lo supo desde el momento en el que el Jorge le pasó los dedos sobre la piel delgada de las manos, rozando sin recato su aro de matrimonio, y sus sospechas se confirmaron cuando más adelante ella le sugirió ocultarse en la casilla, así como él se ocultaba en los vericuetos de la montaña, y el cuatrero, sin empacho alguno, le dijo que sí, que era lo mejor. No está dispuesto a luchar por mí, pensó, y se dejó acongojar por la idea de que nada bueno saldría de todo aquello, pero era ya tarde cuando se dio plena cuenta de que no podía existir esperanza alguna, que nada pasaría entre los dos más que lo que tenían en la clandestinidad de la casilla. Las cosas estaban hechas. A ella le crecía un hijo en el cuerpo mientras él le contaba de sus aventuras en el páramo, escapando de los chagras con las justas, corriendo desaforado por los pajonales y los túmulos cubiertos de forraje donde alguna vez enterraron a sus muertos los proscritos, decenas de pies, hombres y mujeres en plena fuga, con la sola intención de volver al interior de la montaña, es la montaña la que nos recibe, por qué deberíamos irnos cuando es la misma montaña

la que abre sus brazos para acogernos, ni siquiera los grandes señores dueños de las llactas pueden encontrar lo que es propio de la roca, lo que se funde en ella con facilidad. Entonces el Jorge le contó sobre sus desayunos frugales, sobre sus comidas nimias, sobre las mujeres cuatreras que parían con dolor y sin ayuda en la penumbra de las cuevas, sobre camas de pastos reseco que los hombres acumulaban para pasar la noche, solamente ayudadas por las yerbas medicinales que podían recolectar entre los matorrales del páramo, en las noches o en los días en que las patrullas eran mínimas. Así parían, le dijo él, encima de ponchos raídos y manchados de tanto uso que luego se lavaban en las corrientes y se seguían usando. Somos hijos de la piedra, nacemos en las cuevas, al menos estas nuevas generaciones que ven el mundo por primera vez en la entraña de la mama, pero el Jorge no, él había venido de otros rumbos que no quiso o no pudo contarle, a pesar de que Ana se lo preguntó en varias ocasiones. Ambos se acostaban sobre la paja, con los cuerpos sudados, los cuerpos saturados de goterones que reflejaban apenas la escasa luz que se colaba entre los troncos y maderos de la casilla, y él, con el aliento desbocado, le decía solamente que había llegado a la montaña en una carreta tirada por un asno, cuando era apenas un guagua, y que se había quedado desde entonces ahí, criado por los viejos que, ya en esos tiempos, dominaban el arte del desvanecimiento. La carreta, eso sí lo recordaba vívidamente, el viaje en el interior de la carreta, la maravilla que fue el recorrer la lona que ocultaba el maderamen que el arriero transportaba hasta la construcción de una casa en la montaña, el arriero que se había ofrecido a subirlo por pura caridad, por pura compasión al verlo atormentado por el frío en las inmediaciones de la carretera. El Jorge se movió entonces a un costado esa noche, y pasando su brazo bajo el cuello de ella, colocó la palma sobre uno de sus pechos casi sin darse cuenta, o quizá fingiendo no percatarse, y ella suspiró y le escuchó decir que al momento de mover la lona bajo la cual se enroscaba, aterido de frío, la visión del cielo andino lo sobrecogió enormemente: acostado contra los duros maderos que transportaba el arriero en el fondo de la carreta, miró la Vía Láctea que se presentaba ante él en toda su magnificencia: el brillo insoportable que insinuaba quizá el fuego y la rotación del universo, de las cosas del universo, continuamente, los puntos que cintilaban en aquella vasta lejanía equiparable quizá al tiempo de toda vida humana, y que no obstante, continuaban brillantes, sin pausa, algo que quizá él dedujo de la escena, del ardor incesante de aquella escena, y a un costado, compitiendo con toda esa luz, la silueta negrísima del volcán: la cima apuñalando el cielo, como si fuera una boca que tratara inútilmente de tragarse lo que asomaba en la claridad del espacio. La cara del arriero lo miraba fijamente, le dijo el

Jorge sin retirar la mano, y no tuvieron que decirse nada, él se bajo ahí, en medio de la noche y el frío del páramo, y miró cómo el hombre se perdía más allá entre los árboles sin mirar atrás. Así empezó mi vida en la montaña, solo en medio del frío y la soledad del monte, y así he vivido desde entonces, le dijo, como si al mismo tiempo que le contaba esto, eso que ella suponía un secreto que le confiaba en ese momento tan celosamente, de su travesía en la carreta de aquel arriero anónimo, y su posterior llegada a Yanahurco, le estuviera también tratando de decir que no cambiaría esa vida por nada, que esa era la única forma de vivir que conocía: fundirse en la roca, moverse de modo subrepticio, de manera que aquellas mañanas y tardes en la casilla no resultaban en forma alguna reveladoras o diferentes para él, porque estaba habituado a manejarse de tal modo que la gente no reparase en su presencia. Quizá debió darse cuenta entonces de cuál sería el desenlace de aquella trama imposible e inútil entre ambos, pero Ana decidió continuar, imbuida por el amor juvenil que tanto había deseado en su vida, antes del Raúl y de la casa en la montaña, y de la casilla desplomada entre las matas de maíz, pero si se dio cuenta optó por alejar la verdad y adherirse al hombre, en la espera un tanto infantil de que algo ocurriera, a saber, una suerte de milagro obrado por alguna mano o mente poderosa e innominada. Lo único que ocurrió, en cambio, fue que, conforme pasaban las semanas y sus encuentros en la casilla se tornaban más voluptuosos, más intensos si cabe, la guata se le fuera hinchando hasta que su estado de gravidez fue indiscutible: la sangre había parado de llegar y la panza le crecía como si llevara tierra negra dentro, una cama de tierra oscurísima y fértil donde hubieran dejado caer agua y semilla, y ahora las raíces hubieran arraigado en alguna parte escondida de su anatomía, de sus adentros, qué cosa tan increíble, y qué ciega había sido, todo el tiempo pensando que estaba yerma como una tierra baldía y reseca; una mujer condenada a la extinción, a la soledad de los bosques, en aquella casa que amó hasta el último momento de su vida, bajo la sombra inmensa y recurrente del volcán. Entonces dejó de ver al Jorge durante un tiempo y se encerró en la casa mientras pensaba en todo lo que había tenido que ocurrir para que estuviera justo en esa situación: los trabajadores acarreando maderamen hasta la ladera del monte, en carretas, arrastrados los troncos por bueyes, como si quisieran arar los mismos caminos por donde las gentes subían cargadas de herramientas y materiales para recomponer las carpinterías de las puertas y ventanas, para apuntalar las cosas que se habían descuadrado con el tiempo y el abandono, cuando la casa no era otra cosa que un fósil achicharrado bajo el sol tremendo del ecuador. Le parecían extraños los designios; que en el punto último de su tránsito hubiese tenido que enamorarse perdidamente estando ya casada,

estando ya, como estaba, instalada y a gusto en la casa que siempre quiso tener. Recordaba al puñado de hombres que, junto a su marido, no habían cejado en su empeño por restaurar la casona de la montaña, e incluso antes, mucho tiempo antes de que subiera por primera vez a mirar los trabajos que aquel hombre al que le había entregado su mano se esforzaba por llevar a culmen, las tardes con el padre, cuando era apenas una criatura. La casa estaba ahí, en medio del robledal añoso, lo recordaba como si no hubieran pasado treinta años sino apenas unos días. El sol estaba en el punto más alto; su madre probablemente los esperaba en el pueblo para almorzar, pero ellos desmontaron y ataron los caballos en una vieja cerca de madera frente a la casa. Parece que va a llover, dijo el padre, y ella miró hacia el cielo, que se iba vistiendo de gris, tratando de leer las señales en las nubes. Rodearon la casa, mirando detenidamente todo cuanto les rodaba, aferrados el uno al otro. En las paredes habían pintado figuras y escrito cosas que no podían leer, pero a pesar de ello, la construcción seguía teniendo un aire de extraña hermosura. El tejado intacto, curiosamente preservado, a diferencia de las jambas de las puertas, casi descuadradas, casi carcomidas por las polillas y la intemperie. La gente decía que ahí había funcionado una escuela, que aun en el interior se podían descubrir pupitres y viejos dibujos, que los fantasmas de los niños recorrían los cuartos y buscaban quién sabe qué, sus espíritus despertados por las brujas de Calguasig. Ellos franquearon la puerta principal y atravesaron el zaguán, como si entraran en la garganta de una criatura inmóvil, y ahí, en el pasillo estrecho, donde al final se adivinaba la luz del exterior del otro lado, al fondo, se sintieron por primera vez con una cercanía que jamás antes habían experimentado: sus alientos, la calidez de sus cuerpos, la respiración entrecortada, que en el espacio angosto del zaguán parecía el sonido del viento en los aleros de la casa. Así, avanzaron hasta el vestíbulo, desde donde nacían las escaleras al segundo piso. Habían tapiado la salida posterior, la que daba hacia el patio, con un montón de retazos de madera y chapa ondulada, y la luz que ingresaba era exigua bajo el manto plomizo de las nubes. De un lado quedaba el pie de las escaleras, del otro una puerta vieja cerrada, y nada más, como si en el último momento antes de partir, alguien se hubiera preocupado de cerrar la puerta de la forma adecuada. Su padre la abrió con cuidado y entraron en una estancia mediana llena de banquitos y con el piso de baldosa. El techo era una sucesión de cuadrados de madera, nada aplomados, y dentro del cuarto, bajo ese extraño cielo falso, sintieron que la casa aguantaba la respiración, que en cualquier momento soltaría el aire y se vendría abajo, con ellos dentro. La estancia, pensaron, podía haber sido un salón de clase, o un pequeño comedor para los niños. Era oscura, polvorienta y no tenía ventanas. Al fondo

se podía distinguir el rectángulo negro de una puerta, pero eso era todo. Su padre la miró y luego miró la puerta, y Ana sintió que en esa mirada se concentraba una pregunta importante. Al final, se encogió de hombros. Nunca había entrado antes, dijo él, aunque ella ya lo sabía. Espera aquí, y se adentró en la estancia umbrosa. Ana no tenía claro qué era lo que esperaban encontrar. Lo vio adentrarse en la boca negra de la habitación hasta que se lo tragó las sombras y por un instante tuvo la sensación de que era la casa la que se lo había devorado. Se apartó de la puerta y en el centro del vestíbulo miró hacia arriba, al artesonado de madera del segundo piso, los escalones polvorientos y el pasamanos astillado. Más que miedo de estar ahí, lo que sentía era una suerte de fascinación, un extraño magnetismo que no sabía explicarse. Espera ahí, no te muevas, le gritó su padre desde la oscuridad, y ella asintió con la cabeza, sin dejar de mirar las vigas de madera, las paredes de adobe cubiertas de cal. No, dijo, y se quedó sola en la penumbra. Sabía que no encontrarían nada, que la casa era solo un esqueleto, un fósil detenido en el tiempo de la montaña, y fue en ese momento que se giró y pensó que a lo mejor algo los había llevado hasta ahí ese día: un encuentro, un descubrimiento indispensable. Era consciente de lo que su padre le había dicho en algún momento sobre la fragilidad de la estructura y se encaramó con cuidado sobre las escaleras, teniendo en mente que su ventaja era la ligereza, sus extremidades delgadas, casi volátiles, esa tendencia de su cuerpo hacia el silencio. Subió con cuidado, con las manos aferradas al pasamanos de madera, escuchando el crujir de las tablas bajo su peso, sintiendo las vetas de la madera bajo la piel de los dedos, que se astillaron levemente y dejaron escapar gotas de sangre. En la planta alta la luz se colaba por un ventanal y bañaba las tablas del suelo, parcialmente roídas por las polillas, pero Ana casi no se percató. Desde ahí, el cielo crecía como una pintura, y abarcaba la inmensidad del volcán en lo alto, más allá, como una reina de hielo. Entró a los dormitorios, oteó en la oscuridad con olor a humedad, con olor a tierra y a planta, retiró la aldaba de una puerta doble que se abrió con dificultad hacia un balcón y desde donde estaba pudo mirar el valle, más allá, las colinas suaves perdiéndose en la lejanía, y el horizonte manchado por volutas de niebla y volutas de aire transparente, pero que distorsionaban la nitidez de las líneas y las aristas de las cosas; la presencia velada del sol pintando las matas de motilón y las copas de los pumamaquis, todo con una opacidad que parecía descender del cielo encapotado, de las nubes orondas del color del musgo en los robles, hasta tocar los techos de las casas del pueblo, y Ana se imaginó cómo sería mirar la madrugada desde ahí, el mundo sumido en el silencio y en el apagamiento, en la certeza del frío deteniéndose sobre la piel, ahí en la oscuridad, en las



horas en las que no se puede mirar nada excepto el espíritu de las cosas. Desde el balcón, se imaginó todo esto y también se imaginó el terreno de otra manera, la casa siempre pulcra, limpia como una patena, con las ventanas abiertas para que el aire pasara y ventilase el olor penetrante de un puñado de cuerpos jóvenes agachados sobre pupitres; el rasgar de los lápices sobre planas de papel, los roces de los zapatos y botas por debajo de las mesas, el rechinar de la tiza sobre la extensión verde de la pizarra, y la respiración pausada y profunda de la maestra, su taconear sobre el entablado, el sonido del viento al cruzar las plantas y agitar los cabellos de los alumnos, y siempre, siempre, las risas por lo bajo luego de alguna travesura. Al regresar adentro se detuvo ante el esqueleto macizo de un armario y al abrir las puertas se descubrió esculcando entre las ropas viejas del marido. Estaba segura de que algo se le había perdido entre todas esas telas hediondas a naftalina y a encierro, pero no podía precisar con claridad qué. Enterró las manos entre los montones de ropa, entre viejos suéteres y calcetines que como quiera se desmenuzaron entre sus dedos. Cavaba en una entraña profunda, en el armario, en la casa, hasta que logró tocar con las uñas la dureza del fondo, la madera rígida y las cabezas planas de los clavos. No sabía qué se le escapaba. Mientras hundía las manos de modo frenético, como si quisiera detener la imagen que lentamente se le escurría de la memoria, algo parecido a un estallido resonó en el exterior. Se volvió y el recuerdo se deshizo en mil pedazos, la ropa hecha un desastre, revuelta completamente en los cajones y en los fondos del ropero, pero estaba pasando algo afuera. Nevaba, y Ana se aproximó a la ventana y miró los copos caer y cubrir el suelo, la parcela, las delicadas hojas del maizal. A través del ventanal del vestíbulo pudo ver la columna de gas subiendo, haciendo un boquete en los estratos y derramar el contenido por todas partes. Una fumarola infinita. ¿Ana? Ella giró la cabeza. Su padre la llamaba desde la planta baja. Tenía en sus manos recortes y viejas hojas cuadrículadas con cálculos y fechas y luego hojas pautadas donde los niños aprendían a escribir. Ese era el contenido del armario, pero también nombres: José, Amador, Lucrecia, Fabio, Carmen, Elías. Arriba la luz borroneaba la superficie de las hojas, pero ella podía leer todavía a quienes habían pertenecido esos papeles. ¿Ana? ¿Dónde estás? Estoy aquí. Arriba. Dejó todo tal como lo había encontrado, bajó las escaleras con el mismo cuidado de antes y esta vez trató de no astillarse los dedos. En el vestíbulo de la planta baja le esperaba su padre, apenas una sombra contra el negro más profundo de los muros de adobe. ¿Qué hacías arriba? Te dije que no te movieras de aquí. ¿Has encontrado algo? No, no hay mucho que mirar, es solo una casa vieja. Te tardaste. Salgamos, casi no se ve nada aquí dentro. Desandaron el camino por el zaguán y en el exterior la luz les golpeo

directo en la cara. La llama blanca del cielo fue definiendo los contornos, trazando perfiles y lugares de sombra, y los caballos levantaron sus cabezas hermosas y posaron los ojos en ellos. Fue en ese instante, en el que el entusiasmo parecía desvanecerse y cada quien volvía a sus monturas, que Ana tomó las riendas de su animal y estiro una mano para llamar la atención de su padre, pero él no la vio, azorado como estaba por la hora. Condujo hasta la entrada del sendero de regreso, con la mirada fija en las piedras y en algún punto de la crin y las correas y el roncal y jamás volvió la cabeza. Eso era lo que más recordaba, el primer día en el estómago oscuro de la casa en compañía de su padre, y luego los demás recuerdos emborronados hasta llegar al día de la mudanza, cuando aquel fósil achicharrado por el sol ecuatorial ya no existía y en su lugar se levantaba una casa que ella no había visto nunca, con cristales diáfanos y pisos encerados, con el olor de la cera y las gerberas flotando en el interior y en todas partes casi, y además, cómo penetró en el interior de la mano del marido, que parecía querer decirle con los dedos, con la palma ancha, mira, mira todo esto que he hecho lo he hecho para ti. Le parecía verlo incluso entonces, en el interior de la casilla con el Jorge reposando quedamente a su lado, su respiración levantando el terreno de su carne dura una y otra vez, pero ella veía las contraventanas cerradas, el espacio oscuro del dormitorio donde pasaría los próximos cuarenta años de su vida, recolectando polvo y cenizas, esperando por alguien o algo, quién supiera, que era incapaz de recordar, el hijo, el amante, que en ese momento reposaba tranquilo, que había sacado un cigarro de los pliegues de la camisa pero ella le dijo entonces que era una locura fumar ahí adentro, que el olor se atascaría en todas partes y luego no tendría forma alguna de explicárselo a la madre o al marido, y que si la suerte decidía apartarse y dejarlos solos, que incluso la casilla podía arder porque todo estaba cubierto de yerba seca y los tablones y maderas que componían aquella estructura chirle y dejada de cualquier mano, también ellos podían arder y hasta ahí llegaría el cuento. Podemos arder, le dijo el Jorge y le pasó los dedos ásperos sobre el cuerpo, insinuándole que siempre que estuvieran en el interior de la casilla no haría falta más calor, nada que pudiera provocar más incendios, pero eso sucedió antes del hijo, claro, antes de que ella se diese plena cuenta de que la sangre no regresaba y que la guata le crecía, tan levemente al comienzo que fue la única en saberlo, antes de que nadie más reparase en ello. Entonces le dijo al Jorge que no volviera por un tiempo y comenzó a acostarse con el marido cada noche, atacada por la idea absurda y ruin de camuflar el origen de su preñez; ella que hacía tiempo hubo renunciado al amor y al tacto del marido y que lo aguantaba ocasionalmente, presa del deber y aquel acuerdo firmado por su puño y letra, y luego por

la sustancia inmanente de su cuerpo, habitante de su cuerpo, ante el altar del Señor, pero que así y todo no lo deseaba, se entregó de nuevo a sus brazos con fingida vehemencia, e intentó pensar que aquel que la poseía por las noches hasta entrada la madrugada, entre gemidos y llantos que ella pretendía de goce y plenitud, aunque fueran todo lo contrario, era el cuerpo del cuatrero, tan amado y deseado, tan lejano, oculto en la montaña una vez más. Así fue, y cuando le dijo al Raúl que esperaba un hijo, que estaba grávida como ambos desearan durante tanto tiempo, como la madre, la abuela del niño que se formaba en los adentros de Ana, deseaba, ya fue inútil tratar de ver al cuatrero de nuevo a solas en el frescor de la casilla derruida, porque ya no le dejaron en paz. La madre la acompañaba a todos lados por miedo a que aquel ansiado embarazo se fuera a truncar por cualquier motivo; no permitía que Ana levantara peso ni que hiciera esfuerzos innecesarios, y cada vez que tenía que ir a hacer la compra en el pueblo iba tras ella como un perrito inquieto y desesperado, calculando cada cosa, cada paso, el movimiento de los pies que conforme avanzaba el embarazo se fueron también hinchando hasta que las caminatas se volvieron tortuosas y lentas y Ana al final decidió quedarse en la sombra de la casa, sentada o tumbada cuan larga y gruesa era, mientras la madre se movía de un lado al otro sin parar, alcanzándole esto y aquello para que ella no tuviera la menor necesidad de moverse. Sin embargo, Ana escapaba, en los ratos menos pensados, cuando la madre se quedaba dormida después del trajín, a su edad era lo más normal, pensaba ella, lo más lógico, puesto que las energías ya no eran las de antes, y corretear detrás de la hija preñada le agotaba más de lo que hubiera deseado o creído incluso, para suerte de Ana. De repente la hallaba acostada en el sofá del salón, desvanecida del cansancio, por las tardes en las que el sol calentaba e inundaba la estancia con una suerte de tibieza soporífera. Entonces la cubría con una manta y se iba a merodear por la chacra, a buscar señales del amante entre el ligustro, quizá algún rastro de piel, de algo, mientras la casa arrojaba su sombra sobre las piedras, como siempre había hecho desde que podía acordarse. Fue en una de aquellas tardes, muchos meses después, cuando llevó al Jorge Poaquiza detrás del maizal crecido, como si estuvieran perdidos en un bosque, aunque lo cierto es que la casa seguía ahí mismo; desde donde estaban podían ver los aleros y las tejas cubiertas de musgo, y el brillo del sol sobre los cristales pulcros, nuevos. La madre dormía plácidamente en el salón, bajo el calor que anunciaba aguacero por la tarde, pero en ese momento era la mañana y todo rielaba bajo el toque amarillento de la luz, hasta las pestañas de él, negrísimas sobre los ojos verdes, esos ojos que heredaría el hijo nonato y que en los años posteriores serían un continuo recordatorio de su desacato, de todo cuanto había hecho y

ocultado, de las mentiras y la falsedad sobre la que se basaba la vida misma del niño que le crecía en sus adentros. Esa fue la última vez que lo vio, entre el frescor del maizal y el calor pesado del sol, a pocos pasos de distancia de la vieja casilla.

## XVI

Al principio era la luz: miríadas de partículas de polvo volando en los haces que se colaban entre los espacios de las contraventanas y llenaban el dormitorio de una suerte de halo dorado a medida que el sol decaía por el lado más occidental del mundo. Es como estar dentro de una pecera, pensó ella, mientras miraba cómo los haces se movían de un lado al otro, parecidos a ondas de agua luminosas en el fondo de un barreño, en la piedra de lavar que a ratos escuchaba escurrir en el primer piso, aunque en realidad no goteara. El hijo se había marchado hecho una furia, pero incluso ahora, en ese instante de calma, cuando el sol se metía en el dormitorio anunciando la tarde y el hijo dormía plácido junto a los chaparrales extensos a las afueras del pueblo, incluso en ese momento ella volvió a oír o a percibir algo, aunque la casa se hallara vacía, silenciosa. Se puso en pie y con dificultad se aproximó al tocador donde las cosas se amontonaban desde hacía tanto tiempo sin que ella fuera consciente de que así era, de que así había sido durante años y años, mientras la enfermedad avanzaba y la parcela florecía y se secaba una y otra vez, y los frutos de la huerta crecían casi salvajes, a veces bajo la espesa alfombra de ceniza y cascajo que en las noches más tumultuosas ella escuchaba retumbar sobre su cabeza, partir las tejas y colarse entre los agujeros, llenar el tanque de agua con el estallido brutal del granizo más grande y dañino. Y durante todo ese tiempo, las cosas habían permanecido así: los portarretratos ocultos dentro de cajoneras, las fotografías en fajos, apilados sin ningún orden, desde aquel día en el que viéndose indefensa contra el curso de los acontecimientos, es decir, la ceguera expandida, la borradura que llegaba en oleadas en el momento menos pensado y la dejaba estupefacta, fuera de sí misma, con las manos extendidas en un gesto que de pronto no recordara; sin poder adivinar tan solo lo que estaba a punto de hacer un segundo antes del blanco y la desaparición, entonces bajó hecha una furia, retiró todas las cosas de las paredes, reposeras y credenzas: los cuadros, las fotografías, los ornamentos: retiró todo cuanto podía recordarle a quienes había amado y a quienes amaba todavía, sin perder más tiempo, con la certeza de que hacía lo correcto, lo más adecuado para ella y sus necesidades en cualquier caso, y se lo llevó al dormitorio, como si en el ardor frenético de sus fantasías y horrores más profundos, pensara

transformarlo en el santuario indispensable, en la tumba conmemorativa, para preservar de las tinieblas los rostros que no deseaba olvidar y que de pronto se desvanecían sin que ella pudiera entender la razón. Porque ese era el problema, el miedo áspero y súbito que le atacaba continuamente, en el minuto menos oportuno del día, mientras desgranaba o pasaba la escoba sobre los pisos de madera, y pensaba en las cosas que había perdido, en las personas que ya no estaban, y se diera cuenta en ese instante de absoluto horror, que no podía recordar los rasgos, las tonalidades, la manera en que la piel se plegaba en ciertos segmentos del cuerpo, en los espacios vaciados de la cara, todo convertido apenas en la insinuación de algo que hubo estado ahí, presente y palpable, pero que ya no estaba más. Por eso amontonó las cosas en el dormitorio: las fotografías, los marcos, los recuerdos de bautizos y primeras comuniones, las figuritas de porcelana feamente pintadas; todo dentro de cajas y cajones, debajo de la cama, sobre el armario grande donde la ropa del marido se iba descomponiendo por la falta de uso y ventilación mientras los anaqueles y estanterías rebosaban de objetos inútiles que ella mismo había ubicado, en un intento desesperado y fútil de mantener las imágenes intactas. Así había permanecido el dormitorio durante los años que vinieron, con las cosas y los recuerdos acumulando polvo y carcoma, desvaneciéndose triste e inevitablemente ante el avance de los días, que era igual al avance de la borradura, como si aquel dormitorio de cierta forma se hubiera acondicionado para mostrar sin ambages los propios derroteros de la mente, la de Ana: una estancia oscura y pobremente aireada en la cual las memorias se iban cubriendo de una película fina de suciedad que era inútil intentar limpiar porque prontamente sería reemplazada por otra y por otra más; capas y capas de polvo, arcones llenándose de telarañas y partículas granuladas que se metían por las ventanas o por los intersticios a través de los cuales entraba en ese momento la luz dorada del atardecer, de manera que esa luz a ratos era capaz de iluminar trozos de imágenes, de objetos donde el ensueño se hubo adherido otrora, pero que ya no eran nada más que eriales sin ninguna posibilidad de vida. Así el cuerpo, la casa, la montaña, como una cosa dentro de otra, sucesiva e indeterminadamente, cubiertas cada una de campos estériles, de sitios quemados, donde ya no existía la posibilidad, ni tan siquiera remota, de que algo germinara de nuevo en ellos. Ana escuchó la puerta cerrarse de un golpe esa mañana; la discusión acalorada, el descontento: alguien se había robado algo precioso para ella, algo que rielaba en la claridad, filtrada a borbotones por la puerta, como si la puerta hubiese sido de repente el lugar donde todo lo luminoso se hubiera condensado para después anegar la estancia y el brillo fugaz y metálico de lo que el hombre llevaba en las manos: los cañones largos,

pulidos y vueltos a pulir, el gatillo, la larga silueta de las carabinas, por un corto instante antes del portazo y el ruido del viento al lamer los aleros y las canaletas de tol pintadas de negro mientras los pasos tomaban el camino del pueblo más allá del robleal, pero que ella no recordaba, o no sabía o no se había fijado nunca que así eran, pintadas de ese color las canaletas, ni la resonancia de esos pasos al aplastar la yerba y la hojarasca, pero de cualquier manera no importaba porque lo olvidó pronto y cuando despertó de nuevo la luz del atardecer se metía por las hendidias de las maderas y el adobe junto a los marcos de las ventanas; se metía con la fuerza de lo que está a punto de extinguirse y alumbraba las motas y las partículas de polvo en aquel mausoleo de años perdidos, donde cada cosa respondía a una intención concreta y pensada a priori, pero que ya no se sabía cuál era o cuál había sido, y de todas formas ya no importaba. Se levantó de la cama, las maderas crujieron levemente, y escuchó con extrañeza el sonido de las primeras gotas al caer sobre el tejado y las hojas de las gerberas y los pétalos de las gerberas, en el exterior, y eso era raro porque el sol continuaba entrando con abundancia por los espacios de la madera y ella pensó que quizá soñaba un sueño eterno e incoherente, algo que no estaba lejos de la verdad, de su sueño indeseado e impuesto, de cosas que no conseguía entender, pero la luz entraba y decidió abrir la ventana de inmediato para que el dormitorio se iluminara y se airease plenamente. Afuera el dorado inundaba el campo, se pegaba contra las copas de los árboles parecido a una manta ligerísima y brillante, pero en la claridad del cielo por el norte se abatía un cúmulo terrible de nimbos negros y las primeras gotas ya habían caído y mojado la tierra mientras el cierzo se escurría por entre las ramas y empezaba a agitar las hojas con una violencia contenida, preludio de la tormenta por venir. En algún momento, quizá después de la erupción y la huida, en el día de su retorno al pueblo y a la casa con el marido, ella lo había imaginado: ver la casa detrás del robleal con sus musgos cenicientos, como un rectángulo enorme y hueco, un fósil apenas, con las maderas carcomidas y el adobe desmenuzado sobre el suelo de tierra, ya ni rastro de arriates, de ligustro, de gerberas, pero lo que recordaba, si no con claridad, al menos si con la vaga impresión de haberlo vivido o imaginado en cualquier caso, era la casa, o lo que quedaba de la casa: una cosa siniestra que en nada se parecía al hogar al que el marido le había conducido de la mano hacía tanto tiempo, e incluso distinto a esa suerte de casona salida de sus recuerdos de infancia, tan grande y vasta y al mismo tiempo tan silenciosa, como si en ella las leyes del mundo no rigieran o rigieran de una manera distinta aplacando el sonido, aunque con toda probabilidad lo que ocurría era que el sonido se escapaba del recuerdo, porque la memoria, había pensado en algún punto, sin saber por qué razón ni a

cuento de qué, tiende siempre a falsearlo todo. Por ejemplo, en ese instante de confusión le pareció escuchar las mismas pisadas de nuevo en la planta baja: el eco de unos pasos que se alejaban por el zaguán de la casa hacia el patio trasero y de regreso, hasta alcanzar la puerta de entrada, y luego otra vez, el ruido del agua que comenzaba a caer con más ímpetu sobre el pasto y el maizal allá en la chacra, y que resonaba con fuerza encima del techo de lámina del gallinero. Su mausoleo privado de pequeñas cosas relampagueaba con los últimos remanentes del día: las fotografías parecieron cobrar vida de pronto, bajo la luz cálida del atardecer y luego bajo el blanco vacuo de los relámpagos plañideros, cuyos ecos parecían heraldos del agua, de los trabajos del agua sobre su mundo pequeño y privado, al interior de aquella habitación que por años constituyó el único espacio vivo de aquella casa; el lugar donde acumuló todo con el fin de permitirse un último esfuerzo por retener, si no los cuerpos vivos de aquellos a quienes amaba, al menos los rezagos que permanecían en esos deteriorados recuerdos. De nada sirvieron tales previsiones: el polvo se amontonaba hacía años ya y las fotografías se iban destiñendo conforme el tiempo avanzaba, como si el mismo color de las imágenes delineara de alguna manera el transcurso de las horas, los días y los meses, ya sin ninguna otra función que la de ser testigo silencioso del tránsito de Ana por la casa, sus pasos arrastrados sobre la madera de pisos, sus manos revoloteando igualitas a golondrinas perdidas, dejando huellas espectrales sobre la polvareda depositada en los muebles, tantos años transcurridos y olvidados, toda una vida que se resumía en las pequeñas cosas que se iban cubriendo de capas y capas de polvo y pelusa dentro de aquel dormitorio en el que pasaba las noches casi sin ser consciente de ello. Ahora la cellisca comenzaba a ganar fuerza, el sol estaba a punto de ocultarse y el dorado que hacía unos minutos inundaba la estancia se perdía ya detrás del manto de nubes negras que llegaban de otras latitudes a cubrir el cielo. Alguien se había ido, pensaba sin lograr determinar quién ni cómo ni cuándo; era indispensable limpiar el polvo, levantar las cosas, sacudir las imágenes, pero ella no tenía ninguna forma de hacerlo, ni tenía tiempo para llevarlo a cabo, porque alguien que tenía que estar ahí en ese momento de zozobra mientras la tormenta se aproximaba con fuerza, no estaba, y en su lugar quedaba un vacío helado, como cuando se deja un vaso lleno de agua helada sobre un mantel y el frío se condensa y transpira el vaso y al retirarlo solamente queda un rastro de humedad sobre el mantel, apenas un territorio circular que desprende un aire gélido fácilmente perceptible al pasar por encima la palma de una mano. Un relámpago y luego el retumbar de un trueno, y Ana cerró las ventanas y salió del dormitorio, bajó las escaleras y se dirigió al jardín delantero, donde las gerberas crecían bajo el cielo oscuro,



porque alguien faltaba, aquella certeza se incrustaba cada vez más hondo en su cuerpo. Desde la ventana del dormitorio había visto la lluvia arreciar contra las cosas del campo y más allá, en la penumbra que se extendía bajo el robledal, la silueta de un hombre, de pie contra los troncos negros, que apenas se encendían con las descargas que reventaban el aire sobre la montaña. ¿Hay alguien?, gritó, descalza y calada hasta los huesos, y de pronto tuvo la sensación de que todo lo que estaba sucediendo en ese momento ya había ocurrido antes: ella gritando en la amplitud del campo, mientras la oscuridad se revolvía en los lindes del bosque, cerca del camino que bajaba al pueblo, pero de igual manera gritó, yo te vi, yo sé que estás ahí dentro, ahí detrás, oculto como un ladrón, que es lo que eres, Jorge Poaquiza, yo sé que estás ahí, sal de una vez, cómo era posible siquiera que recordara ese nombre de entre todas las cosas que se le escapaban y se perdían, que parecían irse con el aguacero helado, háblame, dime si estás ahí, te acabo de ver por la ventana, no hay nadie más, qué haces ahí, oculto como un ladrón, que es lo que eres, Jorge Poaquiza, ven y háblame, dime algo, sal de dónde sea que te escondas, porque te vi, desde arriba, desde la ventana del dormitorio, abre los brazos, abre las manos para que sientas el sol, la oscuridad hablaba, algo hablaba, y ella insistió, mientras el agua le escurría por el cuerpo, se le metía en los ojos y en el interior de la boca al momento de despegar los labios purpuras, como si le creciera una flor en el rostro, una orquídea de densos pétalos, pero era por el frío, por el turbión que aumentaba su violencia, yo sé que estás ahí, despegas los brazos, no te agarres así, hace calor, mira, el sol brilla y la yerba amarillea, abre las manos y déjate caer, era diciembre o enero, o algún mes cuyo nombre se le escapaba, pero abrió los ojos, se limpió el agua de un manotazo y al pasar los dedos sobre la piel la sintió tirante, levantada, como si de repente le empezaran a crecer montañas en el cuerpo, pero era por el frío, por el turbión que aumentaba su violencia, por la voz que emergía de la oscuridad y le llegaba amortiguada por el aguacero, pero que de todas maneras oía, yo sé que estás ahí, en alguna parte, y se encaminó hacia el linde, abriéndose camino entre las plantas altas y los charcos que se formaban en las concavidades de la tierra, yo sé que me mientes, que no hay calor, que lo que sale de tu boca es un engaño, Jorge Poaquiza, que no hay calor, se abrazó el cuerpo de nuevo para repeler el frío, aunque el gesto era inútil, torpe, y así se entregó a la búsqueda. Entró en el territorio de una pesadilla que se repetía de manera incesante, mientras la casa tras ella parecía observar sus intentos torpes por alcanzar algo, porque ella estaba segura, alguien faltaba y en su desorientación era capaz de percibir el vacío, el espacio dejado en la penumbra del dormitorio, donde hacía poco relumbraban los cañones de unas carabinas, las del padre, pero en las manos equivocadas,

en el cuerpo errado, hálbame, Jorge, hálbame y vuelve, todavía hay espacio, y le parecía gritar en un fondo de aire denso y caliente, gritar sin ser capaz de determinar hacia dónde se dirigía el grito, porque empezaba de nuevo a borrarse. Él le decía que era por el fuego, por el calor, tienes que abrir los brazos, ¿entiendes?, tienes que dejarte caer, tienes que abrir los brazos, Ana, estoy aquí, ¿entiendes?, no pienso marcharme, pero abre los brazos, su voz, la del Jorge, salía de la oscuridad, déjate ir, Ana, no me voy, te lo prometo, solo déjate ir, no tengas miedo, ¿entiendes?, aquí estoy.

**Tercera parte**

## XXII

Todas las mañanas, la abuela se quedaba de pie en la puerta de mi cuarto durante horas y me contaba que veía ángeles a mi alrededor. Sí, ángeles, decía, ángeles volar o flotar o pender, qué sé yo, ahí como jugando a la ronda, serafines decía ella, pura pluma, ¿me estás oyendo, Cipriano?, te estoy contando lo que me decía la abuela, de cómo ya entonces veía que estaba hecho para el páramo, que mis brazos y mis piernas parecían haber salido de un molde hecho para encajar en los lomos de los caballos, eso decía la vieja, que había nacido pa' montar, pa' la montaña. Ya la luz se derramaba por las ventanas e iluminaba los retazos de sábanas y colchas y también retazos de las ropas arrugadas de los chagras, porque habían pasado la noche vestidos debido al frío, y las botellas vacías de guaro apiñadas contra los muros, con los remanentes al fondo. Ya sabes que no me gusta que me llamen Cipriano, le dijo el otro mientras se estiraba bajo las colchas, pero así te llamas, pues, Cipriano, con todas las letras, no jodas, así te pusieron de nombre tus taitas, si quieres culpar a alguien culpales a ellos que te bautizaron así, que te pusieron ese nombre, y qué significa ese nombre por cierto, mijo, qué significa. Y yo qué chucha sé qué significa, exclamó el otro, ya cállate, hablas demasiado y es todavía muy temprano para esto, Chagrita, vamos, ya no hables, pero el Chagrita se levantó y le quedó viendo como si tuviera hambre, y Cipriano por un momento creyó que se lo tragaría, que abriría la boca para tragárselo entero, no habían probado bocado desde la noche pasada, y sentían el estómago vacío, seco, estrujado por el alcohol. Por fin se levantó y se puso la ropa a toda prisa, vístete rápido, Chagrita, que nos espera el patrón, nos espera todo el mundo allá en la casa grande, hoy vamos de cacería, si sabes, ¿no?, hoy es el día en que acabará el problema de la desaparición, del robo absurdo, ya encontraron muerta a otra de nuestras vacas, tenemos que irnos. Salieron en los caballos y bajaron la montaña helada a través de caminos casi desvanecidos, en el desierto extenso del páramo donde a ratos nomás podían ver a las liebres saltar entre la gramilla y los cojinetes de yerba gruesa; las liebres que desaparecían cuando escuchaban a los caballos acercarse levantando con las patas las fracturas de hielo y escarcha asentadas durante la noche, de forma que tenían los cascos helados, llenos de gotas de agua y de trozos de hielo como granizo molido, y que ya se

despegaban después, mientras iban por Yanahurco en dirección a la casa grande. Eso es lo que recuerdo, decía la carta, que bajamos desde la Garganta de Fuego, luego de pasar la noche ahí, para encontrarnos con Don Rogelio Mena allá en la casa grande, porque era el día, nos había llamado, como si fuéramos almas a la espera de ser convocadas, de escuchar el canto del gallo, y cuando llegamos después de atravesar la montaña, vimos a los grupos de jinetes ya listos, con los zamarros y los revólveres en el cinto o en los arneses bajo los brazos, con los sombreros sobre las cabezas y los ponchos ondulantes en el viento. La mañana era gélida todavía pues era temporada de lluvia y el agua se congelaba por las noches, de modo que los hombres se sacudían y los caballos andaban inquietos, trataban de espantar al frío, ya preparados para salir, como si esperasen para la gruesa, eso me acuerdo, que cuando el patrón apareció sobre Soldado desde atrás de los establos, la cháchara se apagó y los chagras hicieron silencio como si algo sobrenatural hubiera ocurrido, la desaparición del aire, de las voces, del sonido y de cuánto les rodeaba. Ellos llegaron casi al mismo tiempo que el patrón, y permanecieron en silencio junto a los demás miembros de la comitiva, para que nadie notara que hedían a trago, que se habían bebido el puro la noche anterior, como unos tontos rematados, y que ahora no tendrían más que pedir a los demás unos bocados que los mantuvieran calientes en el páramo frío, mientras peinaban los campos en busca de los cuatreros. La semana pasada se llevaron una res, las contamos varias veces, fuimos hasta el campo alto y volvimos, buscamos por todas partes, decía el patrón, pero ni rastro de la res, ya solo cuando atardeció encontramos los huesos, las vísceras, comidas por los perros, estaba despostado el cadáver, se llevaron el lomo, los muslos, la carne, dejaron el cuerpo para que se lo comieran las alimañas que viven en el páramo. Fueron los cuatreros, dijo alguien, y los chagras aullaron, preparados en la expectación de la cabalgata, de la marcha, ahí en Yanahurco, en las hectáreas inmensas, casi inconmensurables de las que era dueño Don Rogelio Mena, fueron los cuatreros, siempre los cuatreros, gritaron, alzaron las carabinas, las pistolas, rugieron al campo, porque odiaban a los ladrones de ganado, pero peor era aquella profanación de las tierras de pastoreo: dejar un cadáver bajo el cielo andino, abierto a la noche, peor era eso, una afrenta, un desafío a la propia mamá. Se pasaron las botellas de puro, de caña, de guaro, y nosotros también bebimos, a pesar del chuchaqui, de la resaca de la noche pasada, bebimos para calentarnos, el Chagrita también chupó como un campeón de la botella del Suco, como un jinete bravo, y con las lenguas transformadas en pozos de fuego esperamos al grito del patrón, impacientes por salir. Habíamos escuchado rumores, chismes sobre sombras en el páramo, detrás de los

pajonales y los altísimos sigses; matorrales que ocultaban entradas secretas y se decía que se trataba de un grupo numeroso, de varios bandidos que se adentraban en la montaña cruzando los límites de Yanahurco para robarse a las reses y a los terneros, o eso es lo que oíamos, eso es lo que decían, que mataban a los animales ahí mismo para sacarles la carne que luego bajaban a vender en el pueblo, no solo en Bilbao sino en los pueblos aledaños, en Pailitas y Yuibug, e incluso en Baños, más allá al norte, del otro lado del volcán, eso es lo que hacen los cuatrerros, roban y matan a nuestro animales, vamos, compañeros, a buscar justicia. Salimos por el páramo, peinamos la montaña, en cierto momento el Chagrita se reclinó sobre la grupa del caballo y, por Dios, pensé que te ibas a caer, que te me habías desmayado, decía la carta, que la noche de juerga comenzaba a afectarte a vos que eras de los mejores jinetes de Cerro Negro, y entonces te grité, ¿te acuerdas, Felipe?, te grité para que no te cayeras del caballo y me regresaste a ver y me dijiste que de dónde chucha se habían sacado mis taitas mi nombre, no dejo de pensar en eso, dijiste, Cipriano, qué nombre para raro, mijo, qué nombre para feo, y el Suco Vargas se cagó de la risa y yo me cagué de la risa también porque no me imaginé que ibas a salir con una cosa así de pendeja, tú y tus pendejadas en el peor momento, en medio de la búsqueda y así, todavía íbamos medio plutos, medio estúpidos por tanto guaro y tanta guanchaca, que no me digas así, careverga, te grité y te reíste y entonces me acordé de esa mañana allá en el refugio, echados ambos sobre el jergón viejo y deseé que aquello se repitiera, que fuésemos de regreso a la Garganta a seguir bebiendo hasta perder la consciencia, así como había pasado la noche anterior y la anterior. Al mediodía nos reagrupamos por los lados de la vega, en la parte más baja de las tierras del patrón por donde cruzaba el arroyo, y ahí nos quedamos medio abatidos, medio brutos por el frío, aunque en esas tierras un poco más bajas zumbaban los tábanos y las moscas y hacía más calor, pero parecía que lleváramos el invierno en los huesos, en las manos y las uñas y en los pies, de modo que encendimos un fuego pequeño para calentarnos mientras nos llevábamos algo a la boca, unas cuantas viandas que cada uno acarreaba en las alforjas, pero que los chagras compartieron con nosotros sin quejarse, no es buena idea lo del fuego, dijo alguien con la boca llena, pero nadie pronunció ni una palabra más, porque las nubes se agolparon de pronto sobre nosotros y comenzó a lloviznar, una cellisca fina y molesta que en poco tiempo nos empapo los sombreros y empapó el pelaje de los caballos, de modo que apagamos el fuego y el humo negro ascendió contra el cielo que se iba poniendo negro también. Vámonos, chagras, gritó el patrón, y entonces montamos y cabalgamos de vuelta, de regreso a la casa grande, a los rancheríos de cada uno, en esas

tierras enormes, abatidos por la imposibilidad de encontrar nada, ninguna pista, ninguna huella que nos llevara a los cuatreros. El Suco Vargas cabalgó con nosotros durante un rato y cuando llegamos a los potreros se perdió entre las construcciones, más allá, llevando a Mariscal de las riendas como si intuyera algo, lo que pasaría después, Chagrita, esa noche de vuelta en la Garganta, cuando salimos juntos al caer el sol, con el aire que rezumaba humedad pero escampado finalmente, para intentar encontrar algo que nos llevara cerca del escondite de los cuatreros, son escurridizos estos hijueputas, dijiste, Chagrita, y yo me reí, y subimos la montaña de nuevo en los caballos mientras oteábamos en la distancia y en los despeñaderos cercanos algo que nos indicara la presencia de los bandidos, de los ladrones de ganado; cruzamos las guachimanías que de poco habían servido como lugares de vigilancia, aunque nunca faltaba algún chagra que pasara la noche en una de esas y al día siguiente no tuviese empacho en asegurar que no había visto ni escuchado nada, pero los cadáveres aparecían, y aunque hablaban de que eran los perros ferales los que mataban al ganado, en la hacienda sabíamos que eran los cuatreros. Venían con sus escopetas, con sus lazos, con sus balas, y hacían retumbar el aire sobre la montaña de tal manera que provocaban estampidas, pero los animales a los que disparaban caían muertos enseguida, todos lo sabían, las heridas de perdigones en las cabezas, en las patas, que muchas veces eran destrozadas por los cepos que enterraban y cubrían con la paja del páramo. ¿Qué haremos si los encontramos?, le preguntó el Irqui y el Chagrita se quedó callado, siguió cabalgando durante un buen tramo en silencio hasta que pareció de pronto determinado, los vamos a matar, dijo, y se alzó el poncho, claro que sí, el patrón va a estar contento, les vamos a llenar de plomo, tal como quisiera el patrón, que es como un segundo padre para mí, decía el Chagrita y debajo del poncho destelló el metal de un revolver que no era suyo, por Dios santo que no era suyo, jamás se lo había visto, ¿te acuerdas, Felipe?, decía la carta, que te dije que nunca había visto que tuvieras algo así, nunca, pero tú hiciste como si se tratara de una tontera, de una insignificancia, ¿cómo crees que vamos a matar a los cuatreros?, dijiste, da igual de dónde lo saqué, si lo importante es tener cómo defendernos, cómo defender al ganado que esos hijos de puta se roban, vamos, antes de que se haga más oscuro, dijo y se bajó de nuevo el poncho rojo ocultando el revolver. Cabalgamos durante un par de horas por las laderas, miramos con minuciosidad las huellas, los cúmulos de yerba aplastada por pisadas, por las patas del ganado, de los caballos, de los animales del páramo, y poco a poco, mientras el cielo se oscurecía fuimos acercándonos otra vez a la vega, donde el rumor del agua era claro y diáfano en mitad del ulular del viento. Las corrientes eran cada vez más frías;

bajaban de lo alto del volcán, de las nieves perpetuas que se agolpaban en su cima helada, a veces tan claras las nieves, tan bastas contra el cielo azul que parecían diamantes engarzados en lo más alto del mundo, pero ahora mientras cabalgaban la cumbre permanecía oculta, apagada detrás de un cerro de nubarrones grises y más aún todavía, por la penumbra que se insinuaba ya en el apagamiento de los colores de las plantas, de las piedras, en el desvanecimiento de sus propias formas en la amplitud de Yanahurco, como si el mundo fuera lentamente destiñéndose y perdiendo el color, tendríamos que volver, dijo Felipe de pronto sin dejar de mirar alrededor de los sitios donde el caballo asentaba los cascos, deberíamos regresar, está oscureciendo rápido, no es buena idea cabalgar en la noche, lo sabes, podemos continuar de nuevo por la mañana, el patrón dijo que retomaríamos la búsqueda cuando el clima mejorase y mañana saldremos de nuevo con los demás chagras, por ahora vamos. Cabalgaron de regreso mientras el sol continuaba su lento declive detrás de la cordillera occidental; salieron del valle y se toparon de vuelta con las altas barrancas, con las faldas rocosas de la montaña y los desfiladeros estrechos a través de los cuales solamente se podía escuchar un ruido blanco constante, como el del agua al correr sobre lechos rocosos, y también el cantar de la ventisca que ganaba intensidad y que ya silbaba entre los intersticios de piedra, entre las ramas de los árboles mientras arrastraba los fragmentos de piel de los yaguales y los hacía girar en el cielo alto del anochecer. La Garganta apareció detrás de un peñasco cuando ya casi la oscuridad era completa; ellos desmontaron y guardaron los caballos en los viejos potreros más allá del refugio, con suficiente paja, comida y agua para que pasaran la noche, luego entraron en la casa y cerraron las puertas y las ventanas, encendieron una lumbre en la chimenea de hierro y se sentaron con la botella de puro que habían dejado ahí nomás por si acaso, así había dicho el Chagrita la noche pasada, dejemos una botella entera nomás por si acaso, por si regresamos pronto y no tenemos nada que chupar, entonces abrieron la botella y bebieron de pico, y hablaron durante un rato sobre la dificultad de dar con los cuatros en la inmensidad de Yanahurco, es que las tierras del patrón son muy grandes, demasiado extensas, y es imposible estar pendiente de todo, dar con las cuestiones ocultas y complicadas. Los cuatros son huidizos, mijo, eso es lo que el patrón siempre me ha dicho, pero pronto los vamos a atajar, créeme, los vamos a coger, eso me dijiste, Felipe, decía la carta, que en algún punto los cuatros iban a dar un paso en falso y entonces los vamos a coger, ¿me oyes?, y el patrón va a estar contento. Se llevaron la botella a los labios y se rieron de su mala suerte, de que incluso el clima parecía querer favorecer a los bandidos y no a ellos, tantas reses muertas y despostadas y esos



infelices siguen libres en el páramo; campan a sus anchas esos malnacidos que le arruinan al patrón, sí, dijo el otro, al patrón, al patrón, a ratos me pregunto por qué nombras tanto al patrón, se me hace que quieres mamarle el huevo al patrón, jodido Chagrita, cómo se me hace que si el patrón te pide que le chupes la verga se la chuparías, te apuesto lo que quieras, parece que estuvieras enamorado del patrón, parece que quisieras que te preñe o algo, y el Chagrita que en ese momento se había quedado estupefacto frente a la reacción de su compañero, soltó la botella de puro y se puso de pie, mejor cállate, Cipriano, mejor cállate el puto hocico, no busques que te lo rompa, te saco la chuchca en este momento si no cierras la puta boca, el patrón es como si fuera mi taita, ¿entiendes?, cuando se escapó mi caballo hace años, pensé que nunca más iba a poder montar pero Don Rogelio me dijo que siempre iba a poder montar acá en sus tierras, que acá siempre habría espacio y lugar pa' mí, le debo eso, así que mejor no digas pendejadas, pendejo de mierda, que te juro que te rompo la cara, me vale verga que seamos panas, ¿entiendes?, deja eso, no me jodas con el patrón, que el patrón es de respeto, ¿entiendes?, tomó la botella de aguardiente y se bebió los restos de un trago, casi como si quisiera demostrar algo, que tenía los huevos más grandes quizá, que iba en serio, que era mejor que cerrara la puta boca si no quería que le rompiera los dientes uno por uno, no te sulfures, Chagrita, era una broma chucha, no aguantas nada maricón, ya mejor me callo, a ver si te tranquilizas y dejas de decirme Cipriano, que ya te he dicho que no me gusta que me digan así, dime Irqui, como todo el mundo, ¿tan difícil es?, ese otro nombre déjasele a mis taitas, pero vos no me digas así, ¿bueno?, que yo también te puedo sacar la pucta si no dejas de decirme Cipriano, Chagrita pendejo, Chagrita afrentoso, Chagrita resabiado, se miraron como con odio, como con ganas de decirse más cosas, ya sin hablar, y en el silencio de la montaña pudieron escuchar sus propios corazones latir como animales presos, ahí dentro del pecho, bien en sus propios adentros escucharon los corazones de cada uno, desbocados, infelices, llenos de dudas y preguntas, llenos de ganas de hacer algo, de terminarse la guanchaca, de atravesar ese puente de las penas, *puentecito escondido entre follajes y entre añoranzas*, se miraron durante un rato largo, la furia aun bullendo en las manos, en los callos duros y viejos de tanto montar, de tanto fabricar lazos con el cuero curtido de las reses, sus manos igualitas a cueros curtidos también, que impenitente tocarse con esas manos, con esos dedos, con las caras sudadas en el frío oscuro, *puentecito tendido sobre la herida de una quebrada*, podían escucharse mutuamente en la soledad de la montaña y en la vastedad de las alturas, de la sierra emergida de profundas simas, de placas, de núcleos, de tierras hondas en búsqueda constante por más aire, por más elevación, por más cielo, y ellos ahí con la

botella vacía de guanchaca, con el tambor de corazones tronando al ritmo del bailoteo en las llamas de las velas, de las espermitas que se habían llevado para ponerle al refugio y que hubiera luz y que se robaron de los santitos, *punte de los suspiros quiero que guardes*, escuchaban sus corazones, el crepitar de sus tripas, el rechinar de sus articulaciones que ya de a poco se iban helando en la noche invernal, como si doliera, *en tu grato silencio mi confianza*. Las llamas de las velas pintaban las paredes del interior del refugio de negro y dorado; parecían robarse el color del resto de enseres, de las cosas amontonadas, para devolver aquella ilusión extraña, y ya no podían escuchar nada más que el viento contra las paredes toscas de la caballeriza, esperando sin más que los caballos estuvieran bien, que el frío y el dolor les fuera leve, como no lo era para ellos, ¿alguna vez has tocado a una muchacha?, le preguntó el Irqui al Chagrita, de golpe, casi para hacer desvanecer aquel ambiente turbio, como si necesitara llenar el vacío con cualquier cosa para evitar que se desbordara y se volviera incontrolable, ¿sabes a lo que me refiero?, tocar una mujer, tocarla ahí en sus partes, en sus cosas, hacer el sexo, pues, Chagrita, no me digas que no sabes de qué hablo, no me digas que no sabes porque no te voy a creer, si se mueren por vos en el pueblo, dime la verdad, ¿has probado una mujer?, ¿te has comido una mujer?, estás en edad, Chagrita, no me sorprendería si me dijeras que sí, no, pero cuéntame, sabes que puedes hablarme de lo que sea, ¿te has acostado con una de esas guambras?, dime nomás, y el Chagrita, que de a poco se iba hundiendo en un silencio más arisco, más hosco, dejó la botella sobre la mesa y se levantó, no, nunca he tocado a una mujer, le dijo sin más, y se fue a echar al jergón, ya que no había trago de ninguna clase, era mejor pegar ojo y dormir, mañana tenemos que vigilar el campo de nuevo, vamos a dormir de una vez, no, le dijo, no he tocado a ninguna mujer, no he tenido oportunidad, ¿vas a seguir preguntando huevadas?, ya duérmete mejor, careverga, se acostó y apagó la vela de un manotazo, la hizo caer sobre el piso de tabla polvorienta y la cera se regó, salpicó la pared, los bordes del cubrecama, el plato de lata hizo un escándalo, y en la Garganta solamente quedó una vela encendida fluctuando de un lado al otro, como atacada de pronto por un baile invisible. La llama se movió mientras el Irqui Medina estiraba el cuerpo, se palpaba los testículos para después pasarse los dedos por la nariz, no te duermas todavía, Chagrita, le dijo, no te duermas, aun es temprano, no puedo dormir tan temprano, vamos, levántate, no seas tan hijueputa, despierta, pero Felipe había comenzado a roncar, o a fingir que dormía, de modo que el Irqui se quedó en el sillón, en medio de la lumbre que titilaba y manchaba las paredes de tablones, los cristales de las ventanas y las cortinas raídas a través de las cuales se podía ver la completa oscuridad en

el exterior, como una pantalla negra que hubiesen colocado calzando sus bordes con los de los marcos de la ventana, detrás de las cortinas hechas jirones, como un muro de miedo separando todo en partes, no quiero quedarme solo, pensó el Irqui, y escuchó el sonido que hacía la respiración del Chagrita en el silencio y la quietud del refugio, un sonido como de ascuas, porque somos ascuas al dormir, pensó brevemente, lumbré en el apagamiento, pero el sonido chocaba con los objetos, los hacía vibrar, y él también vibraba: los pechos, las manos, los ojos, él también vibraba como si quisiera imitar a la tierra, al viento, al aire que se colaba en las fosas nasales del Chagrita, que le inundaba el cuerpo para luego volver a salir enmohecido de él, de sus adentro, de su deseo, de aquel cuerpo que, despatarrado, dormía o fingía hacerlo sobre el jergón del refugio. Afuera comenzó a llover. Afuera, los grillos cantaban y su música se confundía con el estallido del agua sobre el techo de zinc del refugio, sobre las piedras y el suelo de tierra y yerba que pronto quedaría enlodado. El Irqui Medina se puso el sombrero y salió a la oscuridad mojada y en el exterior el frío montañés le arañó el rostro barbilampiño, la constitución delgada, los huesitos mustios, se embutió en el poncho y caminó protegiendo la llama de la vela con la mano izquierda hecha una cúpula, hasta los potreros, donde pudo escuchar el aliento de los caballos, su respiración profunda, el roce de crines y el olor a sudor caballuno, a aliento caballuno, un olor a yerba, a forraje, una emanación animal profunda que incluso en medio de la lluvia y el frío, le llegó cálida y serena; se asomó entonces al interior y los caballos levantaron las cabezas enormes y hermosas, y contra el resplandor dorado de la candela sus ojos oscurísimos le parecieron al Irqui pozos abismales, joyas engarzadas en bloques de ónix, cintilando en la oscuridad absoluta de los potreros, ellos saben, conocen el mundo, hablan el mismo lenguaje de la oscuridad, del frío, de la piedra, por eso al anochecer cierran los ojos y se dejan ir, por eso no temen, porque lo que son no está determinado por las formas sino por lo que llevan, lo que saben, por su forma de ser y estar con el mundo, se adelantó y pasó las manos sobre los morros enormes de los caballos, sintió el hervor de su respiración emerger de los ollares dilatados, como si llevaran dentro los mismos fondos ardientes del planeta, qué cosas sabrán que guardan solo en sus corazones, para ellos todo es normal, pensó el Irqui Medina, para ellos la vida es de una manera que no cuestionan y el mundo es un lugar simple. Dio media vuelta y regresó al refugio, bajo la lluvia que a ratos cobraba intensidad. Adentró se quitó el poncho mojado, las botas y se metió entre las mantas. Dejó que la vela se consumiera sola y cerró los ojos para no distraerse con las sombras que se proyectaban sobre los muros. Cuando los volvió a abrir más tarde, descubrió que el Chagrita estaba hecho un ovillo a

un costado de su cuerpo, ¿estás despierto?, le preguntó, pero no hubo respuesta, de modo que extendió la mano y le tocó el hombro, le tocó la cabeza, el cabello, le metió la mano entre la camisa y el pecho y descubrió la frialdad de la piel, el temblor imperceptible de su cuerpo al intentar mantener la temperatura, el calor que en esos rumbos se iba con facilidad, como el alma de algo muerto y estropeado, ¿estás despierto?, preguntó el Irqui Medina de nuevo, entre murmullos y entre murmullos recibió la respuesta del Chagrita, sí, escuchó, estoy despierto. Hacía mucho frío, el aire sobre nosotros estaba terriblemente helado, y esa frialdad te caminaba sobre la piel, sobre el pescuezo, pobre Chagrita, incluso bajo las mantas y las cobijas de alpaca continuabas friolento, y entonces te hablé, porque la vela se había consumido pude hablarte, porque era la noche y el mundo estaba en tinieblas pude hablarte, ¿recuerdas?, decía la carta, te dije que te acercaras a mí, que te abrazaras a mí, no es una cosa de maricones, mijo, te prometo, es solo para mantener el calor, como la vez pasada, pero la vez pasada no hacía tanto frío, Irqui del carajo, Irqui del demonio, la otra vez estábamos ebrios, levantó la mano y se giró, y el Irqui Medina sintió su aliento salir cálido de su boca y congelarse de inmediato en el ambiente, algo como el desengaño. Pensó en los caballos allá atrás en el potrero, en sus cuerpos juntos para sobrevivir, para retener el calor, ¿has visto lo que hacen los caballos cuando se enfrentan al invierno?, le preguntó al Chagrita y sin esperar respuesta ni confirmación de que la había escuchado le dijo que lo que hacían los caballos era dormir juntos, pegados los unos a los otros, para mantenerse calientes durante las heladas y los días de lluvias eternas, y que si eso hacían los caballos, eso era lo que ellos tenían que hacer, ¿entiendes, Chagrita?, no se trata de mariconadas ni nada semejante, dijo, es una cuestión de necesidad, de recurso, de que no te me mueras acá arriba, y mientras lo decía sintió que el Chagrita se aproximaba, que ponía su cuerpo bien cerca del suyo, casi con timidez, está bien, no pasa nada, no pasa nada, se abrazaron en la noche invernal, envueltos por el frío andino, y se quedaron quietos y muy juntos, pegados el uno al otro, sin poder mirarse por la oscuridad absoluta, era imposible que nos viéramos en la pesadez de la noche que ya se había colado dejando apenas los crujidos de los tablones, del tejado de zinc, los roces de las mantas y las ropas, y también el roce de nuestros cuerpos, decía la carta, en ese lugar, a esa hora, el roce de nuestros cuerpos y la certeza de un anhelo, de algo que se había retrasado por demasiado tiempo, que ya no se podía demorar más. Era: la mezcla de nuestros alientos, el tuyo preñado del olor del guaro, el mío cálido y con reminiscencias anisadas, era: tu temblor en los brazos, en las manos, tu temblor temblándome el cuerpo a mí también, como si de pronto ya no tiritaras por el frío implacable de la altura, sino

por otros motivos, la resistencia a dejarte ser, al abrazo, a la proximidad, el vértigo que se presentaba, inusitado, en ese jergón, a miles de metros de altura, solos, decía la carta, era el vaho que emergía de sus bocas y ascendía en la frialdad del ambiente sobre sus cabezas juntas y que ellos imaginaban cómo se desvanecía ya encima de sus cabezas juntas, que se iba yendo al cielo oscurísimo como su propio deseo, velado y prohibido. Se pegaron aún más, el Irqui tomó las manos frías de Felipe y las metió debajo de su camisa, las puso directamente donde comenzaba la piel, en el centro preciso de sus terminaciones nerviosas, y en ese momento se imaginó que era como un árbol, que sus nervios eran raíces y que acababa de echar agua, algo me crece por dentro, le dijo, algo que no sé qué es y que lleva tu nombre, Felipe, Fe-li-pe, Chagrita pendejo, mira lo que haces, las manos juntas sobre la piel caliente, los cuerpos juntos, tengo tanto tanto, algo crece en mi interior, una montaña con tu cara tallada en piedra, con peñascos que crecen como margaritas, como sigses, como chuquiraguas altísimas y rojas, a mí también me crecen montañas por dentro, le dijo Felipe antes de tocarse las puntas de las narices, de olerse en la oscuridad, de aspirar cada uno el olor del otro, y así con las narices tocándose se durmieron, se abrazaron; cerraron los ojos y decidieron soñarse y soñar las cosas que eran incapaces de decirse todavía, de hacerse todavía; se soñaron ebrios de guanchaca y ebrios de deseo, y las manos de Felipe se apretaron todavía más en la carne del Irqui Medina, como si quisiera cavar con ellas en ese cuerpo ajeno y que de sus dedos brotaran raíces malva que fueran entrando profundamente en la carne del Irqui Medina; raíces que engarzarán los órganos, las cavidades, los humores del Irqui Medina, quisiera quedarme aquí para siempre, le dijo dormido, entre dientes, porque ya estaba soñando el sueño de lo que no podían hacerse a pleno sol; ya estaba soñando con sus manos de enredadera alborotadas alrededor del vientre del Irqui, extendidas por el perímetro de su cintura, de sus brazos, de su sexo, la noche que caía oscura sobre los pétalos y las hojas perennes de los yaguales, sobre la mansedumbre de los caballos durmiendo el sueño tranquilo de quienes hablan el lenguaje de la tierra, y ellos dos sin poder hablarse, sin poder decirse con palabras lo que ya sus cuerpos dejaban adivinar en la tibieza de la madrugada bajo las mantas, en los movimientos ciegos de sus dedos, así durante toda la noche, el calor bajo el frío intenso, la desesperación y la espera, si hasta los caballos se pegan en la noche para mantener el calor, Chagrita, si hasta los caballos se pegan, se montan unos sobre otros, extienden sus patas, aprietan y se agitan, si hasta los caballos son capaces de eso, decía la carta, ¿quiénes somos nosotros para hacer lo contrario?, es el orden natural, lo sagrado, no huyas, no te escondas más, y en eso pensaba cuando la luz les inundó los

ojos; amanecía en las montañas y desde afuera les llegaba el rumor de cascos sobre la tierra, galopes y gritos de hombre en la distancia pero que ya se acercaban al refugio. El Irqui Medina se incorporó y fue a la puerta alisándose la ropa arrugada por la noche y a través de una grieta en la madera vio que en el exterior desmontaba uno de los chagras sin siquiera tomarse el tiempo de amarrar al caballo por las riendas, ¡Irqui!, ¡Chagrita!, gritó y se lanzó a aporrear la puerta, tenemos que bajar a la hacienda, pasó algo importante, algo grave, vamos, salgan de una vez, el patrón manda a llamar, manda a traer, los cuatrerros, decía agitado, como si en vez de haber venido a lomos de caballo hubiera venido corriendo todo el camino desde la casa grande, saltando las piedras y corriendo por el páramo helado de la mañana invernal, sobre las cochas y charcos y el agua empozada de la lluvia previa que se demoraba en las flores y las hojas de las plantas y en los troncos de los árboles, vamos, tenemos que ir, gritó el hombre y se montó enseguida en su caballo cuando el Irqui y el Felipe salieron del refugio y fueron a ver sus propias monturas en el potrero con toda la rapidez que la modorra les permitía a esas horas. Ensillaron a los animales con presteza y se echaron al galope de regreso a la casa grande; atravesaron con rapidez las barrancas y los largos campos de paja desperdigados en las faldas del volcán; las chuquiraguas que crecían en cúmulos pegados y compactos, y que bajo el resplandor del sol naciente parecían extensas manchas de sangre sobre la inmensidad de la sierra, contra el verde y el marrón de la montaña, ¿qué pasó, Patricio?, preguntó Felipe, pero en la cabalgata desbocada sobre piedra y yerba, con el viento contra el rostro, fue casi imposible que pudieran comprender lo que se decían, de modo que no insistieron más, se pasaron el borde del poncho sobre las orejas para mantener el rostro protegido del viento gélido y condujeron a los caballos por los pasos elevados, entre formaciones rocosas, mesetas de yerba y gramilla, y sobre ondulantes pastos de forma que subían y bajaban continuamente; dejaron por detrás una y dos y tres guachimánias, y en la distancia, en los pastos bajos más cercanos a la vega, del otro lado, mientras atravesaban un barranco de roca calcárea, vieron al ganado bravo pacer en grupos; manchar la yerba con sus cuerpos oscuros y marrones y blancos, cuéntame, Patricio, repitió Felipe sacando la boca de debajo del poncho y sin dejar de mirar al ganado bravo en el fondo de la vega, apenas unas manchas en la extensión del prado, ¡cuéntame qué pasó!, gritó con dificultad por el viento y por la rigidez de la boca expuesta al aire cortante de la montaña; sintió el frío metálico del aire y hundió de nuevo el rostro en el poncho, ya verás, dijo el otro, ya verás cuando lleguemos, vamos. Descendieron y luego volvieron a subir y después de un rato apareció la casa grande al fondo y los chagras en formación

contra el vallado de la arena del rodeo; desde lejos, Felipe pudo ver la figura indefensa de un hombre dentro del corral: los jinetes se habían congregado con las monturas alrededor de la cerca y cualquier intento de escapar era a todas luces inútil, por eso, pensó, el hombre dentro del corral no se movía, estaba quieto, como si entendiera que no existía ningún otro sitio en el mundo en el que pudiera estar en esos momentos, y mientras más se acercaban más les parecía que se trataba de un hombre joven: el pelo negrísimo ondeando en el aire frío del páramo, y su cuerpo desprotegido completamente, solamente cubierto por una camisa a cuadros que en esos rumbos era sin duda insuficiente. Tiritaba cuando llegaron. Por alguna razón el hombre se volvió al oír los cascotes de los caballos y levantó la cabeza, y sus ojos se cruzaron con los tuyos, Chagrita, lo recuerdo como si hubiera pasado ayer, levantó la mirada y te vio y sus ojos dijeron “al fin llegas”, como si te hubiera estado esperando mucho rato: un muchacho de apenas unos quince años, quizá un poco menos o un poco más, nunca podremos saberlo con certeza, pero en él se insinuó el peso de los años en el campo, en las barrancas; el cuatrero levantó los ojos y miró a Felipe, se pasó la mano por los labios y fijó la mirada nuevamente en el suelo de tierra del corral, la vida ya escapándosele del cuerpo. Ya era hora, Felipe, dijo el patrón, ya era hora de que llegaran, vos y el Irqui, que no sé qué mierda andan haciendo allá en la Garganta, siempre solos, siempre en sus vicios de mierda, acércate de una vez, que te estábamos esperando, ¿ves?, dijo el patrón mientras el chico desmontaba y se aproximaba al vallado del rodeo, ¿ves?, dile lo que me dijiste hace rato, so cabrón, dile lo que dijiste para evitar que te mataran mis hombres, el patrón terminó de hablar y el chico atravesó la barda y se puso de pie delante del cuatrero, que arrodillado, lo único que atinó a hacer fue levantar la cabeza; sus ojos de color de verde lo escudriñaron un momento tal vez demasiado corto, pero lo suficientemente largo como para que Felipe pudiera distinguir en la claridad de esa mirada el miedo y la resignación, habla de una vez, gritó Don Rogelio por sobre el bullicio de las conversaciones y los murmullos, habla, malnacido. Y el chico habló. Cuando terminaron, dos chagras corpulentos entraron en la arena del rodeo y se lo llevaron a rastras, y ni una sola vez el muchacho volvió la vista atrás, resignado como estaba, se dejó llevar, arrastrando los pies sobre el suelo de tierra y yerba aplastada por el paso de cien caballos, y, mientras eso ocurría, Felipe montó en su caballo, agachó la cabeza y salió a la montaña, seguido por la mirada de los demás jinetes. Yo te encontré más tarde, en los lados del norte, bajando a la vega donde el ganado bravo pacía sin miedo; te encontré y me senté a tu lado y me quedé en silencio porque sentí, con razón, que nada de lo que pudiera decir serviría de algo, decía la carta, nada de lo que dijera podría explicar

lo que el cuatrero había dicho, y luego de un momento en silencio, mientras el día avanzaba y las reses continuaban paciando sin muestras de haber saciado el hambre o el tedio o la vida misma, te volviste hacía mí y con una lentitud casi dolorosa me tocaste la mano, ¿te acuerdas, Felipe?, tus dedos se extendieron sobre la yerba hasta tocar los míos y ninguno de los dos volteó a mirar si no había nadie más alrededor, ninguna alerta, nada que inhabilitara ese instante en que las reses dejaron de pastar y alzaron los morros para ver el cielo y para echarse en la amplitud del campo, sus cuerpos inflamados y plácidos sobre la tierra, y los caballos al rascar con los cascos los terrones de suelo negro, como si supieran, como si finalmente, en ese momento en que extendiste la mano para coger la mía, hubiéramos por fin hablado su mismo idioma, mírame, Chagrita, mírame y dime que todo va a estar bien, que no harás una tontería, lo que dijo ese guambra no puede ser verdad, lo sabes, promete que no harás una tontería, nuestras manos agarradas de una manera dolorosa y rara, porque en sí lo nuevo siempre es raro y doloroso, pero de cualquier manera esperado. Nos quedamos ahí sentados, dejamos que los caballos siguieran con su ritual de agachar los morros y arrancar brotes, y miramos el sol moverse por el cielo, sin sentir ni calor ni frío, ni hambre ni extenuación, solo éramos capaces de sentirnos mutuamente, las manos pegadas ya sin poder separarse estrechaban un pacto que se había realizado sin palabras de por medio, un pacto en el lenguaje de todas las cosas, encuétrame esta noche en mi casa, entra por el terreno de atrás y espérame en el establo, le dijo Felipe al Irqui Medina, entra sin hacer ruido, si puedes baja a pie, no lledes caballo, es mejor, así es más probable que nadie te oiga, ¿comprendes?, te espero allá, en la casilla, se levantó en ese momento, sus manos se soltaron y los caballos alzaron las cabezas, dejaron de masticar, el aire se detuvo un segundo y volvió a correr entra las flores. El Irqui lo miró montar en su caballo y perderse en la distancia y entonces pensó que eso, que él se quedara solo ahí arriba podría significar algo terrible, pavoroso, desprenderse así, pensó, de lo que apenas he sido capaz de rozar con los dedos, aquello esperado con tanta anticipación para que dure apenas un fragmento de segundo. Se quedó un rato más sentado sobre la paja con el fantasma del Chagrita a su lado, y vio con calma el vuelo de los curiquingues contra el cielo claro de la sierra, la aparición de un quinde entre los matorrales, los destellos tornasolados de sus plumas al batirse en retirada, entre las flores altas del campo, si yo fuera como un quinde, si yo tuviera alas, pensó, y luego ya simplemente no pensó en nada más, montó en su caballo y se fue a recorrer Yanahurco hasta que el sol cayera finalmente para encontrarse con Felipe en la caballeriza, por los lados, pensó, por los lados de tu casa, Chagrita, en esta soledad brutal de la noche y el



silencio montañoso, ¿acaso se oyen mis pasos, los trotes del caballo entre los árboles, la respiración gruesa que sale de sus ollares, que inunda el bosque?, yo tenía un cerro, una galaxia de árboles oscuros creciéndome por dentro, una corriente profunda, las raíces de un pumamaqui, una mano de puma arañándose por dentro, cuando ya la noche profunda me envolvía ahí atrás de tu casa, y lo único que era capaz de ver era el resplandor dorado de las bombillas detrás de ventanas, del otro lado de cristales, Chagrita, y tu sombra que se escapaba gracias al resplandor dorado de la luz, la silueta de tu cuerpo, luces que se prendían y se apagaban y luego el ruido de pasos en el camino que baja por la chacra hasta la casilla, el ruido de pies al aplastar la hojarasca, ya cuando la noche se había tornado pesada e impenetrable, entonces te vi y pensé enseguida en escaquearme, me entró el miedo, tu entiendes, decía la carta, pero al final me quedé esperando que llegaras, que movieras la puerta del establo y me invitaras por fin a salir de las sombras, a entrar contigo, ¿estás ahí, Irqui?, preguntaste en susurros, como hablándole al viento, sal de una vez, es hora, estiraste la mano para apartar la oscuridad como quien aparta una sombra y yo salí y me dejé guiar al interior de la casilla, me dejé desvestir por tus manos, por tus dedos de hombre niño, me dejé hacer, como si aquello fuera una suerte de ritual: primero el sombrero y el poncho, luego el zamarro, las botas, los pantalones, y cuando quedé llucho finalmente me cubrí el sexo con las manos, rojo de vergüenza y soledad, pero tú me miraste en la penumbra del potrero aliviada apenas por la llama bailarina de una esperma, no te tapes, Cipriano, no te tapes que quiero verte, y ya ahí yo me adelanté y bajé las manos, te quité toda la ropa que llevabas encima y con eso hicimos algo nuestro, un lecho sobre la paja y la alfalfa fresca donde nos echamos juntos, con los cuerpos adoloridos por la expectación, por la duda, cómo se supone que se aman así dos hombres, cómo consuman, cómo se tocan, era prohibido en la montaña, Chagrita, eso que estábamos haciendo, agarrarnos mutuamente los cuerpos, las nalgas, los muslos, las vergas duras, poner la lengua justo en aquel ojo húmedo que se deshacía en lágrimas diáfanas y densas cuando nos tocábamos los labios, cuando juntábamos las bocas y probábamos las lenguas que dentro de nosotros parecían cobrar vida y buscar algo perdido lo profundo del cuerpo, *ay de mi soledad*, pensó el Irqui en medio de la noche, mientras sentía encima el cuerpo caliente del Chagrita, y las gotas de sudor que iban rodando por la extensión de su espalda musculada, del pecho amplio y cubierto de un vello fino, *ay de mi soledad*, pero en ese momento la frase le produjo un estremecimiento que Felipe confundió con el placer de sus roces, ¿estás bien?, le preguntó mientras se sacudían, y el Irqui dijo que sí, que estaba bien, que nunca había estado mejor y le besó en la boca,

dejándole un hilo de saliva en la comisura de los labios que el otro limpio con el dorso de la mano antes de sonreír. Se había traído de la casa una pequeña radio a pilas que vomitaba un vallenato silencioso en una esquina de la estancia y mientras ellos se hurgaban en la penumbra, la música salía del altavoz y parecía flotar levemente sobre las cosas, sobre el fantasma del caballo muerto hacía tiempo, ¿esto está bien así?, preguntó el Irqui mientras intentaba introducirse en él, con el rostro perlado por el sudor a pesar del viento que lamía los tablones de la casilla ruinosa, no sé cómo hacerlo, dijo casi con frustración, y se limpió el sudor que le goteaba sobre la frente y le nublabla la vista, no sé qué hacer ni cómo, dijo abatido, pero Felipe lo silenció cubriendo su boca con sus labios; se sentó encima de su cuerpo con fuerza, sin pensarlo. Mientras el dolor le atravesaba como una espada desde sus adentros, en la radio Los Inquietos cantaban y *me niegas la lluvia, aunque me ahogue la vida*, y Felipe sentía que estaba atravesado en el cuerpo del Irqui, como si hubieran nacido de esa manera, pegados el uno al otro, *has negado que tienes otro amor y me engañas*, ayayay se quejó conteniendo la respiración para no hacer bulla, no sabía que esto doliera tanto, cabrón, no sabía que era así de doloroso, dijo Felipe con lágrimas en los ojos y ahí en medio del dolor al Irqui le pareció que nunca le había visto así, tan vulnerable y tan hermoso al mismo tiempo, cómo duele, pendejo, duele hartísimo, pero no solo era el dolor sino que además tenía unas ganas intensas de cagar, de desalojar el estómago con una urgencia que no había sentido nunca, me voy a cagar encima de ti, dijo Felipe y las lágrimas rodaron por sus mejillas, le empaparon el vello del pecho, los brazos, el vientre, las lágrimas cálidas y abundantes que se iban desprendiendo de sus pestañas parecidas a las plumas de un kuntur, así de largas y negras eran tus pestañas esa noche, Chagrita hermoso, pestañas como plumas de ave inmensa, y las lágrimas como huevos frágiles, diáfanos, rodando por las laderas de tu cara, cómo no haberte amado, porque era hermosa la hora, con la música y el canto del viento en los tablones, pasaban las nubes en lo alto como sueños y el Irqui las veía a través de las fisuras en la techumbre, bañadas de plata mientras en su vientre se mecía el cuerpo del Chagrita, suavemente para mitigar el dolor, las ganas de morir, la punzada brutal e interminable que se alojaba en algún punto interno del cuerpo. Así la mañana los sorprendió echados juntos sobre la yerba, desnudos y con los miembros revueltos, como si en realidad se hubieran pasado la noche luchando. Afuera escucharon el canto del gallo y mientras se estiraban no pudieron evitar mirarse y reírse; recordaron lo de la noche anterior: el dolor, la manera tan extraña en que el Chagrita le había cabalgado con una habilidad que anonadaba al Irqui Medina, como si en la cima de su vientre Felipe hubiese instalado una silla de montar, eres mi caballo, mi

montura, mi dominio; y también el éxtasis de los dos, la retirada, los restos de mierda, algo con lo que no habían contado pero que tampoco les preocupó, nada de eso era realmente importante si consideraban lo que habían hecho, será un secreto, le dijo el Chagrita al Irqui Medina, susurrándole en la oreja, y el Irqui dijo que sí, que claro, que tendría que ser un secreto, ahí arriba en la montaña nadie podía enterarse, nadie puede saber lo que hicimos, Irqui, nos puede costar caro, nos puede costar la vida, ¿cachas?, y esa mañana mientras se vestían con celeridad para salir a Yanahurco, Felipe se lo repitió, nadie puede saberlo, no hay manera de que nos escapemos del castigo que nos darán si la gente llegara a enterarse, es peor que ser cuatrero, Irqui, es peor que lo peor que puedas imaginarte, de modo que tienes que mantener la boca cerrada, es necesario no hablar, ni siquiera a tu amigo el Suco, ¿entiendes?, ni una palabra. El Irqui lo sabía, así como sabía que hacía bien en no mencionar la palabra cuatrero, en no recordarle lo que había ocurrido con aquel hombre el día anterior por la mañana, y que era una sombra constante en el semblante del Chagrita, no diré nada, mijo, no hace falta que me lo digas, lo sé perfectamente, lo sabía porque las leyes de la montaña y las leyes de Dios eran para todos, hombres y mujeres, allá en las alturas, y porque temíamos la mirada del patrón, esa mirada acerada y durísima que nos echaba de repente y que era la razón principal de que no hubiéramos regresado a la Garganta la noche anterior, decía la carta, era la razón de habernos encontrado en aquel potrero de mierda, triste y vaciado desde hacía años, Chagrita, porque era necesario no levantar sospechas, no hacer más cosas que pudieran llamar la atención, que pudieran ponernos en la mira de los demás. Salieron entonces sin hacer ruido y miraron la casa que estaba a oscuras y en silencio. El Irqui había dejado el caballo entre los árboles, más allá de la casilla y en la penumbra de la mañana abandonaron la casa y cabalgaron con rumbo a Yanahurco, mientras en el cielo se abría de a poco el azul y el blanco que se trazaban nítidos con el ascenso del sol sobre los cerros. Lo mejor será que no nos vean llegar juntos, le dijo Felipe al Irqui y un par de kilómetros antes de llegar a las tierras de Don Rogelio Mena, el Chagrita desmontó con la promesa de que llegaría en cuanto pudiera, y si te preguntan por mí di que no me has visto, que no sabes nada, eso mismo pienso decir, acotó el Irqui y echando una última mirada hizo andar al caballo al galope hacia Yanahurco mientras Felipe lo miraba desaparecer detrás de los árboles.

## XXIII

El muchacho estaba de pie y todos podían ver cómo le temblaban las piernas. Le habían atado las manos a un tronco previamente colocado en el centro del rodeo, alrededor del cual los chagras y las mujeres de Yanahurco se apiñaban gritando, y por cada arremetida del chicote contra la piel desnuda, una nueva barahúnda se levantaba llenando el aire helado de la hacienda. *Ama shua* gritaban algunos agitando las manos; otros solamente se limitaban a rugir, a pedir que aplicaran con más vigor el chicote contra la piel del cuatrero. Eso es por coger lo que no es tuyo, le había dicho el patrón mientras lo ataban al poste, que era lo que hacían siempre que agarraban un ladrón aunque no estuviera permitido, pero esta es la ley del páramo, le dijo a Felipe frente al cuerpo cubierto de ronchas y vetas sanguinolentas del ladrón, luego del flagelo y el castigo, el baño con agua helada y la ortiga sobre la piel, el robo es algo que no se perdona en el páramo, que no se perdona en ninguna parte, y esta es la forma correcta de enseñar a todos, en especial a los más guambras, a no ser amigos de lo ajeno, ¿comprendes lo que te digo, Chagrita?, este es el precio a pagar por coger lo que no te pertenece. Ahora Felipe miraba el cuerpo desnudo del cuatrero que yacía desvanecido contra el palo, con la piel de la espalda y las piernas hechas jirones mientras uno de los chagras más fuertes continuaba aplicando el chicote. El frío se hacía intenso en Cerro Negro; desde la cumbre helada del volcán bajaban ráfagas cada vez más fuertes y era claro que si el ladrón no moría por los golpes moriría por el frío, así que Felipe se bajó de la cerca y se aproximó a donde estaba el patrón mirando con ojos fríos lo que acontecía en el rodeo, ojos que no dejaban traslucir lo que pensaba o sentía, a saber, que le habían robado la carne de varias reses y quizá no tendría en sus adentros ningún ánimo de clemencia ni de perdón. Patrón, estaba pensando, dijo Felipe mientras restregaba las manos para que dejaran de hormiguarle, que a lo mejor si dejamos vivo a este nos pueda decir dónde se esconden los otros, quizá sea un buen intercambio por dejarlo vivo, ¿qué opina, patrón?, es buena idea, creo yo, pero Don Rogelio cambió de postura contra el vallado del rodeo y lo miró de reojo, como si cualquier cosa que pudiera decir el chico no valiese la pena tomarla en serio, después de lo que hicieron con mis reses bien pueden irse al infierno, Chagrita, no me vengas con

huevadas, ¿crees que no sé que lo que pasa es que dudas?, lo que te dijo ese cuatrero te ha puesto a dudar, han pasado semanas y sigues pensando en eso, sigues desconcentrado, no me jodas con cuentos ni pendejadas, lo que quieres es salvar a ese pobre infeliz, pero no va a pasar, más vale que te vayas haciendo a la idea. En la arena el cuatrero estaba en silencio; los golpes obraron su efecto y el cuerpo desmadejado yacía ahí, en un charco de su propia sangre, para que sirviera de advertencia: este es el castigo por robar, gritó el patrón sobre el tumulto de los chagras y los cuchicheos cesaron de inmediato, qué lo tenga claro todo el mundo, que esto es lo que se paga en Cerro Negro por robar la carne del ganado, hizo un gesto con la cabeza y dos hombres desataron el cuerpo del cuatrero y se lo llevaron de regreso a los establos, donde permanecía preso durante aquellos días. Felipe había escuchado las habladurías de las viejas y los hombres que a ratos se reunían alrededor del fuego, en las cocinas o incluso a cielo abierto, ahí en Yanahurco, a decir cosas como que los cuatros se preparaban para entrar a la fuerza y sacar al muchachito, ese pobre niño, dijo alguien, no es más que una criatura, pero los rumores más preocupantes eran aquellos que se regaban entre las gentes, de que los jinetes se aparecían cerca, como para espiar o para patrullar la zona, mientras esperaban cualquier descuido para entrar a rescatar al muchacho de una muerte segura. Sin embargo, el patrón no lo creía, ¿entiendes lo que te digo?, cualquier cosa que ese infeliz pueda decirte, Chagrita, va a ser como un veneno en tu cabeza y en tu corazón, olvídate de lo que pasó, déjalo correr, hazme caso, no prestes oídos a las palabras de un bandido, pero las dudas ya estaban ahí, las palabras del cuatrero habían hecho mella y la pregunta le reconcomía desde hacía días. Sabía que era preciso averiguar si lo que el muchacho le había dicho era cierto, pero eso ni siquiera el patrón podría entenderlo, solamente él que durante años había visto la desidia, el desapego, que conocía bien la molestia, el desamor, asintió con la cabeza y se retiró con el resto de hombres que ya se iban a sus respectivas faenas: unos a los sembradíos, otros a patrullar la hacienda, a herrar a los caballos, a fabricar sillas y lazos y riendas y cinchas con el cuero de las reses que esos hombres mataban y desollaban en Yanahurco y que era tan precioso como el oro, entiende de una vez, Felipe, que lo único que sale de boca de esa gente son mentiras, engaños, acusaciones vanas, que buscan desestabilizarnos, hacernos perder el equilibrio, cómo es posible que des crédito a lo que te dice un ladrón, no pensaba que fueras tan tonto, y Felipe que escuchaba con una mirada de cenizas en el pecho, dejó al patrón con un toque del sombrero y partió a la vega, del otro lado de donde estaba la casa grande, de cara al norte del mundo y se fue solo sin esperar a nadie, ni al Irqui Medina que había partido en otra dirección con el único

propósito de no levantar sospechas de nada, porque Felipe no podía imaginar lo que sucedería si el patrón o los demás hombres se enteraban de lo que hacía con el Irqui en las madrugadas de la casilla, atrás de la casa donde sus padres dormían sin saber. Condujo al caballo entre las barrancas de montaña, sobre los pajonales, a través de los caminos abiertos en las laderas del volcán a golpe de cabalgatas y a golpe de pasos, chaquiñanes que se habían abierto hacía tiempo por el paso de los chagras que ocupaban esas tierras antes que él y también por aquellos que las ocuparon antes que esos chagras, de suerte que los caminos eran en realidad los vestigios mudos que quedaban en la tierra de cientos de pisadas dejadas por hombres y bestias que hacía tiempo abandonaron el mundo, y que tan solo permanecían de ese modo para ser hollados por los de su descendencia, por aquellos herederos del páramo siempre frío, por sus propios pies. Durante el resto del día se dedicó a andar por los senderos de tierra y polvo, más allá de la falda norte del volcán y de regreso, por los lugares donde pastaba el ganado bravo: prados de yerba abundante y fresca por las lluvias, cruzados por riachos y pequeños arroyuelos que bajaban de la cumbre helada del volcán para irse a unir al río Chambo más allá, y a las demás vertientes de agua dulce de la cual bebían las reses y los animales salvajes que escapaban espantados apenas captaban el olor de los hombres o el ruido de los caballos en el camino. Al mediodía comió rápidamente lo que llevaba en la vianda y patrulló la zona de pastoreo por si encontraba alguna res herida o muerta, o el cuerpo de algún animal en los bordes del bosque donde los chagras instalaban cepos para los lobos y los coyotes, pero no encontró nada y cuando empezó a oscurecer arreó a las reses a terrenos más elevados antes de regresar a la casa grande. Vas a bajar a tu casa a pie y en la noche, le dijo una de las cocineras cuando lo vio llegar. En ese momento salía con un balde de sobras para alimentar a los puercos en su corral, detrás de las cocinas. Lo mejor será que te quedes acá en uno de los cuartitos, al patrón no le molestará, menos tratándose de ti, muchacho, ¿quieres que te prepare la habitación?, vamos, anda, pero Felipe negó con la cabeza y dijo que tenía que irse, que lo estaban esperando de regreso en casa, que le agradecía la atención, y la mujer se encogió de hombros como diciendo allá tú, chico, allá tú si algo te pasa ahí fuera en la oscuridad, cogió el balde y empezó a caminar pero Felipe la detuvo, ¿sabes qué pasó con el cuatrero?, le preguntó de golpe, sí, con el hombre que estaban castigando hoy en la mañana, en el rodeo, ¿sabes algo?, sigue donde siempre, dijo la mujer encogiéndose de hombros, es un hueso duro de roer, pero no creo que aguante mucho más, lo de hoy fue tremendo, no quedó en muy buenas condiciones, dijo y luego se fue con su balde; lo dejó solo en la oscuridad iluminada apenas por el resplandor de la

candela que salía del cuarto de la cocina y manchaba la pared de una tonalidad rojiza, ferrosa, como del color de la sangre que cubría el suelo del establo, en partes de la madera cruda. Lo único que puedo recordar es que así fue como te encontré. Sabía que irías allí en la noche, a averiguar algo sobre lo que ese muchacho te había dicho y que no habías conseguido sacarte de la cabeza, y no me equivoqué, ahí estabas Chagrita pendejo, le hablabas en susurros al cuatrero que ya comenzaba a pudrirse en vida después de la paliza de esa mañana; le susurrabas en el oído o lo que le quedaba de oído en el lado derecho de la cara y yo, desde la puerta del potrero, en medio del hedor caballuno y el hedor a bosta reseca que impregnaba el lugar, y también el hedor a corrupción, a carne podrida, con el miedo de que nos encontraran ahí los hombres del patrón o el patrón mismo, te pedí que nos fuéramos de una vez, que no valía la pena seguir con esa angustia, seguir escuchando las falsedades de ese tipo. Lo que te dije el primer día, cuando me agarraron tus compañeros, eso no es ninguna mentira, dijo el cuatrero postrado en el suelo, con las heridas del chicote cubiertas de paja y porquería, heridas con los bordes rojos que ya anunciaban sin pudor alguno la llegada de la sepsis, y cómo sé que no es mentira, le preguntó Felipe, cómo sé que no estás diciendo mentiras, pero mientras hablaba su convicción iba mermando ante la mirada del Irqui Medina y en especial en los ojos atigrados del cuatrero, unos ojos que al verlos le regalaban la imagen de los suyos propios, ni siquiera tú te crees eso, dudas porque sabes, no puedo decirte mucho más, tampoco puedo decirte dónde encontrarlo a él y a los otros porque tu lealtad está con el dueño gamonal de esta hacienda, lo siento, hermano, ahora vete, no hay esperanzas, el cuatrero cerró los ojos y tembló y aunque tú insististe, Chagrita, no volvió a hablar, como si al final hubiera aceptado lo que sucedería: el lento avance de la infección, la hipotermia provocada por el frío del páramo, si intentas darle algo con lo que taparse el patrón no lo verá bien, Felipe, te dije, no es buena idea, lo mejor es que se cubra con la paja o que se eche con uno de los caballos, pero entonces vieron el metal brillante de los eslabones que se cerraban en torno a su mano y supieron que el cuatrero moriría, que la mordedura del frío en la implacable noche andina sería su fin, yo que he vivido entre montañas desde guagua, dijo el chico entre dientes, como hablando para sí mismo, y ahora se me va la vida a la sombra del volcán, perdóname taitico, perdón, murmuró, perdóname, y volvió la cara hacia la oscuridad mientras Felipe y el Irqui salían del establo e iban por las monturas, vamos, es mejor que nos alejemos de aquí, no se puede hacer más, te dije, Chagrita, ya dejaste que te emponzoñe la mente, qué cosas no se habría inventado aquel hombre para retrasar su hora, te hubiera dicho cualquier cosa con tal de que lo hubieses

dejado irse a morir a otro lado, pero libre de ataduras, quizá para regresar donde los demás cuatreros a morir ahí, con ellos, el patrón estará furioso si descubre que dejaste que te envenene la cabeza, Chagrita, se pondrá hecho una furia y puteará contra ti y contra los demás chagras, pero tú no me oías, decía la carta, estabas perdido en un mundo de posibilidades infaustas, había ocurrido en tan poco tiempo y sentía tu confusión, el peso de los secretos y mentiras, ¿le viste los ojos, Irqui?, preguntaste de pronto y por un momento nos quedamos en silencio con el rumor del viento en las orejas, no ahorita en la oscuridad del establo, acotó, sino el primer día, cuando lo agarraron en la montaña, ¿le viste?, si no, volvamos ahora para que los mires, necesito que los mires, dijo y se regresó enseguida por donde había venido, silencioso y furtivo como una sombra, se escabulló entre las construcciones de ladrillo y bloque que se levantaban en silencio bajo la sombra de la casa grande, donde el patrón seguramente se estaría preparando para dormir. Los veré cuando regresemos mañana, Chagrita, si aún está aquí, no, míralos ahorita mismo, muy de cerca, ¿entiendes, Irqui?, míralos y luego dime qué es lo que ves, es muy importante que lo hagas, se metieron en el establo de nuevo y en la penumbra aliviada apenas por las luces del exterior, se aproximaron al cuerpo del muchacho que tiritaba violentamente. Mírame, cuatrero, le dijo Felipe de rodillas frente a su masa informe y maltrecha, y el chico, que no era mayor a tres lustros, no cabía la menor duda, levantó la cabeza como si hacerle le supusiera un esfuerzo colosal, y a la luz que se filtraba entre las franjas de los tablones, los ojos brillaron con una vida, Chagrita, con la fuerza salvaje de una vida que era evidente que el cuerpo ya no sentía, de modo que aquel brillo que se desprendía de su mirada era quizá, el último remanente de las fuerzas de aquel cuerpo, pero incluso entonces, viendo los ojos del cuatrero por segunda vez, el Irqui Medina supo que Felipe tenía razones de sobra para sospechar. Entonces se agachó, el Chagrita se agachó y yo le vi que estiraba la mano, un gesto inútil ciertamente, porque la estiraba hacía el pie del muchacho alrededor del cual se cerraba un grillete que sabría Dios de dónde lo habrían sacado y además, sabría Dios quién tendría la llave; estiró la mano casi al borde del llanto, como si ese sencillo acto intencional, el de tocar, fuera la prueba definitiva, como si la sangre llamara a la sangre o algo así, pero los dedos del Chagrita no alcanzaron el pie ni el grillete, ni parte alguna del cuerpo del cuatrero agonizante, porque en ese momento una sombra enorme apareció, surgió de entre la oscuridad que se aglomeraba en los fondos del establo y se plantó cerca de ellos, se impuso como una nube de tormenta, ¿qué chucha crees que haces, guambra de mierda?, dijo la sombra, y por un segundo el Irqui sintió que la sangre se le escapaba del cuerpo y se le salía por los poros



en forma de sudor helado, dio un paso atrás casi por inercia mientras el patrón apretaba los puños y los hacía crujir en medio del silencio brutal que su presencia había provocado, ¿qué crees que haces?, dijo y los caballos que dormitaban en el establo levantaron los cuerpos, alzaron los morros en las sombras, nerviosos e inquietos, y se pusieron a golpear el piso con las patas y a piafar. Felipe se levantó en ese instante, miró el cuerpo del muchacho herido, descuajaringado sobre el suelo sucio de la caballeriza, y luego clavó los ojos en el patrón, y yo vi esos ojos, decía la carta, lo que decían en ese momento, una suerte de desafío quizá, una chispa de rebeldía que pugnaba por salir y hacer mella, explorar en la cara del otro, pero que también se extinguió muy de prisa en la penumbra, bajo la sombra imponente de Don Rogelio Mena. Nadie dijo nada durante un momento, solamente escucharon los gemidos débiles del cuatrero, tendido sobre la paja, y ya no supieron si eran gemidos de dolor, o de frío, o si acaso eran suplicas mudas, te dije que no hicieras caso, te dije que lo olvidarás, pero no escuchaste, Chagrita, la voz del patrón era contenida pero se notaba, era fácil notar que del otro lado de aquella contención las olas de una furia terrible azotaban los contrafuertes, que aquellos muros se trizaban, y como si eso fuera la señal de lo que ocurriría a continuación, algo que de cierta manera permitiría que las cosas se mantuvieran iguales, aunque en el fondo no fuese más que una ilusión, un espejismo convincente pero vano, el patrón se movió y el brillo de los focos le sacó destellos al revolver que llevaba en el cinto. Mañana, dijo Don Rogelio, mañana vas a desear no haber nacido, hijodeputa, vas a desear no haber hollado mis tierras con tus pies, carraspeó y escupió sin misericordia sobre el cuerpo desnudo y desamparado del muchacho, sobre sus heridas sanguinolentas y la saliva cayó en la piel, resbaló por la espalda y goteó, viscosa, sobre la cadena que le aprisionaba la pierna cubierta de magulladuras. Son mis ojos los que tiene, es igual a mirar en un espejo, pobre de mí, pensó Felipe, son mis ojos, y antes de que el patrón pudiese hacer algo o siquiera descifrar qué era lo que ocurría, se abalanzó sobre la pistola, la amartilló con los dedos agarrotados por el frío, aguardó un segundo, apenas el tiempo suficiente para tomar aire y contraer el abdomen, para no flaquear en su determinación, y a continuación apuntó a la cabeza del cuatrero y disparó. El sonido de la detonación reverberó en el interior del establo junto al grito aterrorizado de los caballos y sus coces contra las maderas de los muros y tranqueras, pero cuando todo pasó, en el momento en el que el ruido se deshizo y solamente quedó el pasmo y el silencio, tú, Chagrita, tomaste el revolver por el cañón y se lo extendiste al patrón con el gesto incólume, con la expresión inmutable de alguien que simplemente se ha limitado a hacer lo que debía y no tiene que dar explicaciones, ni espera a que nadie

se las pida, y quizá el patrón, en mitad de su asombro, en medio de ese tipo de extrañeza que invade el cuerpo y se escaquea cualquier posibilidad de palabras, de poner en palabras la voluntad del cuerpo, a saber, aquel extrañamiento terrible y paralizante que parece robarse una a una las palabras, digo, quizá entonces se dio cuenta de que lo mejor era simplemente tomar la pistola, enfundársela de nuevo en el cinto y salir, pero al final no lo hizo, quiero decir, no hizo nada de eso, Chagrita, más bien se limitó a quedarse de pie ante el cuerpo tuyo y ante el cuerpo destrozado del cuatrero, ante su cabeza destrozada, como si no supiera qué hacer con todo eso, precisamente él, que siempre había sabido, espero que esto zanje de una vez este asunto, dijo Felipe con la voz firme, sin ningún titubeo o vacilación, y dejó el revólver sobre el suelo de tierra, a los pies del patrón, como una suerte de ofrenda extraña, y salió del potrero sin regresar a ver, sin volver la vista atrás para comprobar la situación de aquel otro cuerpo que ya no respiraba, que hace rato respiraba pero ya no más; salieron ambos dejando a Don Rogelio en la penumbra de la caballeriza, entre los suspiros y jadeos de los caballos y en el exterior se toparon con los hombres y mujeres de Yanahurco que habían acudido inmediatamente al escuchar el estallido del revólver pero que no se atrevían a entrar al establo. Los vimos, decía la carta, vimos las preguntas en sus ojos de noche, oscurísimos y ansiosos, interrogantes, pero tú, Chagrita, los atravesaste como se atraviesa la niebla, sin ver y deprisa, y ambos nos internamos en la oscuridad, detrás de las construcciones de madera de Yanahurco, dentro de las cuales brillaban las luces que develaban que la criatura de múltiples cabezas que era Yanahurco aún vigilaba, que seguía despierta, pero una vez más nada dijiste, y yo imaginé que dentro de ti se abatían cien mil caballos al galope, desenfrenados, porque aquello era lo más cercano a la desesperación, a los nervios. Cuando me aproximé temblabas, Chagrita, decía la carta; salimos de la hacienda y tomamos el camino de la montaña y seguías temblando, y yo nada dije, porque qué podía haber dicho que fuera mejor o más adecuado que aquel silencio extendido, qué podía haber dicho que fuera más coherente, porque lo cierto es que no existían palabras, no había nada que se pudiera decir que resultara suficiente. La noche estrellada se abatía sobre nosotros, sobre tu cabeza, Chagrita, a medida que avanzábamos por el sendero polvoriento, arrastrando los pies, porque llevábamos encima una pesadumbre aplastante, deberíamos volver, dijo Felipe de repente, no puedo dejarlo así, debo regresar, y la voz le temblaba de la misma manera que el cuerpo, tan distinta aquella voz de la otra con la que hubo hablado frente al patrón, ¿te acuerdas, Chagrita?, esa voz que salió de tus adentros igualita a un trueno, a un relampagueo feroz, espero que esto zanje de una vez el asunto, qué otra cosa podía hacer,

Irqui, qué pude haberle dicho al patrón, se sentó al borde del camino y el temblor se convirtió casi en un espasmo horrible, y yo me hincé junto a él, le puse las manos encima con delicadeza, estas manos que están duras de arrear el ganado y montar todo el día, se las puse encima, no podías hacer nada, Chagrita tonto, no hubieras podido hacer nada aunque lo hubieras intentado, llevábamos todavía el ruido del disparo en las orejas, como el eco de una hora infausta y terrible, pero Felipe levantó el rostro y el Irqui vio que lo tenía anegado en llanto. Tenemos que regresar, tengo que volver por su cuerpo, le dijo, pero el Irqui negó con la cabeza, le acarició la cara para limpiarle las lágrimas, no es buena idea, Chagrita, no es buena idea, volveremos mañana, ¿está bien?, ahora vamos, no es buena idea que el patrón te vea de nuevo, es mejor regresar mañana, pero al día siguiente, cuando fueron a los establos descubrieron que los hombres del patrón ya se habían llevado el cuerpo del cuatrero. Fue hace rato, mijo, le informó la misma cocinera de la noche anterior, cuando Basilio entró esta mañana para ensillar los caballos el pobre estaba ya tieso, mijo, del color de la cera, y entre todos tiraron pa'l norte con el cuerpo dizque pa' enterrarlo, pero quién sabe pues, mi bonito, si sería para eso o si lo dejarían botando nomás por ahí, el cuerpo del cuatrero quiero decir, así como cuentan que hacen ¿no?, con los cuerpos de las reses que despostan a escondidas, ¿no?, quién sabe, mijo, al patrón no le gusta esa gente, a nadie en realidad, y no se anda con contemplaciones, eso es lo que me dijeron en cualquier caso, que el patrón le pegó un tiro en la cabeza, mijo, un tiro de gracia de cualquier manera porque el pobre ya estaba más allá que acá, ¿sabes? Y que se llevaron el cuerpo para enterrarlo, eso me dijeron, que se lo llevaron lejos de aquí, dijo la mujer, de cualquier manera no iba a venir nadie a reclamarlo.

## XXIV

Las semanas se sucedieron, Chagrita, como en un lento trance. Por las noches nos encontrábamos siempre en la casilla detrás de la casa; aprendimos en poco tiempo los secretos del cuerpo, la razón de la herida, el calor que es capaz de desprender la piel cuando uno ama profundo. En Yanahurco intentamos no levantar sospechas, que pareciera culpa del clima, de la vida, de nuestros propios estados de ánimo, ¿por qué ya no van juntos?, preguntaban a veces, seguro se han peleado, seguro se les pasa en un tris, seguro esto o lo otro, y mientras tanto el Suco Vargas me hablaba de cosas al oído: que lo mejor era dejar esa vida miserable en el campo y viajar a la ciudad, conseguir trabajo ahí, ser libres de los lazos que nos unen a esta tierra, tengo un plan, Irqui, me decía el Suco, bajemos un día para Baños, y probemos suerte, veamos cómo nos va por esos rumbos, somos amigos, Irqui, hagamos esto juntos, y yo sin poder decirle que no pensaba irme sin ti, Chagrita, cómo decirle que no quería moverme de la tierra que tú pisabas, pero al final acepté, me dejé arrastrar por las palabras, por la promesa de una vida mejor lejos de la hacienda, de los rancheríos miseros de los alrededores, del pueblo y sus gentes atrapadas en un tiempo estático y asfixiante. Pensé que si nos iba bien luego podríamos irnos juntos, y con esa idea bajamos a Baños, a Penipe, a Pailitas, envueltos en mantones y máscaras, esto es muy simple, dijo la primera vez el Suco Vargas y se sacó el revólver del cinto, un armatoste viejo que solo Dios sabría de dónde había salido, no seas idiota, Suco, le dije, dijiste que sin armas, sin violencia, y ahorita me sales con esta mierda, guarda eso, huevón, que nadie nos vea con pistolas ni pendejadas, pero el Suco arqueó una ceja e hizo rebotar el revolver en la palma extendida de su mano, no seas maricón, Irqui, dijo, no seas maricón que no va a pasar nada, necesitamos la pistola para asustar, o qué, te da miedo una simple pistolita, que es más chiquita que la verga que te cuelga entre las patas, no te me ahueves ahorita, carajo, que estamos bien cerca de conseguir lo que queremos, y me habló así tanto, decía la carta, que bajamos a Baños al galope y nos sustrajimos el contenido de la caja de una tiendita de víveres ante el espanto de la dueña, ni siquiera hizo falta cargar el revólver, huevón, dijo el Suco, viste que no pasa nada, es solo para meter miedo, eso es todo, no seas tan marica. En total nos tocó de doscientos

mil sucres a cada uno y eso lo fui guardando allá en la vieja casilla, debajo de las tablas donde escondíamos las cosas importantes, no me gusta lo que estás haciendo con el Suco, dijiste Chagrita y tenías razón, a mí tampoco me gustaba pero igual te dije que sería solo un par de veces hasta reunir la plata suficiente, ¿para qué, pues?, preguntaste, no sé si te acuerdas, pero te dije que para irnos bien lejos del pueblo, de la montaña, lejos de Yanahurco, del patrón, de tus taitas y los míos, lejos de cuanto conocíamos, y entonces te largaste a reír y dijiste que cómo se me había ocurrido semejante disparate, nosotros lejos de la montaña, cómo va a ser eso posible, si no sabemos nada más que montar, no sabemos hacer otra cosa, no podemos tener más oficio que el de chagras, pero ya no insistí, te dije solo que lo pensaras y luego, en el calor de la casilla, nos desvestimos de nuevo, y duramos la noche entera entre embestidas mutuas, de manera que a la mañana siguiente estábamos extenuados de tanto insomnio, de tanta noche en vela, juntos con los brazos y las piernas hechos un amasijo, entremezclados ambos como si nos hubiera caído una bomba encima y aquellos cuerpos descuajeringados fueran apenas los restos de la explosión. Promete que no vas a seguir robando en los puebloS, Cipriano idiota, promete que vas a dejar de hacer esas mierdas, que no le vas a seguir el juego al pendejo del Suco; yendo entre las ramas de los robles, de los mortiños, yendo por el páramo a ver el ganado pastando en los prados, en la vega, en los sitios de pastoreo alto donde a los depredadores les era más difícil perseguirlos, promete, me pedías, Chagrita, y yo dije que sí, aunque seguimos bajando con el Suco Vargas cada vez más lejos, hacia el sur y hacia el norte, a caballo hasta que comenzaron a murmurar sobre un par de maleantes que atracaban montados en caballos y entonces tuvimos que movernos en los buses interprovinciales destartalados, en las camionetas blancas con verde, tuvimos que jalar dedo para llegar y para devolvernos al pueblo, conscientes quizá de que esto no podía durar para siempre, que estábamos arriesgando demasiado pero el dinero en las manos se sentía bien, daba seguridad y esperanza en un futuro distinto, lejos, en algún lugar donde pudiésemos estar tú y yo juntos sin problemas, pero esto no puede durar, Irqui, no podemos irnos, no puedes robarle a la gente, me dijiste un día, con la resolana sobre el cuerpo mientras mirábamos a las reses pastar cerca del arroyo. El día brillante le arrancaba destellos al agua y a las gotas de agua suspendidas de las hojas y la yerba, pero nada de eso era suficiente para mitigar la decepción de tu respuesta, nada de esto puede durar, y yo sentí que me hervía la sangre, que lo que habíamos pasado durante esas semanas que se alargaban demasiado, todas las noches en la casilla con la radio a pila resonando quedita entre las maderas, nada de eso te importa, te dije, ha sido solamente una forma de pasar el rato, de quitarte el

aburrimiento, como si así mataran el tiempo los demás chagras, Chagrita idiota, ¿qué pretendes?, que sigamos en esto para siempre, escondidos en el potrero ese de mierda que tienes atrás de la casa, ¿es eso?, no has pensado en lo que podríamos hacer juntos lejos de aquí, sin el miedo a que nos pillen, el miedo estará siempre en todos lados, el miedo es parte de nosotros, Irqui, ¿no entiendes?, a donde sea que vayamos, siempre será igual, lo mejor es que lo mantengamos en secreto y vivamos nuestras vidas como siempre, como si nada, no me pidas cosas que no puedo darte, que son imposibles de cumplir. Te levantaste entonces dejando un retazo de yerba aplastada y mustia y el sol brilló sobre tu cabello castaño cuando saliste de debajo de la sombra del árbol; brilló como si el mundo se burlara de lo que acababa de pasar, de mis magulladuras, y aun así pensé que no había visto nada más lindo en la vida, el brillo dorado, los haces de luz sobre tu pelo, el dolor en mi pecho que no remitía y que incluso parecía crecer, volverse enorme, crecer igual a una planta oscura de tallos ásperos, de modo que me paré y me lancé contra tu cuerpo, te cubrí de golpes y mientras lo hacía pensé que aquella era quizá la forma de romper lo que con tanta devoción había crecido en la fragilidad del secreto, ahí en las madrugadas de la casilla, en un silencio solamente quebrado por los vallenatos y las cumbias murmurantes que emergían de tu radio a pila, Chagrita idiota, Chagrita pendejo, qué soy para vos más que un juego, una diversión, una forma torpe de matar el tiempo, qué soy más que el tipo que te la entierra, que te hace gritar como una mujercita, como una nenita de mierda, ¿me dejas romperte la cara un poquito?, sentir que al romperte la carita, lo que siento se quiebra también, se triza y se hace añicos, mi amor, la sombra de lo que no debió ser nunca pero que irremediablemente es, yo voy cazando mariquitas por los lados del monte mientras vos me escaqueas la alegría, me destrozás, deshonras mi corazón, Chagrita imbécil. El Irqui lo golpeó con furia durante un rato hasta que brotó la sangre como un chorro y fue a parar sobre la yerba de la que se alimentaban las vacas; luego se detuvo, se incorporó y echó a andar por el prado hasta el lugar en el que habían dejado abrevando a los caballos. Los nudillos del Irqui eran pedazos de cuerpo abiertos, iguales a las reses que los cuatrerros dejaban botadas por el campo después de robarles la carne, jodidos cuatrerros de mierda, pensó, esto nunca debió ocurrir; montó en el caballo y entonces escuchó que Felipe corría hacia donde estaba; escuchó los pies sobre la yerba, el jadeo, el golpe de la mano con toda la fuerza en las nalgas del caballo, la carrera desbocada y el sabor de la sangre entre sus muelas cuando se cayó de la silla sin poder siquiera ahogar un grito, la puta que te parió, Chagrita huevón, no te basta con el corazón roto, también esto, también la boca repleta de sangre, los dientes movidos de su sitio, los huesos atormentados, salidos de sus ojos,

como una planta que bajo la luz ha crecido mal, torcida, sin remedio, se levantó y escupió la sangre y tuvo que hacer un esfuerzo para no abalanzarse sin más sobre él, para no echarse a llorar y culpar al mundo, al monte, a la fuerza de sus entrañas, de todo el desamor, qué cosa más hecha verga, ¿no crees?, le dijo el Irqui mientras se limpiaba la sangre con el dorso de la mano y una que otra lágrima, una que otra lágrima que Felipe vio fugazmente, apenas un suspiro, un resplandor de nada que enseguida desapareció bajo la piel magullada de sus nudillos, no digas que no te lo dije, que no te propuse el futuro y renegaste de él, que sea lo que vos quieras, dio media vuelta y fue a buscar a su caballo más allá, cerca del camino de tierra, donde se había puesto a arrancar la yerba con los dientes, y ahí montó y se alejó hasta que el prado quedó atrás y solo entonces pudo ser consciente de la verdadera magnitud de cuanto había ocurrido, la constatación de que Felipe nunca se iría con él a ninguna parte, de su renuencia y su obcecado deseo por permanecer en aquellas tierras donde nunca podrían estar juntos sino dentro de aquel potrero destartalado, solo ahí en ese lugar viejo y hediondo a polvo y melancolía, apenas un armario, una cárcel para los dos, un espacio de pocos metros cuadrados donde poder ser verdaderamente, pero no es eso lo que quiero, Chagrita estúpido, no es eso lo que deseo, no es suficiente para mí. Volvió a la casa grande y esperó. Era viernes y los curiquingues revoloteaban encima de los árboles como invitando a que los niños les lanzaran piedras con catanas y el viento los mecía de un lado al otro; a las aves y a las copas de los árboles verdes y amarillas. Se quedó un rato ahí cerca del rodeo donde apenas unas semanas atrás habían flagelado al cuatrero, antes de que empezara el verano y la cosecha en toda la región, pero aún las lluvias continuaban, aunque de manera más esporádica, sin tanta furia; el pasto colmado era verdísimo y fragante y el polvo se levantaba del campo en finas espirales que de lejos parecían el espíritu de las cosas al deambular, al salir de la tierra para luego simplemente regresar a ella. El Suco Vargas apareció poco después, por las caballerizas a donde la errancia había conducido al Irqui, sin dejar de pensar en Felipe y cuanto había pasado entre ellos, en la sangre y en el desengaño, podemos bajar hoy mismo, le dijo, podemos bajar e intentarlo allá por San José de Chazo, o más allá en Cubijés, tomamos un carro en la autopista y nos vamos juntos, como siempre, hoy mismo antes de que oscurezca, qué dices, Irqui, es buen tiempo, podemos ir juntos, hacer algo de plata para el fin de semana, comprar un poco de trago, irnos de fiesta al pueblo a buscar peladas, y al ver la expresión afligida del Irqui apuntó, ya quita esa cara, por lo que veo te peleaste con el Chagrita, ¿no?, eso es lo que te tiene así con la jeta colgada, no seas maricón, Irqui, mejor apúntate y vámonos, seguro

que el viaje y alejarte un rato de este sitio te hace bien, no puedes andar todo el tiempo de arriba para abajo con ese mocoso, por muy buen jinete que sea y la verga, no puedes andar besándole las patas nomás porque monta de la manera en que monta, nomás porque el patrón anda enamorado como gil del guambra mierdoso ese, mejor acepta, te va a hacer bien desprenderte un rato, viajar un poco por carretera, ver caras nuevas, aunque sea así un rato, salir de esta montaña, respirar otros aires, y así la tarde caía cuando el Irqui Medina dijo al fin que sí, que bueno, que fueran. Ensillaron las monturas, ajustaron las cinchas y miraron a los chagras aparecer de entre los pliegues del monte como náufragos que finalmente encontraran el camino de regreso a casa; los vieron acercarse en plena cabalgata, con las manos firmes en las riendas, los rifles cruzados sobre espaldas amplias y musculadas, viejas y encorvadas, los ojos perdidos en tanto verdor, en el éxtasis del puro, del guaro, de la guanchaca; venían de patrullar la hacienda, de revisar el ganado, de buscar en los terrenos indicios de presencias indeseables, pero el Irqui no pensaba en eso, sino en Felipe, en su retorno, de modo que montaron en los caballos y dejaron la hacienda, se alejaron lo más pronto posible por iniciativa del propio Irqui, quizá para asombro del Suco Vargas, para su asombro y deleite, es mejor, le dijo, así no nos coge la noche, no andamos por la carretera en la oscuridad, porque vamos en los caballos y en los caballos mismo volvemos, ya se lo dije al patrón, que nos llevamos los caballos; se calzaron los sombreros, se acomodaron los ponchos y los zamarros, las espuelas y las bufandas: eran chagras en busca de cosas que no se les habían perdido, las pañoletas les cubrían los rostros, las mejillas chamuscadas por el sol del páramo les borrarán las facciones, los rostros, de forma que así fueran por la carretera siendo simplemente eso: dos chagras, dos figuras incógnitas al galope sobre el asfalto y los chaquiñanes, dos jinetes de las alturas en pos de algo que no sabían descifrar. Quizá esto es lo que se supone que debo hacer, se dijo el Irqui para sus adentros mientras dejaban el pueblo y bajaban por los senderos de la montaña hasta los vados del río Chambo y la carretera e incluso más allá, entre sembradíos y terrenos interminables al borde del camino, quizá no tiene sentido postergar algo que está tan claro frente a mí, que el hecho último de mi vida es esto, la persecución de un imposible, el amor del Chagrita idiota, la idea de algo que crece con simiente en nuestros cuerpos, que se une, que se integra como una enredadera, que ya no se puede deshacer sin daño, sin romper algo importante, pero que es preciso, es necesario romperlo como es preciso romper todo, porque el mundo está armado de esa manera, de junturas y roturas, de cosas que se deshacen y dejan marca y esas marcas son las que establecen lo que somos, las que determinan la forma en que estamos hechos, pero es doloroso y ruin



y trágico, salir una tarde y dejar atrás el amor, el cuerpo, la casa, abandonar todo y ser uno nuevo en un paisaje viejo, como si apenas hubiera nacido en un trote, en un correteo animal, como quedarse sin casa, sin suelo, ahora podía entender la expresión tantas veces escuchada, me quedé sin piso, qué cosa más rara y más cierta, en ese momento me quedé sin piso por tu culpa, Chagrita idiota, decía la carta, y luchaba por no demostrarlo, porque mis ojos no delataran la tormenta que se abatía en mis adentros, ¿en qué piensas tanto, mijo?, los rostros cubiertos por las pañoletas como si estuvieran en el viejo oeste, el revolver en la cintura del Suco Vargas se asomaba de repente de entre los pliegues del poncho y el pantalón, con el sol pegando directamente sobre sus ojos, sus caras, sus escleróticas amarillentas, sus alientos densos por el guaro atrapados debajo de las pañoletas, no pienso en nada, Suco, no pienso en nada, pero con una lágrima brillante en la comisura de los párpados, esa pequeña acumulación que revelaba más de lo que el Irqui Medina hubiera querido, no pasa nada, es solo el viento que se me mete en los ojos y me molesta, es solo el frío, y el mundo, las cosas, el hecho mismo de nuestras fechorías, la culpa y la debilidad consiguiente que se queda en el cuerpo sin importar lo que hagamos. Llegaron a Cubijés cuando la noche era oscura, levantando el polvo del camino sin adoquinar que llevaba a la plaza mayor; saquearon una despensa, amarraron a la encargada a la silla tras el mostrador y cargaron en los caballos lo que habían arrebatado: en fundas plásticas, en lonas, atado con cordel y lazo para atrapar reses, para enlazar al ganado en la gruesa; a la mujer la amordazaron y le hablaron sin violencia, casi con compasión, quizá más compasión y arrepentimiento por parte del Irqui que del Suco, que se había sumergido en un éxtasis de saqueo y robo, embriagado como estaba por el dinero de la caja, por los fajos de billetes que tampoco eran muchos, pero que en su escasez prometían más de lo que ellos podrían llegar a tener en poco tiempo en la montaña. Regresaron a Bilbao casi al amanecer del sábado y se repartieron el botín a partes iguales, y cuando se separaron finalmente, en los caminos todavía umbrosos bajo el cielo de la madrugada, el Irqui Medina desmontó a la vera del sendero y apoyando la cara en el rostro alargado y tibio del caballo, se echó a llorar.

## XXV

Todo cuanto sabía del amor lo había aprendido en la casilla. Felipe solía decirle que ahí flotaba el fantasma de Bandido, sobre las camas de paja y yerba y la alfalfa que olía especialmente cuando hacía calor. Como si se tratara de una nube preciosa, el morro alargado, las crines como hilachas flamígeras, como hogueras blancas; sobre esto flota el fantasma de mi caballo, Cipriano, el que se perdió hace tiempo, que el patrón dijo que seguramente se habían robado los cuatreros, que madre dijo que se había perdido un día al saltar la cerca que delimita la chacra. Ahí también, en la casilla ruinosa, puso en palabras por primera vez lo que el cuatrero le había dicho ese día en el rodeo, frente a los otros chagras: que su padre se llamaba Jorge Poaquiza, que vivía en Yanahurco, en los entresijos del monte, y que eran hermanos, solo mira, le había dicho, no eres tonto, solo mira y te darás cuenta de que es verdad. El Irqui entonces dijo lo que él esperaba oír: los ojos, Chagrita, los ojos atigrados, cuentas verdosas y marrones, como si esos ojos se hubieran empantanado, como si se hubieran forjado en una marisma de puro verde, en las hojitas del aguacate, en la yerba del monte, en la piel de un limón, pero cómo es posible, nada de lo que Felipe decía le sonaba real, nada tenía sentido, era como si de pronto se cuestionara la estructura del mundo, de las cosas; la realidad dejaba ya de ser, se tambaleaba como un hombre con apunamiento, con soroche, ¿se lo has preguntado a tu mamá?, le dijo el Irqui y estiró la mano para tomar la del chico, pero Felipe no se dio cuenta y retiró la mano, se llevó los dedos a la boca y se mordió las uñas, una por una, hasta hacerse sangre, no, no se lo he preguntado, cómo podría, Cipriano, qué le voy a decir, mi papá siempre está en la casa desde que se lastimó la espalda, no sería capaz de encontrar el momento preciso, y además qué podría preguntarle, algo así como: ¿es verdad, madre, que mi padre es un cuatrero, que vive en las cuevas, que se esconde antes de robarle las reses al patrón? No hay manera, Cipriano, de hacer una pregunta así y salir indemne. Esa noche volvieron a acostarse juntos, después de un largo tiempo separados: el Irqui lo penetró en la oscuridad de la caballeriza y lo sintió palpar alrededor suyo; lo sintió eyacular con fuerza, manchar las tablas, la piel, el vello, y Felipe también lo sintió terminar dentro de su cuerpo, palpar dentro suyo y mancharlo al retirarse con un

espasmo que habría de predecir un sacudón, el fin de algo grande. Todas las montañas son una promesa de Dios, le dijo en la penumbra, revueltos en sus propios fluidos y eyecciones, con las piernas entrecruzadas y las mejillas encendidas, aunque no eran capaces de ver nada de ello; se limitaban a aprehenderse con el oído y con los dedos, y entonces el Irqui Medina dijo que todas las montañas eran una promesa de Dios de que un día los hombres podrían llegar a tocar el cielo, de verlo de frente, de preguntarle las cosas más acuciantes guardadas en el corazón, son como escaleras hacia una inmensidad que no podemos comprender, Chagrita, una cosa enorme y suspendida donde se escuchan voces, nuestras voces, repetir las preguntas que nos hacemos, que le hacemos a Dios. Aunque fuera difícil de creer, era extraño el derrotero de la conversación si tenían en cuenta la forma de sus cuerpos, la viscosidad de las pieles y fluidos, el olor a tierra, mierda y sudor que se elevaba y llenaba el vacío sobre sus cabezas; si consideraban lo que habían hecho: el dolor en las articulaciones por tanta grieta y desgarró, y por tanto vaivén, pero en ese momento quizá se convencieron de que precisamente por eso las montañas les pertenecían más que a ningún otro hombre en esas tierras, y una vez ahí por fin el Irqui Medina se sintió en paz, quizá puedas saber la verdad, preguntársela a él, decir: Dios, ¿quién es mi padre?, verbalizarlo, ponerlo en palabras e indagar en lo que el cuatrero muerto había dicho sin pudor alguno, demandar la autenticidad o falsedad de ello, pero Felipe le dijo sin empacho que si aquello era verdad no planeaba esperar toda la vida por saber la respuesta, ni por escuchar las voces de los hombres y mucho menos la suya propia en los ecos angelicales que colmaban la presencia de Dios, ¿comprendes?, lo que sea que tenga que pasar pasará, así ha de ser. En los días que siguieron aprovecharon los patrullajes por la montaña para intentar encontrar huellas, algo que les llevara al lugar donde se escondían los cuatros, quizá una marca, las rodaduras de alguna carretilla, impresiones con los motivos de las suelas de unas botas, nadie anda por estos rumbos con otro tipo de calzado, nadie se atreve a subir al páramo con zapatos inadecuados, en el frío de la altura, en el soroche, los pies cansados son el peor castigo, la condena más cruel, pero ellos se aventuraron a buscar las huellas, a mirar las piedras, los arbustos, los cantos rodados removidos de sus sitios primarios por el paso de muchos pies, o al menos eso era lo que suponían, ¿cómo era posible que rastrearán tanto sin dar con ninguna pista?, como si los hombres que despostaban a las vacas fueran gente hecha de aire, liviana, con la capacidad de moverse de un lado al otro sin dejar ninguna forma, ninguna alteración, más ágiles incluso que los perros ferales que por temporadas podían llegar a ser un verdadero problema. Son sin duda astutos, han aprendido el arte del desvanecimiento, del camuflaje,

es cada vez más difícil dar con ellos, y en la extensión de Yanahurco es aún más difícil, pero es necesario no bajar la guardia, porque crecen, crecen, crecen como la yerba mala, y entonces salían al amanecer y retornaban antes de que se pusiera el sol, con la angustia de lo desconocido acechando al ganado bravo, y en las mañanas volvían cargados con lazos y pistolas que el patrón les había dado para que pudieran tirar a matar, si ven a alguno no dejen que se les escape, es primordial aniquilarlos, borrarlos de la faz de estas tierras, como la plaga que son, pero en ninguna ocasión habían tenido la necesidad de utilizar aquellas armas, ni el Irqui ni Felipe, ni ninguno de los otros chagras habían tenido la necesidad de hacerlo. Llevaban las pistolas flamantes, nuevas, con los tambores cargados y helados como la muerte, nadie va a encontrar nada, dijiste un día, Chagrita, nadie va a saber nunca la forma de esos hombres, sus rostros perpetuamente exiliados en las sombras, la respuesta velada a una pregunta constante, imperiosa, si tan solo algo sucediera, recuerdo claramente esas palabras como si sonaran en este momento cerca de mí, si tan solo algo ocurriera que los hiciera salir de sus escondites, de sus cuevas, de los lugares donde se arrastran y esconden la carne, y salan la carne para después llevársela lejos, si tan solo hubieras sabido, decía la carta, que las palabras a veces pueden tener la potencia de una gruesa cabalgando en los campos, en las cimas de las colinas, esa fuerza pura y bruta que hace vibrar la tierra, el suelo y los sembradíos, incluso las fibras más fuertes de los hombres más corajudos, de los animales más salvajes, porque entonces era septiembre, empezaba el frío de verdad, los árboles perdían sus hojas cuando, en mitad de la intemperie el granizo estallaba contra los troncos y las ramas, y las vacas clamaban al cielo, se refugiaban, lamían los pedazos de hielo que se pegaban a sus pelajes antes de que se disolvieran y les tocara la piel de verdad, con toda la potencia del frío acumulado; era septiembre y las reses morían, los campos se borraban bajo mantos de invierno, el páramo se volvía más arisco, se transformaba en una extensión blanca porque las nieves perpetuas en la cima del volcán ampliaban sus dominios igual que los dedos de una mano que se abre y se dilata y busca; así cubrían las huellas, la posibilidad de dar con una respuesta, algo que aliviase los corazones y las mentes de los chagras, especialmente tu inquietud, Chagrita, siempre buscando por encima del hombro, bajo los cascos del caballo, en el horizonte o en la configuración de una piedra, las señales innegables de los cuatrerros, algo que pudiese servir como guía, el hilo rojo dentro del laberinto que finalmente te llevara a una conclusión, a una respuesta. Yo veo a los curiangues volverse locos sobre las copas de los árboles, a los cóndores merodear los campos suspendidos en los vientos, las alas extendidas, los cuerpos prestos para abatirse sobre la

carroña o retirarse definitivamente; todas las aves convertidas en efigies, en heraldos de algo terrible, como si estuvieran ahí para anunciar el futuro, para predecir la rotura o incluso para despistar, para que los chagras no dieran nunca con los cuatreros, como si el propio monte se los hubiera tragado. Así te escuché murmurar que ojalá pasara algo, lo dijiste, ojalá que algo ocurra, decía la carta, ojalá que el monte explote, que los haga salir de su escondite, que los ahuyente como la luz ahuyenta a las cucarachas en una habitación oscura, vamos a cabalgar, y salimos al galope por Yanahurco, los gorros y los ponchos insuficientes para protegernos de la borrasca, de las tormentas que aumentaban su frecuencia; el cielo completamente encapotado, sombrío, y nosotros sobre los caballos, entre las reses y los árboles mojados y brillantes, así durante días, mientras el invierno recrudecía en la montaña y las nieves perpetuas se alargaban, tocaban ya las tierras del patrón, llenaban el mundo de una capa de fango aguachento que se escurría entre los matorrales y que luego iba a unirse a los afluentes, a los arroyos de montaña, tornándolos violentos y estruendosos, y era ahí, en el vacío de la sierra, en los ecos de los desfiladeros, como si la montaña quisiera hablarles, decir algo, tal vez una verdad impostergable e ineludible; nos parábamos en las cañadas, sofrenábamos a los caballos y oíamos el borboteo del agua, el estallido de las cascadas que se despeñaban montaña abajo sobre las rocas del fondo, en la zona de desfogue del volcán; a ratos levantabas la cabeza, olisqueabas el aire, ese hedor mineral y húmedo que probablemente provenía del agua pulverizada sobre la piedra y de la piedra misma, desbastada por el caudal imparable, así levantabas la cabeza y olías el viento, ¿oyes eso, Cipriano?, voces, voces en lo oscuro, voces que salen de la roca, murmullos, palabras que salen y se van lejos con el agua, con la niebla lechosa, están adentro, están dentro de la montaña, los cuatreros, viven ahí fundidos con la roca, han aprendido a confundirse con la mismísima montaña, porque en el fondo somos de la misma clase, esta es nuestra tierra y por eso han aprendido a desaparecer, pero sus voces resonaban entre nosotros, Chagrita, las oíamos, flotaban entre las patas de los caballos, entre la yerba y atravesaban el estruendo del agua al caer antes de evaporarse ellas mismas y dejar apenas resonancias casi imperceptibles. Muchos días fuimos a los afluentes y a las cascadas; nos escabullimos tal como tú querías, Chagrita tonto, y patrullamos la hacienda armados con los revólveres del patrón y con las botellas de puro siempre a medio consumir, nunca llenas, siempre casi vacías por el frío y por la incertidumbre, por el dolor de no saber la verdad, tu dolor que era el mío también, tu errancia que era la mía también, y ya no solo por Yanahurco sino por todos lados, por los caminos de la montaña y por los lados del pueblo donde la gente comenzaba a dejar correr

las lenguas, soltaban sus habladurías a diestra y siniestra, el hijo de doña Anita es un borracho, un perdido, un mal chico, siempre acompañado por Cipriano Medina, el compañero de borracheras de Lautaro Vargas, qué pena cómo se dañan los muchachos, el alcohol que les dan en la hacienda, el mal ejemplo de los demás borrachos, qué pena y qué angustia, solos los dos, siempre los dos, juntos por los senderos de montaña buscando sabrá Dios qué cosas, arrastrando sus penas, sus dudas, pero lo que más pesaba era la pregunta, Chagrita, esa que no te atrevías a formularle a tu madre, el hecho último de su alejamiento, la imposibilidad de plantearla, de decirlo con todas las letras, qué pena y qué angustia decía la gente mientras íbamos a caballo medio ebrios, o mientras íbamos a pie, medio ebrios, tropezando con las piedras y las raíces, buscando siempre el ruido del agua contra las rocas, el viento que bajaba del volcán cargado de augurios, de secretos, y luego por las noches en la casilla, nuestros cuerpos juntos, la suavidad de tu barba incipiente, tu cara de niño, tu boca en forma de “o”, como si me contaras una historia desarticulada, una historia de agujeros, de trampas, de lugares oscuros, de cosas prohibidas, cántame algo, te decía, Chagrita, y tú solamente me tocabas la cara, me bañabas los pómulos, las mejillas, la frente, con saliva recién hecha de tu boca, con la dulce transparencia que se asomaba igual a un ojo curioso en la superficie de tu sexo, me untabas lo que tu cuerpo producía, como si aquello fuese la promesa de algo que terminaría por ser inquebrantable, que sellaría algo por siempre, incluso el sabor salado de esa gota me hacía pensar en alianzas, en que solamente tú podrías poner eso en mis labios, darme de beber, Chagrita, porque mi sed se acrecentaba cada noche que pasábamos en la casilla, con el fantasma de Bandido pendiendo como un arcángel sobre nosotros, y *me niegas la lluvia*, te decía a ratos, cantaba lo que había escuchado en la radio a pila que siempre estaba en la casilla colgada de una piola verde, igual que las fundas plásticas llenas de agua que doña Ana, tu mamacita, colgaba de los techos de la casa: fundas llenas de agua y pedazos de papel pegante para que las moscas se espantaran, para que los malos espíritus no volvieran, pero el espíritu del caballo prosperaba en la casilla, ese era su reino amado y secreto, y en sus confines sonaba siempre el eco de una cumbia, o de un pasillo, o de un vallenato herido, y *me niegas la lluvia aunque me ahogue la vida, ojalá nunca, nunca, niegues que yo te amo*. Así, Chagrita, volábamos en ese universo íntimo y pequeño, en la salvedad de la incógnita, del escondite, sin siquiera ser capaces de hacer ruido, de gemir, de quejarnos, conteniendo los llantos, los gritos de placer y de dolor para que no se escaparan más allá de los confines de la piel, de la casilla, así como pasaba con las voces de los cuatrerros que salían de entre las piedras bruñidas por años y años bajo las corrientes, suspendidas las

voces en el aire húmedo de las caídas de agua, allá en la montaña; nosotros teníamos que contenernos, nos mordíamos mutuamente las manos, los dedos, las bocas, y resoplábamos en lugar de aullarle a la luna, al cielo, en vez de gritarle a Dios por su nombre, no se puede estar más cerca de Dios en ningún otro estado ni en ninguna otra circunstancia, y eso pensaba, decía la carta, mientras nos acurrucábamos dentro de la casilla, con la música quedita dando vueltas entre las tablas, entre los pelos y las ramas, pero aún entonces perduraba la duda, la vacilación, esto no puede durar para toda la vida, y tu mente extraviada entre las peñas y los abismos de montaña, en los interminables campos de Cerro Negro, como si mientras el amor nos exigiera la máxima aplicación de nuestras fuerzas, tu mente flotara a kilómetros de distancia y todavía buscara en el páramo, bajo el cielo astillado de luces, entre las acumulaciones de plantas y detrito y restos de aguanieve, los rastros de los cuatrerros, alguna cosa que pudiera finalmente despejar la incógnita. Y quizá fue por eso mismo, Chagrita idiota, quizá fue debido a tu ensimismamiento, a tu lejanía, a la distancia que se abría entre nosotros incluso en la casilla, incluso con nuestros cuerpos juntos, uno dentro del otro; mi mente fija en la tuya, mis movimientos todos para ti mientras tú te perdías detrás de los tablonés, más allá de la chacra buscando sin parar, y quizá, digo, fue por eso que no nos dimos cuenta hasta que las bisagras roñosas de la vieja casilla rechinaron; rechinó la madera, la tierra rechinó, incluso el aire, con sus sombras y su agitada nitidez en la madrugada, y entonces nos detuvimos inmediatamente, cesó el llanto, tu lento deambular, el desdoblamiento, estabas ahí conmigo en la casilla y el caballo pendía con sus crines espectrales sobre nosotros los vivos, los que iban a sufrir y a llorar y a maldecir. Escuchamos un lento roce de tierras, el viento matinal, las flores húmedas por las lluvias, como si todo fuese humedad en el mundo tanto dentro como fuera de la casilla, y la voz en la radio que se expandía, llenaba el espacio minúsculo y se pegaba a nuestra piel, como las yerbas enredadas en los vellos de las manos y las piernas, y enseguida comenzaste a temblar, dijiste que alguien había estado ahí, que era tu culpa por estar siempre tan distante, ensimismado, pero lo dijiste en susurros, aun temeroso de que ese alguien estuviera afuera esperando el momento adecuado para hablar, para chillar y maldecir y escupir sobre el polvo, sobre las tablas medio podridas de la caballeriza. Escuchamos a los pájaros despertar, la luz ingresó poco a poco en la casilla por entre las tablas mohosas mientras la mañana se desdoblaba en el exterior, como si el mundo fuera un escenario y la luz un telón inmenso, cómo es que este lugar ha durado tanto, cómo es que sigue en pie, y pensé que se debía quizá al caballo, a que era cierto que él vivía todavía en ese sitio donde tú y yo nos encontrábamos para

entregarnos a algo que de otra manera no podría llevarse a cabo, a pesar de mi renuencia y mis deseos, aun entonces nos encontrábamos ahí, Chagrita, porque lo cierto es que te necesitaba, eras un anhelo, algo que apenas podía rozar con los dedos sin que nunca llegara a ser suficiente. Salimos al frío de la mañana, encogidos y entonces te detuviste y me miraste, no iré a Yanahurco hoy, Irqui, creo que me quedaré aquí, ve tú, lo mejor es que no nos vean juntos, al menos no hoy, y yo te dije que bueno, que no pasaba nada, que nos veríamos más tarde, ¿verdad, Chagrita?, nos veremos más tarde, le diré al patrón que estás enfermo, pero promete que nos veremos más tarde, por lo que más ames promételo, eso era lo que te decía, como si necesitara escuchar de tu boca que no íbamos a perdernos de vista, que las cosas no se iban a acabar así tan de repente, sin que tuviera idea de lo que nos esperaba. Está bien, Cipriano, dijiste sonriendo, pero con los ojos tristes, nos veremos más tarde, y ahora vete antes de que alguien nos vea. Yo asentí, Chagrita, asentí con el corazón rebosante de amor, de júbilo, nos veríamos más tarde, extendí la mano y rocé la tuya furtivamente y luego di media vuelta y eché a correr, ¿recuerdas?, corrí casi sin querer dejar de mirarte, haciendo un esfuerzo inútil y supremo para no volver y estrecharte entre mis brazos; corrí, guambrito, y me perdí entre la maleza, decía la carta, hasta que encontré el lugar donde habíamos dejado el caballo la noche anterior, protegido por la exuberancia del bosque y la maleza, y así monté mientras oía a las tórtolas revolotear sobre las ramas. Entonces pensé que aquel día sería bueno, que te vería más tarde y que volverías a ser mío. Salí al camino y enrumbé al caballo con dirección a Yanahurco, sin dejar de sonreír. Era 15 de septiembre.



## Epílogo

Ya si acaso no tenía nada más que hacer. La casa era una cavidad y el Suco Vargas se acurrucaba junto a Ana por las noches para mantener el calor, para sentir que no estaba soñando, que no vivía en una pesadilla eterna. La carta del Irqui la llevaba siempre doblada y metida en el bolsillo trasero de los pantalones, y como no decía mucho más, arrancó también algunas hojas del diario de Felipe que de forma vaga trazaban la cronología de cuanto había ocurrido ese 15 de septiembre. El día de la erupción y el comienzo, el Suco Vargas lo sabía, del vaciamiento, del abandono, del final del pueblo. Ellos se separaron, pensó, ellos no tenían ni idea de qué era lo que tenían que hacer, ellos que se encontraban a escondidas en la casilla, en la chacra de esa misma casa, qué cosa tan enferma, tan asquerosa, qué otras mentiras y engaños, pensó el Suco Vargas, mientras Ana a su lado dormía con los ojos abiertos, cubiertos por una fina película blanquecina, como si toda la neblina que de pronto se acumulaba alrededor de la casa mientras la lluvia iba desenterrando cuzos cada vez más grandes en el jardín, se hubiera, de pronto, instalado sobre aquellos territorios húmedos y esféricos; las escleróticas y las córneas blancas, y Ana invocaba en susurros la configuración de algo perdido en los recovecos de la memoria, pero el Suco Vargas aún pensaba en lo que había leído, en los cuerpos de ambos chagras revueltos sobre la paja de la casilla; pensaba en la noche que había pasado él mismo con el Irqui Medina, allá arriba en la Garganta, y las cosas ocurridas en ese mismo lugar entre el Irqui y el Chagrita, qué clase de degenerados, de sucios, de asquerosos, le recordaban sin duda al padre Alberto y sus insinuaciones sórdidas en el confesionario, en la sacristía ahí donde ahora crecía un huerto salvaje; y volvía una vez más al día, a su separación, a la columna de ceniza hender la limpidez del cielo, como una cabeza que emergiera de pronto de las aguas para romper la quietud del mundo, una cabeza titánica y gris, y en medio de eso, de los pájaros al huir en bandadas y los animales resoplar y aullar y gemir, el trayecto hacia Yanahurco en medio de aquel crepúsculo repentino en mitad de la mañana, a través del bosque que a esa hora parecía la entrada a la oreja de Dios, una cuestión estrecha donde los ruidos eran magnificados sobre el constante

retumbar de la piedra y el fuego en el interior de la tierra, debajo de los pies, temblando siempre en el cuerpo mientras la montaña se alzaba y se encogía como si quisiera avisar de su presencia, de la inevitabilidad de cuanto ocurría, pero Felipe siguió corriendo a pesar del aullido de su madre, a pesar de saber lo que sabía, que ella los había visto a ambos, al Irqui y a él en las madrugadas de la casilla, que los había espiado el tiempo entero mientras retozaban debajo del espíritu del caballo, y eso era como ver el pasado, al niño que fuiste de nuevo romper el viento a lomos de un caballo, las correrías, el juego, eso era lo que la tenía siempre espiando entre la tablas roñosas de la casilla; la nostalgia y la culpa, y aun así corriste hasta que te fallaron las piernas, tan cerca de Yanahurco, bajo la oscuridad creciente de la erupción, los rostros de los chagras asomaban detrás de las volutas de humo y ceniza. Entonces escuchaste a los caballos correr, una tropa de caballos que corría haciendo temblar aún más la tierra: los chagras salían despavoridos de la hacienda, dejaban atrás al ganado bravo, nada podían hacer más que huir, dejar todo cuanto conocían y amaban y escapar, y en medio de aquel arrebató estaba el Irqui Medina, y entonces quizá te diste cuenta que volvías por él, que si la vida tenía sentido era por él, degenerados, pensó el Suco Vargas, y afinó el oído para escuchar si algo se movía allá afuera, en la montaña, en la quietud del mundo, pero no escuchó nada. Había matado a las gallinas de Ana y tumbado los tomates, todo cuanto podía hacerse estaba hecho, no les quedaba otra opción más que esperar y juntar las manos, no permitiré que nada malo te suceda, ma, le dijo a la mujer que continuaba extraviada en sus propios pensamientos. Poco podía imaginar que ella había visto a Felipe y a Cipriano esa mañana terrible de septiembre: los vio bajar de la montaña en el mismo caballo, rodeados por los demás chagras y parroquianos que se debatían por subir a los camiones, por cortar camino hacia el río Chambo, lejos de la zona de desfogue por donde seguramente el flujo del volcán pasaría calcinándolo todo. Los vio juntos, tal como los había visto en la madrugada: los cuerpos pegados con cierta familiaridad, con esa clase de reconocimiento profundo que solamente se da en la intimidad, en el mundo interior que ella profanaba cada vez con su mirada: ella los vio con dolor en el cuerpo, pero Felipe no, el Suco Vargas lo sabía, lo decía en las notas, Felipe no sintió dolor alguno cuando su mirada se posó sobre el rostro atormentado de su madre, apenas lo que dura un suspiro, que es el tiempo suficiente para que surja el desengaño y el desprecio, entonces Felipe vio a su padre y luego a Ana, reducida en un extremo del pretil de la iglesia, en medio de los cuerpos innumerables e inquietos que, congregados ahí, clamaban al cielo por misericordia y perdón; los vio como dos criaturas sin madre, sin techo, y sus ojos, los de ella, le rogaron una vez más, sin

necesidad de palabras, y él supo lo que ella le decía, desde el otro lado del parque, como si sus mismísimos ojos tuvieran la capacidad extraordinaria de pronunciar palabras, quédate, mijo, no huyas, no tomes fácilmente el camino errado, pero Felipe respondió también con la mirada, con los ojos como dos lagunas en reposo, pero negras, oscurísimas y vacías. Ella sintió que le derramaban barro encima, que algo denso y extraño caía sobre su cuerpo, y en la cabalgata de los chagras, en el galope del caballo bayo sobre el que Felipe se iba, quedaban rescoldos de lo que había mirado en la casilla durante esas semanas: el sexo de ambos, la habitación como un capullo, el desprecio, la música que sonaba como un susurro, *y me niegas la lluvia, aunque me ahogue la vida*, esa música eterna y rimbombante, pero los ojos, pensó Ana, los ojos le decían adiós, casi con indiferencia, con una aceptación tan sencilla, en apariencia tan fácil, que soltarla, pensó, para él no implicaba ningún sacrificio. Nada. Felipe atravesó el parque colmado de lugareños y perdió de vista a sus padres en la aglomeración y el caos. El caballo bayo enfilaba ahora detrás de la recua, hacia el camino que llevaba lejos del pueblo y el volcán. Se abrazó al Irqui y afirmó las piernas sobre el cuerpo del caballo, y fue entonces que reparó en el hombre. Al final creo que Dios o la montaña misma me escucharon, me hicieron caso, Cipriano, porque lo vi ahí, en el lugar menos esperado, tan de repente que me quedé congelado mientras el caballo avanzaba y yo me sostenía de tu cintura; él estaba ahí, al pie de la iglesia de Nuestra Señora del Rosario de Agua Santa, iba caminando con un fardo y al escuchar pasar a los caballos volteó a ver y vi asombro en su mirada, y también pena y aprehensión, como si supiera de quién eran estos ojos, igualitos a los suyos, los mismos ojos atigrados: el Jorge Poaquiza me miraba desde el borde de la acera mientras abandonaba la montaña para siempre. Fue eso tan solo, un cruce de miradas, un momento que se suspendió durante demasiado tiempo quizá en medio de toda aquella batahola, con el inmenso hongo atómico de la montaña al perforar el cielo y las nubes y manchar el verdor terrible de Yanahurco; los hielos tiznados por la ceniza, derretidos por las cenizas, ya se escuchaban los lahares bajar a toda velocidad por la zona de desfogue, pero en ese instante lo vi, Cipriano, y él me vio también, como diciendo *yo sé que tú sabes que sabemos*, que lo que el cuatrero muerto me dijo una vez antes del martirio era verdad: aquel era mi padre, no cabía duda, era el mismo rostro, la misma nariz, pero bastaba, sin embargo, ver esos ojos, y era como mirarme al espejo una noche a la luz de una esperma, o a pleno sol, eran míos esos ojos, lo sabía con tal certeza como sabía que la montaña cambiaría nuestras vidas para siempre, que nada volvería a ser igual. Qué extraordinario, ojalá que el monte explote, que los haga salir de su escondite, eso había dicho, ojalá que

los ahuyente como la luz ahuyenta a las cucarachas en una habitación oscura, pero si acaso lo que ocurría era por mi causa, culpables mis palabras y culpable mi deseo, ni en mis más extraños pensamientos habría imaginado que sería en esa hora, cuando el mundo amenazaba con irse a pique, cuando Yanahurco agonizaba y el pueblo agonizaba, dando sus últimas patadas, que encontraría a aquel hombre en medio de la multitud, te lo juro, Cipriano, que no lo esperaba, y él me vio entonces, el Jorge Poaquiiza me vio y hubo reconocimiento; hay algo de mí en él que hizo que abriera los ojos con sorpresa y casi con espanto, como si al final no hubiese logrado ocultarse, y esos ojos que eran los míos me dijeron que siempre lo había sabido, que ambos sabíamos bien que su otro hijo estaba bien muerto y enterrado, porque no volvió más, parecía decirme, y ahora tus palabras han conjurado el mal que finalmente nos echa de estas tierras, has abierto la llave y no sabes cómo cerrarla, guambra estúpido, mira, abre los ojos y contempla tus males. Pero en esa hora todo cuanto podíamos decirnos nos era negado, los caballos tomaban ya la ruta hacia la carretera y la cara del Jorge Poaquiiza se perdía entre la muchedumbre desolada, como si tan solo hubiera sido un espejismo, una ilusión última que se desprendiera de la montaña para despedirse finalmente de la vida, mientras en las colinas y en los pastos extensos de Yanahurco bramaban las vacas y las reses y los novillos con los pelajes tiznados, con las cornamentas transformadas en espirales de llamas anaranjadas, así era: un aquelarre donde el ganado bravo daba vueltas, se lanzaba a la carrera desde lo alto, envuelto en las llamaradas que emergían de la tierra y les lamía las panzas, para luego despeñarse entre las rocas, en los acantilados, bramando como si llamaran a Dios, como si le reclamaran un espacio mullido donde echarse a morir. Fue bien raro, Cipriano, me dio la impresión de que solo yo lo miraba: el cuatrero perdido entre la multitud que se arracimaba en los camiones de los milicos mientras la ceniza llovía, y era igual que si no hubiera nadie, solamente nosotros dos, los mismos ojos, la misma mirada, tú sabes que sabemos, guambrito, Chagrita, hijito perdido, y entonces desvié la vista porque alcanzamos la carretera y los caballos galoparon raudos sobre el polvo y yo sentí que mis ojos se salían de sus orbitas, que se imantaban al pueblo, a la carne de aquel hombre, y era como si me arrancaran los ojos y lloré, Cipriano, sin pensar en nada más que en la cara del cuatrero por tanto tiempo buscado, y en la cara de su hijo martirizado en Yanahurco, mi hermano, lo sabía, lo sabías tú también, los mismos ojos colados por la misma mano, por el mismo fuego. El Jorge no había vuelto por él. Parecía resignado a la fatalidad, a la huida. Era él quien nos había abandonado, como lo hacía ahora, desde el principio, toda su vida, oculto en la montaña, escondido en las entrañas del volcán, dentro

de las cuevas donde se confundía con la roca, donde respiraban subrepticamente, él y los hombres que asediaban el páramo constantemente, se necesita tener huevos para ser chagra, le dijo una vez el patrón, en Yanahurco, lo recordaba como si se lo hubiera dicho ayer, y la pura verdad es que se imaginaba que se también era necesario tener huevos para ser un cuatrero, también era un requisito ser valiente, pero el Jorge Poaquiza nunca regresó por él, ni por el hijo muerto, los dejó a su suerte, y ahora, mientras Felipe se iba, agachó la mirada, la escondió detrás de las manos en un gesto de completa indefensión, quizá aquellas manos que tan poco habían hecho por ellos, lo único que conocían era el calor de su propia humanidad, el interior de las reses sustraídas por años de la hacienda, y así lo perdió de vista, finalmente, lo decía en el diario, y el Suco Vargas doblaba los papeles y se los metía en el bolsillo trasero del pantalón para después abrazar a Ana, cantarle sus dolores, sus recuerdos podridos, pero pensaba siempre en los cuerpos de la casilla, en el Irqui Medina, en su ausencia y en el reverso de aquel cuerpo que durante tanto tiempo había pensado conocer tan bien, pero tú lo sabías, le dijo a Ana, tú los viste, los viste juntos en medio de lo que hacían, ¿lo recuerdas, ma?, tú los veías, y Ana asentía y murmuraba y ponía los ojos en blanco; invitaba a la neblina que rodeaba la casa a ingresar y cubrirlos con su blancura y su frío, así nos servirá de escondite mientras en lo alto escuchaban las aspas del helicóptero de búsqueda girar y girar en la quietud de la montaña, en su amplitud amenazante, en su silencio que era como una punzada, una gota al hender la piedra cada vez más profundo, pronto estarán aquí, pronto vendrán, ¿lo sabes, ma?, pronto vendrán y nosotros estaremos juntos, como el Cuajinai, y el Loco y el Trompudo, juntos en este suelo, en estas paredes, en la materia de todo cuanto nos rodea, pero ella murmuraba, derrumbaba muros, trazaba circunferencias que poco a poco iban dibujando un rumbo que parecía brillar con una luz extraña, quizá era la misma luz que se colaba entre las contraventanas cerradas, una luz blanquecina como agua de arroz, mijo, mi Felipe, mi amado, esa madrugada, los golpes en la puerta, su figura oscurecida por las sombras, el abrazo y el temblor, qué hiciste, hijo, qué fue lo que hiciste, y los campos extensos de la montaña pero blancos, llenos de yerba blanca, de tierra blanca, de reses blancas, de pájaros blancos, todo blanco y sin contornos, como recortes de papel sin fondo, sin volumen, pero ahí en ese insistir, en la complejidad y el empuje y la blancura expansiva y total, al final del jardín vio la figura de su hijo, de pie ante la puerta de la casa, de pie ante la ciénaga, de pie ante la montaña, de pie ante el padre y el no padre, qué fue lo que hiciste, murmuró Ana y el Suco Vargas abrió los ojos y la miró como si no entendiera lo que ocurría, qué fue lo que hiciste, hijo, qué es toda esa tristeza que cargas,

a qué se debe, cuéntame qué es lo que te ha puesto así, en este estado, dime los secretos de tu corazón, y Felipe la abrazó bajo el cielo de la madrugada como si la viera por primera vez, han matado a mi amigo, dijo, ella pudo escuchar las palabras flotar en su interior, apenas ecos de palabras dichas hacía mucho tiempo bajo el cielo del amanecer, palabras que florecían en ese instante solo para volverse a disipar, han matado a mi amigo de un balazo, un accidente, así me dijeron. Pero no vi su cuerpo, pero lo imagino inerte, blanco y frío, pero lo imagino apenas como los rescoldos de algo apagado, madre, han matado a mi amigo y tiemblo por el miedo y la soledad, madre, porque a veces te falta una persona y el mundo entero está vacío, madre, ¿qué es esto del dolor?, no logro entenderlo, su hijo que en la hora umbrosa de la mañana se acercó a su cuerpo para enredarse en él como queriendo volver al origen, ingresar de nuevo en la noche. No vayas por ahí con la mirada perdida, Felipe, no vayas lanzando ceniza con los ojos, no oscurezcas más la tierra que andas, ella lo condujo al dormitorio, lo arropó, y cuando fue a buscarlo más tarde, no pudo encontrarlo en la casa, ni en la chacra, ni en el jardín, ni en el robledal, ni en el gallinero, ni en los lados de la casilla, ni en la cocina de leña, ni en la maleza, no lo encontró sino hasta la puesta del sol, atraída por una corazonada, cuando bajó la pendiente y saltó las curvas del terreno que se empalmaba y volvía a aplanarse como si la tierra misma fuese un aguaje de mar, ahí, al bajar entre la yerba y la tierra oscura hasta la lengua negra de la ciénaga. Su cabello flotaba como espiga de trigo húmeda, sus ojos abiertos a la noche, la piel blanca del color de la cera y entonces Ana pensó que aquel recuerdo era terrible, y pensó que nada podía ser mayor que el dolor que sentía: el pelito de mi niño, pensó, el pelito como espiga de maíz, como el grano del trigo en tiempo de cosecha y la imagen del caballo que se iba hundiendo poco a poco en la misma marisma hedionda, el ojo negro, igual a una artesa de agüita mansa, sin ondas, pero negra como la noche, bordeada por los límites blancos siempre ocultos, como si aquel ojo fuera el universo conocido y en su desespero, los blancos de los bordes se presentaran como la nada, más allá, la nada y la desesperación misma, el terror puro de lo vaciado, de lo limpio, de lo inmaculado que a la vez es vacío, la inexistencia, la borradura absoluta. Ana miró las crines doradas que se hundían, el ojo oscuro del caballo, y luego, el pelo dorado del hijo, todo dorado por el sol de la tarde que caía de forma oblicua para cubrir a sus muertos iluminándoles las cuencas vaciadas, los cuerpos rígidos en la quietud terrible de la montaña que era casi como la quietud terrible de la muerte. Ella bajó los brazos, acunó el cuerpo, lo bañó con sus lágrimas y mientras tanto sintió que el mundo forcejeaba con su tórax para partirlo en dos mitades, en dos pedazos de la misma

agonía, retírame esta prueba, retira de mí este cáliz, se subió a la piedra y aulló como una loba, y el recuerdo comenzó a borrarse de nuevo de la misma manera en que el fuego aniquila el papel y borra lo que lleva escrito. ¿Qué tienes, ma?, ¿qué pasa?, el hombre a su lado le acarició las lágrimas con los dedos, buscó su mirada y le sonrió con tristeza. Afuera solo se escuchaba el viento, el crujir de los árboles, de las ramas del robledal donde Felipe solía correr cuando niño, brincar para atrapar los musgos que colgaban de lo alto; y más allá, en alguna parte, el ruido de motores, el llanto de ruedas al aplastar la grava y batir el barro de los senderos, el sonido de los todoterreno al ascender las laderas y también el de espas nuevamente, palas metálicas hendiendo el cielo, peinar la montaña, ¿qué ocurre, ma?, repitió el extraño junto a ella, su desesperación como un rostro nuevo y hermoso, y Ana solamente sonrió y rodeó su cuerpo con los brazos, hundió su rostro en el pecho de él y aspiró un aroma que no recordaba de nada, no pasa nada, amor mío, le dijo con un hilo de voz, no pasa nada, es solo que me alegra que estés aquí... me alegra mucho.





## Obras citadas

- Bachelard, Gaston. 2000. *La poética del espacio*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- Cabezón Cámara, Gabriela. 2009. *La virgen cabeza*. Buenos Aires: Eterna Cadencia Editora. Edición Epub.
- Falconí Trávez, Diego. 2019. “XI. Desaprender a ser gay. De-colón-izaciones maricas para América Latina”. En *Inflexión marica: escrituras del descalabro gay en América Latina*, editado por Diego Falconí Trávez, 219–55. Quito: Editorial Turbina.
- Manosalvas, Rommel. 2022. *Anatomía transparente*. Seix Barral. Bogotá: Editorial Planeta Colombiana.
- Melchor, Fernanda. 2017. *Temporada de huracanes*. Ciudad de México: Literatura Random House.
- Proulx, Annie. 2005. *Brokeback Mountain*. New York: Scribner. Edición Epub.
- Ramírez, Juan Antonio. 2003. *Edificios-cuerpo: cuerpo humano y arquitectura; analogías, metáforas, derivaciones*. Madrid: Ed. Siruela.